

BOLETIN

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA



BOLETIN INFORMATIVO

JULIO-DICIEMBRE 1990
N.º 29

Directora:
Encarnación Ruano Ruiz

Consejo de Redacción:
María Angeles Alonso Sánchez
Juan Blánquez Pérez
Marina García Cabezón
Juan Guerra Romero
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Edita: Asociación Española de Amigos
de la Arqueología - Alcalá, 108
Correspondencia: Apartado 12.403
Dep. Legal: M-24.361-1974
ISSN-4.741
Imprime:
grafoffset sl
Getafe (Madrid)

JUNTA DIRECTIVA

Presidenta de Honor:
S. M. la Reina Doña Sofía

Presidente:
Emeterio Cuadrado Díaz

Vicepresidentes:
Manuel Bendala Galán
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Secretario:
Manuel Santonja Alonso

Vicesecretarios:
Ignacio Montero
Salvador Rovira Llorens

Tesorero:
Manuel Castelo Fernández

Vicetesorera:
Encarnación Ruano Ruiz

Actos culturales:
María Angeles Alonso Sánchez
Manuel Bendala Galán
M.ª Rosario Lucas Pellicer
María Sanz Nájera

Relaciones sociales:
Eduardo Ferrera Ketterer
Juan Guerra Romero
Mercedes Prada Junquera

Viajes de estudios:
Antonio Higuera Martínez
Gonzalo Muñoz Carballo

Bibliotecarios:
Mercedes Prada Junquera
Salvador Rovira Llorens

sumario

Editorial. Bicentenario de Champollion	3
Desde la búsqueda de antiguos tesoros al nacimiento de la moderna investigación arqueológica	5
<i>Clara Bencivenga Trillmich</i>	
Instrumentos musicales de la Prehistoria: el Paleolítico (I) ..	13
<i>Isabel Rubio de Miguel</i>	
Introducción al Arte Rupestre Australiano. Los grabados: técnica temática y estilo	20
<i>Margarita Bru Romo</i>	
El poblado metalúrgico prehistórico del Cerro del Ahorcado (Puente Genil, Córdoba). Estudio de las hachas, puñales y puntas de cobre	26
<i>Federico Martínez Rodríguez</i>	
Materiales escultóricos ibéricos procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): estado de la cuestión	37
<i>Encarnación Ruano Ruiz</i>	
Los cistóforos y su significado	48
<i>Pilar Fernández Uriel y Ana Vázquez Hoys</i>	
Hipótesis sobre la reconstrucción del arco romano de Mérida .	62
<i>Luis Berrocal Rangel</i>	
Nueva aparición de una inscripción emeritense: CIL II 489 .	67
<i>J. L. Gamallo Barranco y H. Gimeno Pascual</i>	
Presunta calzada romana por el priorato de Uclés	69
<i>Félix Manuel Martínez Fronce</i>	
Recopilación epigráfica: Fondo documental	73
Actividades de la Asociación	74



JEAN-FRANÇOIS CHAMPOLLION: DOSCIENTOS AÑOS DESPUES DE SU NACIMIENTO

JEAN-François Champollion, el hombre que descifró la escritura jeroglífica de los antiguos egipcios, nació en la pequeña localidad francesa de Figeac hace casi doscientos años, el 23 de diciembre de 1790. A él y a su obra dedicamos estas páginas.

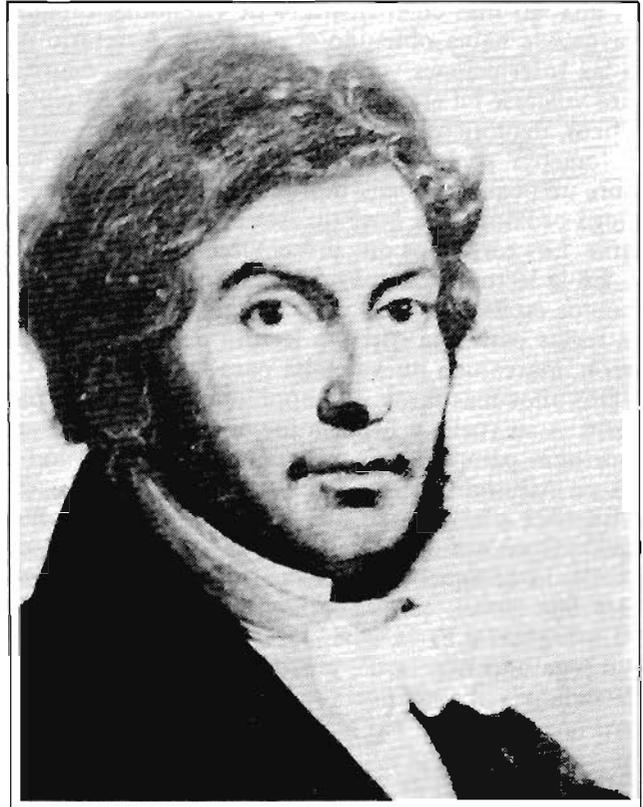
Su vida, relativamente corta —vivió cuarenta y dos años—, estuvo completamente dedicada al estudio y a la investigación y marcada por un carácter y un temperamento intelectual geniales, con todos los rasgos positivos y negativos que acompañan a este tipo de personalidad. Vivió períodos de actividad intensa alternados con otros de dejadez, pesimismo e inactividad, consecuencia de sus decepciones en la labor científica que desarrollaba. Si fueron en él permanentes algunas pasiones adquiridas desde niño y que animaron constantemente su ánimo: el amor por la libertad, la fe en el progreso cultural y social y, sobre todo, el interés por el Antiguo Egipto.

Desde niño se sintió atraído y fascinado por las lenguas y culturas orientales, tanto por las antiguas escrituras y lenguas muertas como por algunas lenguas actuales. Su dedicación a ellas, su brillante inteligencia y su extraordinaria energía intelectual le permitieron estudiar y conocer en profundidad el hebreo, el árabe, el arameo, el sirio, el persa, el etíope, el copto, el sánscrito y el chino. Estos conocimientos le pusieron en perfecta situación para emprender

y llevar a buen fin su mayor trabajo: el desciframiento de la escritura de los antiguos egipcios, aquella extraña escritura por la que se interesó profundamente desde que vio por primera vez una copia de la Piedra de Rosetta, lápida de basalto que contenía tres textos en escrituras diferentes: uno, en la parte inferior escrito en griego; otro, en la parte superior, algo incompleto, en caracteres jeroglíficos; y el intermedio en escritura cursiva denominada más tarde «demótica». Desde aquel instante Champollion sintió el enorme deseo, la obsesión, de comprender aquellos signos. Tenía entonces sólo diez años.

Su infancia y su juventud se desarrollaron bajo las tendencias ideológicas propias del siglo de la Ilustración y de la Revolución en la que aquellas ideas habían desembocado. Jean-François Champollion siempre se sintió identificado con los ideales de libertad que aquella revolución había proclamado.

A partir de 1801 su educación estuvo a cargo de su hermano Joseph, doce años mayor que él, conocido con el sobrenombre de Champollion-Figeac. Con catorce años Jean-François entró como becario en el Instituto de Grenoble, en donde se dedicó al estudio de las lenguas antes enumeradas, además del latín y del griego. Sentía una especial atracción por la antigua civilización del Valle del Nilo. Durante su niñez Bonaparte había enviado una expedición científica a Egipto. Sus descubrimientos y hallazgos fueron conocidos muy pronto en Europa —no demasiado alejada de Egipto— e hicieron crecer el interés general por aquella extraordinaria y poco conocida civilización, de la que había maravillosas muestras en Europa como el Zodiaco de Dendera, conservado en París, el obelisco de Roma o una estatua de Isis conservada en el Museo de Turín. Champollion seguía con atención todas las noticias que llegaban de Egipto; estudió su geografía y se interesó especialmente por la lengua copta.



En 1807, convencido de que el copto era una forma tardía de la lengua hablada por los antiguos egipcios, presentó ante la Sociedad de Artes y Ciencias de Grenoble un trabajo sobre la etimología copta de los topónimos egipcios conservados y transmitidos por autores griegos y latinos, en donde defendió esta idea. El conocimiento del copto le pareció el paso fundamental para llegar al desciframiento de los signos de la escritura egipcia. Profundizó en su estudio durante su estancia en París entre 1807 y 1809. Para ello se sirvió de los fondos de la Biblioteca Nacional que incluían entonces algunos manuscritos de la Colección Vaticana. Estos conocimientos fueron la base del diccionario de lengua copta que realizó años más tarde. Durante esta estancia en París estudió persa con Sacy y Langles y profundizó en sus estudios de hebreo, sánscrito y chino.

En 1809 fue nombrado profesor de Historia Antigua en la Universidad de Grenoble, pero las ideas revolucionarias y la postura radical de dos de sus hermanos le forzaron a abandonar este trabajo y a volver a Figeac, su ciudad natal. Las recomendaciones de Champollion-Figeac vuelven a situarle en un puesto público, una vez más en el Instituto de Grenoble. Finalmente, Champollion optó por ir a París con su hermano mayor que había obtenido el puesto de secretario particular de Dacier, secretario perpetuo de la Academia de las Inscripciones y las Bellas Letras. Esto ocurría en 1820. Instalado en París encontró la paz suficiente para volcarse en el estudio de la escritura del Egipto faraónico. Halló la clave cotejando los caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos de la Piedra de Rosetta que, según su texto griego, era un decreto de época de Ptolomeo V promulgado en Menfis en el año 196 a.C., y utilizando un nuevo documento: un texto grabado sobre un pequeño obelisco procedente de la isla de Filé, llevado a Inglaterra por Belzoni. Por una inscripción griega próxima a la base de este obelisco, parecía que había sido ofrecido en nombre de Ptolomeo y Cleopatra. Los cartuchos que presentaba la inscripción jeroglífica eran los mismos que los de la Piedra de Rosetta. En la lectura de estos nombres Champollion encontró la clave que buscaba. Publicó sus nuevos descubrimientos en 1822 en una carta dirigida a M. Dacier «Acerca de los jeroglíficos fonéticos», en donde expuso las reglas para una correcta lectura de los antiguos textos egipcios. Este documento, en opinión de S. Sauneron, marca una nueva etapa para la egiptología.

Dos años más tarde Champollion viajó a Italia par estudiar la colección de objetos egipcios del Museo de Turín. A su vuelta a Francia fue nombrado conservador del Museo Egipcio del Louvre. Realizó las gestiones oportunas para adquirir para el museo la colección de piezas egipcias de H. Salt, ex cónsul del gobierno inglés en Alejandría.

En 1828 y 1829 viajó a Egipto junto a I. Rosellini, profesor de la Universidad de Pisa, al frente de una misión franco-toscana. Recorrieron el País del Nilo examinando la mayor parte de sus monumentos antiguos. Resultado de aquel viaje fue la realización de *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, completados con las *Notices descriptives*, obras publicadas en París después de la muerte de Champollion.

De regreso a París, en 1830, fue nombrado miembro de la Academia de las Inscripciones y las Bellas Letras y un año más tarde, profesor del Colegio de Francia. Pero su salud, de por sí endeble y negativamente afectada por el agotamiento, sólo le permitió celebrar algunas conferencias antes de su temprana muerte que tuvo lugar en 1832. No tuvo tiempo de publicar muchos de sus trabajos, pero su hermano Champollion-Figeac hizo posible la publicación de cuatro obras póstumas, capitales en la historia de la egiptología: *Lettres écrites d'Égypte et de Nubie*, París, 1833; *Grammaire égyptienne*, París, 1836-1841; *Dictionnaire égyptien*, París, 1841-1844; *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, 4 vols., en folio, París, 1835-1845 y *Notices descriptives*, 2 vols., París, 1864-1879.

Jean-François Champollion con su tesón y trabajo había abierto el camino a la egiptología. De corazón se lo agradecemos.

MARIA JOSE LOPEZ GRANDE

EL COMIENZO DE LAS EXCAVACIONES DE HERCULANO Y POMPEYA EN LA EPOCA DE CARLOS III DE BORBON: DESDE LA BUSQUEDA DE ANTIGUOS «TESOROS» AL NACIMIENTO DE LA MODERNA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA

Clara BENCIVENGA TRILLMICH

CUANDO, en el verano de 1707, *Emanuel Moritz von Lothringen, príncipe d'Elboeuf*, par de Francia y comandante de la guarnición austriaca en Nápoles, se fue a veranear en el palacio que los Príncipes de Santobuono tenían en Portici, cerca de Nápoles, en el sitio llamado Resina, seguramente no podía imaginarse que, 20 metros por debajo de sus pies, había toda una ciudad sepultada. Sin embargo, gustándole mucho el sitio y el buen aire que allí había, decidió construirse una villa por aquellos parajes, escogiendo un amplio solar costero al lado del monasterio de los Padres Alcantarinos en Portici. La decoración en estuco de la villa estuvo a cargo de un francés, cuyo nombre desconocemos, el cual sabía obtener de los mármoles antiguos pulverizados una mezcla durísima y muy parecida a la porcelana. Por esta razón, el príncipe d'Elboeuf y el decorador francés fueron a ver a muchos marmolarios del lugar, encontrando seguidamente a uno que disponía de gran cantidad de mármoles antiguos preciadados y policromos. Los había adquirido, según contó, de un campesino del pueblo, llamado Giovan Battista Nocerino, que los había encontrado excavando un pozo en su finca, cerca del monasterio de los Padres Agustinos.

Habiéndose despertado su curiosidad, el príncipe fue enseguida a ver a ese campesino, comprándole en lo sucesivo la finca para poder allí llevar a cabo, tranquilamente, excavaciones arqueológicas. Le ayudaba, en esta tarea, el ingeniero napolitano *Giuseppe Stendardo*, a cargo del cual corría la construcción de la villa. Este fue quien bajó al pozo excavado por Nocerino y, junto con algunos obreros, empezó desde allí a excavar un estrecho túnel. A los pocos días, se encontró con una bóveda, y seguidamente se encontraron una estatua de Hércules, en trozos, otra femenina, mejor conservada, que se identificó fantásticamente con Cleopatra, y finalmente un gran sillar de mármol que llevaba parte de una inscripción, con letras de bronce, que rezaba: APPIUS PULCHER CAII FILIUS. Era el nombre de un personaje histórico, cónsul en el año 38. a.C. y cuyo padre conocemos por su correspondencia epistolar con Cicerón. El buen ingeniero Stendardo —muy valiente desde luego si se piensa cómo había bajado «aventurosamente» al pozo de más de 20 metros de profundidad, penetrando luego en el estrecho túnel oscuro— pero muy mal conocedor de la historia romana, fue a pedir consejo a Nápoles, en donde habló con muchos literatos e historiadores de la época, en-

tre otros con el conocido profesor Valletta. Pero, evidentemente, los conocimientos históricos de los «expertos» tampoco debían de ser muy profundos, puesto que éstos, del examen de los hallazgos de Stendardo llegaron (¡quién sabe cómo!) a la conclusión de que «allí abajo» debía de haber un templo circular, quizás de Hércules, con 24 columnas de alabastro y 12 estatuas en los intercolumnios, y que éste había sido destruido por la gran erupción del Vesubio que tuvo lugar bajo el reinado del emperador Tito, en el año 79 d. de C.

Ignorando, por lo tanto, que lo único que habían acertado los expertos en su docta respuesta era solo este último dato, el príncipe d'Elboeuf y el ingeniero Stendardo reanudaron, entusiasmados, la excavación de túneles, a pesar de las grandes dificultades técnicas a las cuales tenían que enfrentarse y que radicaban sobre todo en la calidad casi rocosa del suelo. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, sus esfuerzos fueron recompensados por el hallazgo de tres estupendas estatuas femeninas de mármol, de tamaño algo mayor del real. Al príncipe se le ocurrió que aquellas espléndidas obras de arte podían constituir un maravilloso regalo para su directo superior en Viena, el príncipe Eugenio de Saboya, general del consejo

de guerra imperial y gran aficionado y conocedor de arte. Así, las estatuas salieron con todo sigilo para Roma, donde fueron restauradas por un taller escultórico, y luego, siempre en gran secreto, fueron llevadas al puerto adriático de Ancona, de donde salieron en barco para Trieste, llegando por fin a Viena. El príncipe Eugenio las colocó en su Palacio del Belvedere, con gran regocijo de todo el ambiente artístico vienés que acudió entusiasmado para admirarlas. Dos de las estatuas han mantenido hasta hoy el nombre que se les dio entonces, «Grande Ercolanese» y «Piccola Ercolanese».

Se trata de copias romanas de dos tipos estatuarios del siglo IV a.C., cuya importancia hoy en día reside sobre todo en el papel que han tenido en el desarrollo de los estudios del arte antiguo desde el siglo XVIII en adelante. Su historia, no obstante, no termina en Viena, dado que al morir el príncipe Eugenio en 1736 fueron vendidas, al igual que todos sus bienes, por su sobrina Ana Victoria von Sachsen-Hildburghausen. Así fue como, con gran dolor de todo el mundo artístico vienés, las dos estatuas fueron a parar en las manos del príncipe electo Federico Augusto II von Sachsen, más tarde rey de Polonia bajo el nombre de Augusto III, gran aficionado del arte, que las instaló en la colección de antigüedades de su palacio de Dresde, ciudad en la cual se han quedado hasta hoy.

Mientras tanto, en Portici, el príncipe d'Elboeuf había continuado con sus excavaciones, encontrando otros fragmentos de estatuas que fue colocando en su villa.

Pero, un poco por el escándalo que supuso en toda Italia la exportación clandestina al extranjero de las tres piezas más bonitas, un poco por la dificultad de la excavación misma, el príncipe las fue dejando. Poco después, fue trasladado a Francia y dejó para la venta su villa de Portici, con todas sus antigüedades, a la agencia inmobiliaria Falletti de Nápoles.

En estos años, el juego de la política internacional, con la guerra de sucesión entre Austria, Francia y España, llevaba al trono de Nápoles y Sicilia al joven hijo, de tan só-



Figura 1. Retrato de Carlos III como mecenas de la arqueología en la época de su reinado napolitano. Grabado de Filippo Morghen, de un retrato oficial obra de Camillo Paderni.

lo dieciocho años, del rey de España Felipe V de Borbón y de su segunda esposa, la princesa italiana Elisabetta Farnese. El joven rey, don Carlos de Borbón, inteligente y poliglota, era también un muchacho relativamente culto, a pesar de su escaso interés para los estudios. Sus inclinaciones eran más bien la caza y la pesca; fue quizás por esta razón que se preocupó enseguida para encontrar un sitio adecuado para practicar sus deportes favoritos en

los alrededores de Nápoles. Fue así como la agencia Falletti le ofreció adquirir el palacio del príncipe d'Elboeuf en Portici con todas sus antigüedades, lo cual Carlos hizo en 1736. Sin embargo, la gran erupción del Vesubio de 1737 debió de retrasar las obras de restauración y ampliación del palacete.

En julio de 1738, mientras tanto, Carlos se casaba con María Amalia von Sachsen, hija del rey Augusto III de Polonia, en cuyos aposen-

tos, como sabemos, se hallaban las estatuas encontradas por d'Elboeuf años atrás. Se trataba de una joven muy culta y con una excelente educación artística.

María Amalia tenía tan sólo catorce años cuando llegó a Nápoles, pero supo muy pronto conquistar el corazón de sus súbditos y de su esposo. A los pocos meses de casarse con ella, el rey reanudó la excavación del príncipe d'Elboeuf en su finca de Portici, lo cual se debió en buena parte al gran deseo de la reina de seguir con los trabajos arqueológicos que ya habían proporcionado las tres estatuas que ella tanto había admirado en Dresde. Era el 22 de octubre de 1738 cuando se puso mano a la obra. Fue nombrado director el ingeniero español *Roque Joaquín de Alcubierre*, natural de Zaragoza, agrimensor y en aquel entonces capitán de infan-

tería encargado de hacer el plano del Real Sitio de Portici, cuya construcción se había empezado en mayo de 1738 en el sitio de la villa del príncipe d'Elboeuf. Ya en el mes de enero de aquel mismo año el primer ministro, marqués de Salas, le había encargado a Alcubierre que «restaurara» y completara las estatuas antiguas que se encontraban en la ex propiedad del príncipe d'Elboeuf, después de que, pocas semanas antes, el anticuario *Marcello Venuti*, superintendente de las colecciones artísticas reales, hubo identificado el sitio de las excavaciones como aquél de la antigua ciudad de Herculano, según indicaba una inscripción hallada en el mismo edificio del cual procedían las estatuas encontradas por d'Elboeuf, edificio que Venuti interpretó correctamente como teatro. Se reanudó entonces la excavación en el mismísimo

punto donde la había dejado d'Elboeuf y utilizando la misma técnica: excavando túneles, para los cuales De Alcubierre llegó a utilizar, debido a la mencionada dureza del suelo, minas.

Los hallazgos no se hicieron esperar mucho: pronto se encontraron trozos de dos grandes caballos de bronce y varias estatuas, entre las cuales destacaba una, también en bronce, que representaba al emperador Augusto.

Esta última, al igual de las que se encuentran en Dresde, debía pertenecer a la decoración de la «scenae frons» del teatro de Herculano, de la cual también se encontraron muchas columnas y elementos arquitectónicos en mármoles preciados.

Otro hallazgo importante fue la gran cantidad de fragmentos de bronce pertenecientes a cuatro distintos caballos y a un torso huma-

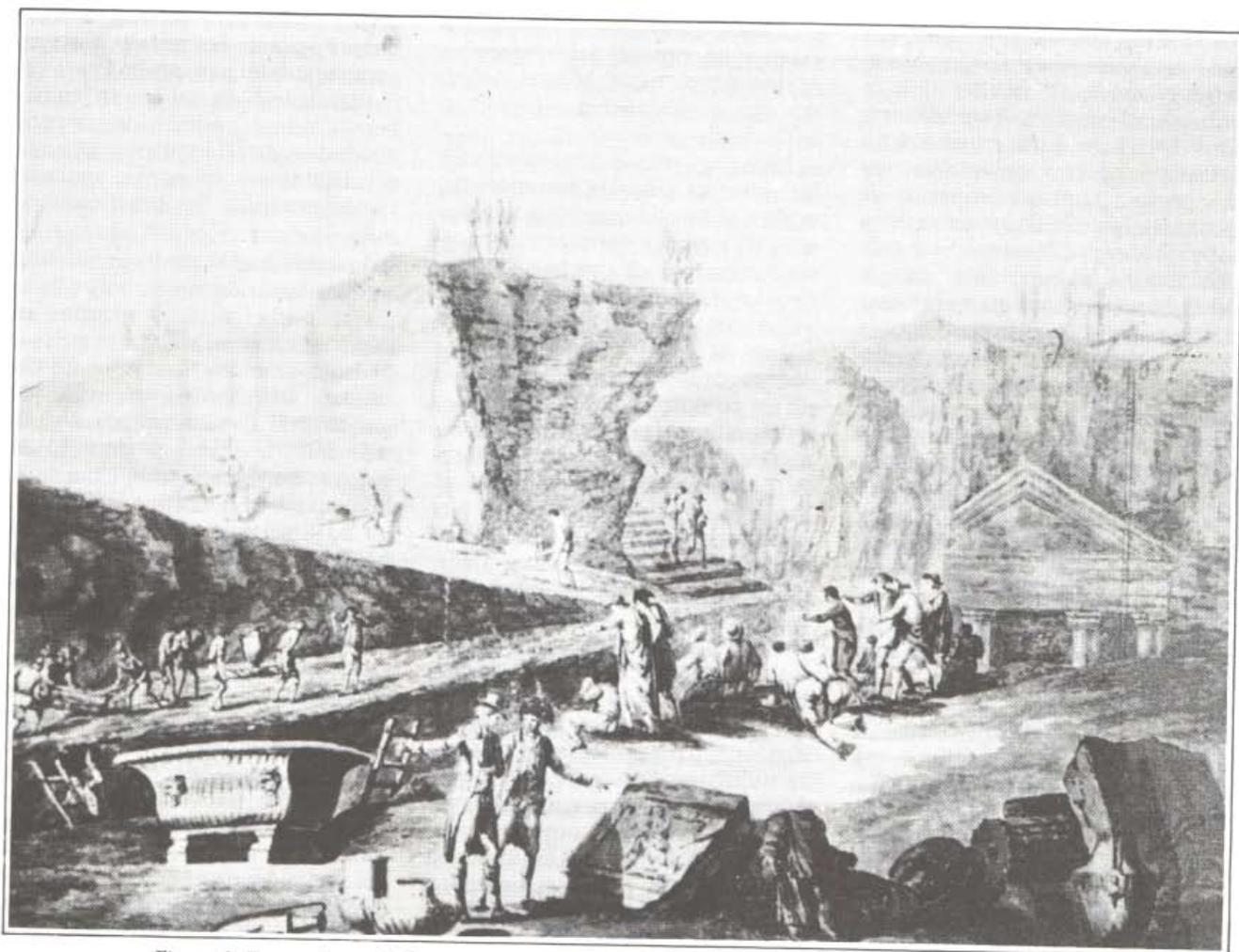


Figura 2. Excavaciones de Pompeya. Acuarela de Jacob Philipp Hackert de finales del siglo XVIII.



Figura 3. Papiro 1008 de la «Villa dei Papiri» (Herculano), con las columnas 16-19 del décimo libro del $\pi\epsilon\pi\iota$ $kaki\omega\nu$ de Filodemo de Gádara. Nápoles, Biblioteca Nacional.

no; se trataba probablemente de una cuadriga, parte quizás de un monumento que estaba cerca del teatro. Desgraciadamente, todos estos fragmentos se confiaron para la restauración a un escultor francés afinado en Nápoles, *Joseph Canart*. La limpieza «a fondo» que llevó a cabo de las piezas mejor conservadas provocó, con la eliminación de patina antigua, la destrucción de la superficie de los bronce. Se puede achacar esta mala restauración a la falta de conocimientos químicos y de experiencia en el tratamiento de bronce antiguos. Pero lo verdaderamente asombroso es que Canart, con los fragmentos más grandes de los cuatro caballos, reconstruyera a continuación —y sólo bajo la insistencia del rey, quien quería ver algún resultado— un único caballo, hoy todavía en el Museo Nacional de Nápoles y que de hecho tiene aspecto más neoclásico que antiguo; luego, con los fragmentos que sobraban elaboró, después de fundirlos, una pequeña campana, unos candelabros y unas estatuas de santos para la Capilla Real, además de unos medallones celebrativos con las efigies de los reyes Carlos y María Amalia.

En 1739, cerca del lugar de donde había salido la cuadriga, salió una de las estatuas más bonitas y más famosas de Herculano, la estatua ecuestre de Marco Nonio Balbo. Esta estatua fue una de las piezas fa-

voritas del rey, quien la hizo colocar en el patio principal de su Palacio de Portici, en una correspondencia ideal evidente con la famosísima estatua de bronce del emperador Marco Aurelio que Miguel Ángel, dos siglos antes, había colocado en el Capitolio de Roma.

Mientras tanto empezaban a salir las primeras pinturas parietales del estilo que hoy llamamos «pompeyano», las cuales despertaron un entusiasmo tan grande que hasta el moderado *Marcello Venuti* comentaba: «El lector podrá imaginarse por sí mismo el estupor de cuantos las contemplaban, y especialmente el de los eruditos, puesto que los mismos pintores las juzgaron de óptimo gusto y semejantes a las obras de Rafael por la dulzura de las actitudes» (1). Naturalmente, al no desenterrarse los edificios, las pinturas se despegaron de las paredes, cortándolas, sobre todo cuando se trataba de cuadros, que se llegaron a enmarcar para su exposición en el Palacio Real de Portici, donde, mientras tanto, iba constituyéndose un verdadero museo. Desafortunadamente, para proteger las pinturas se utilizó un barniz inventado por *Morriconi*, pero en muchos casos tuvo solamente el efecto de «chupar» los colores, cayéndose en trozos al secarse con el paso del tiempo y arrastrando consigo toda la pintura. Fue ésta la razón por la cual el rey mandó que se hiciesen dibujos y

litografías de todas las pinturas que se encontraban. Sin embargo, una gran cantidad de ellas ha llegado hasta nosotros y constituye uno de los fondos más valiosos del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

La excavación, mientras, seguía, pero en gran secreto y sin que nadie pudiese ni visitarla ni ver los objetos antiguos que iban saliendo. Es más, en toda el área en cuestión nadie, ni siquiera un campesino, podía realizar excavaciones, ni siquiera para cavar un pozo, bajo la amenaza de graves penas.

Finalmente, el rey iba dándose cuenta que al técnico de *Alcubierre* había que ponerle al lado un arqueólogo y filólogo, que diera una huella más científica a la excavación interpretando históricamente sus hallazgos. La elección, que más infeliz no pudo ser, recayó sobre monseñor *Octavio Antonio Bayardi*, natural de Parma y sobrino del más poderoso ministro del rey, el marqués *Fogliani*. Se trataba de una persona totalmente incapaz para este tipo de trabajo, así que su contribución a la exposición de las antigüedades de Herculano, aunque constituida por un par de enormes tomos eruditos, fue prácticamente nula.

Los resultados de la excavación se iban haciendo sin embargo cada día menos excitantes, mientras en cambio iba aumentando el peligro de trabajar en los túneles, como demostró, además, una explosión de gas natural que causó varias víctimas entre los obreros. En 1745, la excavación se paró completamente, debido quizás también a la ausencia de *Alcubierre* desde 1741 —quien había enfermado por el aire malsano que respiraba en los túneles— y al estallido de nuevas hostilidades en 1744 entre Austria y España, de las cuales el rey don Carlos no podía desentenderse. No obstante, ya a comienzos de 1746 la atención de *Alcubierre*, quien mientras tanto se había recuperado, y del rey fue orientándose hacia otro lugar de seguro interés arqueológico, no lejos de Herculano, en el sitio que llevaba el significativo nombre de «La cività» ya identificado con Pompeya en el siglo anterior por el docto alemán *Lucas Holstenius*, opinión

condividida por los más notables eruditos napolitanos de la época.

Así fue, pues, como el 23 de marzo de 1748 comenzó la nueva excavación. El lugar en el cual se empezó era, como sabemos hoy, muy propicio, puesto que se hallaba cerca del cruce de la vía de Stabia con la vía de Nola, a menos de 200 metros del templo de Fortuna Augusta. En seguida se empezaron a encontrar restos de edificios y de pinturas. El 19 de abril apareció el primer esqueleto con monedas de oro y plata en sus manos, lo cual nunca se había encontrado en Herculano, debido a que aquélla, al contrario de Pompeya que fue sepultada por lapilli y cenizas, lo fue por enormes oleadas de barro hirviendo, que habían destruido casi todo rastro de sus desafortunados habitantes. El deseo de encontrar tesoros hizo entonces abrir nuevos agujeros, al azar, en varias partes. Así se encontraron, entre otros, el anfiteatro y la espléndida villa extraurbana llamada «Villa de Cicerón». En la excavación el rey había puesto al lado de Alcubierre a un joven arquitecto suizo, *Karl Weber*, inteligente y capaz, lo cual suscitó, por lo visto, la ira de Alcubierre. Además, los hallazgos de Pompeya también iban volviéndose poco importantes y decepcionantes, sobre todo si se tiene en cuenta que el fin de estos investigadores era solamente encontrar tesoros. Por esto, con mucha ilusión se acogió en 1750 la noticia que, cerca del monasterio de los padres Agustonianos en Herculano, se habían encontrado, al excavar un pozo, muros y columnas de mármol pertenecientes evidentemente a un gran edificio. Alcubierre se trasladó en seguida a Herculano, donde ya estaba trabajando Weber en la redacción de un plano de todos los túneles con la ubicación del teatro, que aún hoy constituye el más completo que tenemos de este edificio. Celoso del trabajo ordenado y competente del suizo, Alcubierre hizo quitar los pilares que Weber había mandado colocar para sujetar las bóvedas de los túneles, con la consecuencia que éstas se vinieron abajo, lo cual provocó la imposibilidad, desde entonces, de acceder al teatro.

Weber fue el encargado de la nue-



Figura 4. Patio del Palacio Real de Pórtici con la estatua de Marco Nonio Balbo hallada en Herculano bajo Carlos III. Grabado anónimo, siglo XVIII.

va excavación y a él le debemos el único plano hasta hoy existente del edificio que entonces se descubrió, quizás la más famosa residencia particular antigua, la así llamada *Villa de los Pisones* o *Villa de los Papiros*. Esta villa nos ha proporcionado una increíble cantidad de tesoros artísticos: toda una galería de estatuas, la mayoría de ellas en bronce, de atletas, bailarinas, filósofos, monarcas helenísticos, en estupendo estado de conservación, que decoraban el peristilo de una larga piscina en el jardín de esta villa que, de acuerdo con el plano de Weber, debía de estar entre las más lujosas del mundo romano. El rey y su esposa no cabían en sí del regocijo: casi diariamente acudían a observar los avances de la excavación. El 19 de octubre de 1752 se produjo otro importantísimo hallazgo: en una habitación más bien pequeña se encontraron, en sendas estanterías de madera, centenares de rollos carbonizados, que se deshacían en polvo al intentar abrirlos; decenas se destruyeron, hasta que alguien se dio cuenta de que en ellos se podían leer algunas letras griegas: *se trataba de rollos de papiro, eran libros, era toda una biblioteca que había milagrosamente sobrevivido del siglo I d.C.*

Pero, ¿cómo salvar y leer esos libros carbonizados que se convertían en polvo tan sólo al tocarlos?

De un par de ellos, en mejor estado, pudo verse sin embargo que se

trataba de textos griegos de filosofía, relativos sobre todo a la obra del filósofo epicureo Filodemo de Gádara, del siglo I a.C., a esta especial excavación se dedicó, con enorme afición, el pintor romano Camillo Paderni, quien había sido nombrado, mientras tanto, director del Real Museo de Portici; pero su afición no podía de alguna manera solucionar el enorme problema técnico y científico planteado por los papiros. Hasta que, en 1754, se presentó al rey un conservador de la Biblioteca Vaticana, el jesuita *Antonio Piaggio*, quien afirmaba haber inventado un aparato para poder desenvolver y leer los papiros sin destruirlos. Empezó entonces un trabajo larguísimo de increíble paciencia y dedicación. Con enorme lentitud, la máquina del padre Piaggio iba desarrollando y fijando en un papel el rollo de papiro; en cuatro años, sólo se desarrollaron tres rollos, mientras muchos otros se iban pulverizando en la espera. Sin embargo, el rey seguía personalmente, y con enorme interés, el trabajo del jesuita. En una carta del padre Piaggio de 1790 leemos que «... en esta habitación es donde teníamos el honor de recibir la visita de su Majestad don Carlos por lo menos dos veces por semana, y muy a menudo venía la Reina también para observar el desarrollo de los papiros, lo cual ámbos hacían con mucha atención y agrado. El rey siempre esta-



Figura 5. Estatua honoraria de Carlos III, representado según el esquema de la estatua herculanense de Marco Nonio Balbo. Nápoles, Piazza Plebiscito.

ba de pié al lado de mi máquina, ni nunca jamás me acuerdo que se sentara por cansancio, y no se movía hasta el mediodía, cuando llegaban los mayordomos para llamarnos...» (2). De todas formas, el trabajo precursor del padre Piaggio ha sido muy útil, y a él se debe, sin duda, si hasta hoy se han podido descifrar más de 1.800 papiros.

Sobre el final del año 1754 se decidió volver otra vez a la excavación de Pompeya, después de que, al construirse una nueva carretera, se hubieron encontrado grandes e importantes monumentos funerarios. La excavación empezada entonces en Pompeya no se ha visto interrumpida, prácticamente, nunca hasta hoy.

Mientras tanto, salían el libro de Marcello Venuti sobre la excavación del teatro de Herculano (1748) (3) y el primer volumen de *Le antichità di Ercolano*, de Bayardi (1755), obras que sin embargo no se vendieron si no que se repartieron entre las amistades del rey.

En 1755 el rey, siguiendo el consejo sobre todo de su ministro *Bernardo Tanucci*, fundaba la «Accademia Ercolanese», un equipo de 15 especialistas de antigüedades y literatura antigua, cuya presidencia ostentaba el mismo Tanucci; uno de los mayores méritos de ésta fue, desde luego, el nuevo impulso que dio a la excavación de Pompeya, donde, en 1756, se encontró la célebre

casa de Iulia Felix, que enseguida se volvió a sepultar, según se acostumbraba a hacer entonces. A la «Accademia Ercolanese», además, se debe la publicación de los otros siete volúmenes de *Le antichità di Ercolano*, (1757-1792), de incalculable valor científico y documental para nosotros.

Los últimos años de la estancia de Carlos III en Nápoles son los de las primeras, abiertas críticas a su labor arqueológica. En 1756 llega a Nápoles, para visitar y estudiar las antigüedades, el sabio alemán *Johann Joachim Winckelmann*, de Dresde, ciudad que como sabemos, tenía una especial vinculación con la excavación de Herculano. Winckelmann llegaba a Nápoles de Roma, donde ya se había quedado un año dibujando y estudiando sus antigüedades. Su acogida en Nápoles, sin embargo, no fue muy cordial. Grande tuvo que ser su decepción cuando vio que, a pesar de las cartas de presentación del mismísimo hermano de la reina María Amalia, se tardaba mucho tiempo en darle audiencia. La razón fundamental de ello era que en la corte se sabía a que había venido Winckelmann, «un Godo llegado a ser anticuario sólo por la práctica de tanto husmear por Roma», y según lo definió entonces el erudito napolitano *Galiani* (4), y se suponía que su intención fuese el hacer espionaje. La pareja real era enormemente celosa de

sus excavaciones y de los tesoros arqueológicos que de ella iban saliendo, ya que bien se daban cuenta de que su pequeño reino, tan poco importante políticamente, poseía —gracias a éstos— algo único que ningún otro soberano europeo, por poderoso que fuera, poseía. La idea de que Winckelmann pudiese copiar y dibujar a escondidas los tesoros arqueológicos de Herculano y Pompeya, publicándolos antes de la publicación oficial por la Accademia Ercolanese, era algo que mucho le preocupaba y molestaba al rey. Tanto es así que sólo en febrero de 1758, casi dos años después de su llegada, el sabio alemán consiguió visitar por primera vez el Museo de Portici, pero sólo después de prometer que no dibujaría ni un sencillo boceto de las piezas.

La estancia de Winckelmann en Portici está caracterizada por la amistad que entabló con el padre Piaggio, el descifrador de los papiros, quien constituyó la primera fuente de información para él. El buen padre Piaggio se sentía, en aquellos tiempos, subestimado en relación a los otros colaboradores del rey, sobre todo de Alcubierre. De él Winckelmann debió recopilar muchos de los «chismorreos» de la excavación que nos ha relatado en sus famosas «Sendschreiben von den Herculanischen Entdeckungen an den Herrn Heinrich Reichsgrafen von Bruehl» (Misivas sobre los descubrimientos de Herculano al señor conde Heinrich von Bruehl), publicadas en Dresde en 1762. Allí están relatados los errores de la excavación, con críticas muy duras a sus directores, a los cuales, en aquel entonces, se había añadido otro, el también ingeniero español *Francisco La Vega*, quien sería, bajo Fernando VI, el sucesor de Alcubierre. Es muy famoso el comentario de Winckelmann acerca de este último, despachado con pocas pero irónicas palabras que quizás no merecían, por lo menos completamente, los cuarenta años de dedicación a la tarea que se le había encomendado. «La dirección de esos trabajos subterráneos», escribe Winckelmann, fue encargada a un agrimensor o ingeniero español, Roque Joaquín de Alcubierre, quien había venido de

España con el rey; éste es ahora coronel y jefe del cuerpo de ingenieros napolitanos. Este hombre, quien nunca tuvo que ver con las antigüedades más que la luna con las gambas, como dice un antiguo refrán italiano, fue causa, por su incapacidad, de muchos destrozos y de la pérdida de muchas cosas bellas» (5).

Las misivas de Winckelmann se publicaron al poco tiempo de haber salido el primer volumen de *Le Antichità di Ercolano* y causaron enorme sensación en los ambientes científicos e intelectuales de la época, despertando enorme curiosidad y un sinnúmero de comentarios —no siempre benévolos—, pero contribuyendo, al mismo tiempo, a que se pusiera de moda el estilo «à la grecque» o «à la Herculeum» en la decoración.

Mientras tanto, llegaba para Carlos III un momento muy importante para su historia política y algo amargo para su vida personal, el momento de despedirse del pequeño reino al que tanto cariño había tomado en veinticinco años de reinado: al morir Fernando VI sin sucesión, heredó la corona de España. Era agosto de 1759 cuando Carlos y María Amalia se fueron de Nápoles, como gran duelo de sus súbditos, que fueron a despedirles multitudinariamente en el puerto. Dejaban ahí como herederos a su hijito de ocho años, el futuro Fernando IV, y a su primogénito Felipe, irremediablemente idiota e incapaz, ambos confiados al cuidado del querido Tanucci, quien asumía mientras tanto la regencia del reino.

A la tristeza de la reina María Amalia, que rehusó siempre aprender español y cuya desesperación por aquella mudanza bien conocemos a través de sus cartas a Tanucci y que murió al año de marcharse, en 1760, en el madrileño palacio del Buen Retiro, con tan sólo treinta y seis años (6), se añadía la añoranza del rey don Carlos, quien, en sus treinta años de reinado en España fue repitiendo muchas de las obras culturales que habían caracterizado su reinado napolitano: así, las grandes actividades arquitectónicas y culturales en España que todos bien conocemos tienen antecedentes en Nápoles: el Teatro de la

Opera de San Carlo, inaugurado en Nápoles para su boda con María Amalia, los espléndidos sitios reales de Caserta, Capodimonte y Portici, las fábricas de porcelanas y tapices y el taller para el grabado de piedras duras de Capodimonte, la Accademia Ercolanese, la grandiosa fundación humanitaria del Albergue de los Pobres. Una sola cosa, sin embargo, no podía duplicarse en España: sus excavaciones, su museo arqueológico, único, por aquel entonces, en el mundo. De todo aquello don Carlos se despidió con pesar, pero correctamente, dejándolo todo en herencia a sus sucesores. Hasta un anillo con una pequeña «corniola», que procedía de la excavación de Pompeya y que él había llevado puesto durante años porque se trataba de un hallazgo suyo personal, se lo dejó al Museo de Portici, no quedándose personalmente con ni siquiera un pequeño recuerdo de las excavaciones en las cuales había invertido tantas energías y para las que —también hay que decirlo— había desembolsado desde sus comienzos, sacándolos de sus fondos personales, entre 8.000 y 12.000 ducados de oro cada año.

Los errores, los desperfectos, los destrozos de aquellas excavaciones que hoy, con nuestra cultura científica, es tan fácil criticar se debieron a la falta de cualquier técnica de excavación y de la consciencia del valor histórico de la investigación arqueológica. Su fin era hallar tesoros y, ya que se encontraban, todo iba estupendamente. Es lógico y evidente que no se podía esperar otra cosa, faltando entonces los presupuestos históricos de los cuales partimos hoy. Las críticas mayores, ayer y hoy, siempre han apuntado contra Acubierre. Pero ¿qué pretendían las excavaciones reales? ¿Qué buscaban el rey y su jefe de excavaciones? ¿Qué buscaban el rey y su jefe de excavaciones? La contestación es sencilla: no se quería sacar a la luz una antigua ciudad —lo cual será el cometido de las siguientes generaciones de arqueólogos, sobre todo italianos—, sino más bien «husmear», por así decirlo, en sus entrañas, en sus tesoros, recurriendo hasta a las minas. No se quería devolver los antiguos edificios a la civilización, si-



Figura 6. Estatua-retrato de Marco Nonio Balbo. Nápoles Museo Arqueológico Nacional.

no despojarlos de pinturas, estatuas y utensilios. La excavación no significaba más que buscar obras de arte para coleccionarlas, así que Acubierre, necesariamente, acabó cometiendo los mismos «crímenes» que cometió el príncipe d'Elboeuf treinta años antes. Se trató de un despojo autorizado, se excavó como en una mina, a través de caminos subterráneos y túneles, con el fin supremo de encontrar tesoros de arte para el Real Museo de Portici. Las críticas a este sistema han sido muchas, y a las susodichas de Winckelmann hay que añadir las del viajero francés *Charles de Brosses* (7) sobre la imposibilidad de hacerse una idea de excavación, y de *Michele Ruggiero*, autor en el siglo pasado de una importante síntesis de las excavaciones borbónicas, quien afirma «que por incapacidad de los directores no se excavó, sino que se destruyó Herculano» (8). Y, sin embargo, ¿qué era de esperar de un ingeniero militar a parte de la fidelidad a su rey y la capacidad de hacer estrellarse minas? En los túneles de Herculano este hombre consumió su vida y cogió la enfermedad que le costó la muerte, dejándonos sin embargo un detallado diario, no de la excavación —desde luego—, sino de los hallazgos, como bien le correspon-

día a la mentalidad coleccionista de la época. Si sobre él han caído las iras de los críticos antiguos y modernos, hay por lo menos que reconocerle, además de una enorme lealtad hacia su rey, la honestidad, como excavador de tesoros que era, que todo el mundo le reconocía, lo cual —ayer como hoy— no es poco.

Pero, volviendo ahora al rey Carlos, ¿qué significó para él verdaderamente su larga «aventura» arqueológica napolitana? Se cuenta que, al despedirse de sus padres en Sevilla, el 20 de octubre de 1731, para emprender, con tan sólo quince años la conquista del reino de Nápoles, su padre Felipe V le regaló la espada de su abuelo Luis XIV de Francia, el Rey Sol, como augurio de triunfo. Si el palacio de Caserta fue su pequeña Versalles, porque pequeño era su reino, en una cosa pudo superar con creces a su antepasado: en la colección de antigüedades, suya, personalmente suya en cuanto rey, como nos enseña la ley real de 1755 (que es, a propósito, una de las más antiguas leyes de tutela del patrimonio arqueológico) Amenaza con multas y cárcel a

quien robara en las excavaciones reales o tan sólo hiciera un agujero en sus cercanías. A parte de todo esto, del Rey Carlos proviene el primer fomento para la arqueología y para la formación del gusto neoclásico del siglo XVIII. Hasta el biógrafo de Winckelmann, *Kark Justi*, reconoció los méritos arqueológicos del rey, ya que sin él no se hubiera realizado «el descubrimiento, la excavación, la conservación y la publicación de las ciudades subterráneas y del gran Museo que de todo esto derivó» (9). También Reinhard Herbig (10) afirma justamente que Carlos de Borbón fue un gran aficionado, un aficionado consciente, un apasionado e incansable mecenas. Logró hacer todo lo que un arqueólogo desea hacer: proyectar, excavar, crear un museo para los hallazgos y publicarlos. *El rey arqueólogo*, como a veces se le llama, fue el consciente promotor del estudio de las antigüedades clásicas, que tan importante papel tenían que jugar en el desarrollo de la civilización artística del siglo XVIII.

Asimismo, en la historia del «culto de las ruinas» en la Italia del si-

glo XVIII, el Real Museo Arqueológico de Portici tiene una connotación suya propia e inconfundible: obedecía por cierto a instancias culturales y de propaganda política a la vez —es decir, al culto del mundo antiguo se unía la glorificación de la monarquía—, pero logró expresar una visión todavía no idealizada y «winckelmanniana» del arte antiguo. Una concepción unitaria de arte figurativo y literatura, de grandes obras maestras y de utensilios de la vida de cada día, de humanismo y técnica, de formas ideales y cultura material. Su característica principal derivó de su estrecha conexión con las excavaciones; la restauración de las piezas, su ordenación y publicación se llevaban a cabo bajo un mismo techo, en las inmediatas cercanías de la excavación. Al gran *Goethe* este museo le mereció este juicio: «Pero aquel museo es también el alfa y el omega de todas las colecciones de arte antiguo: ahí se puede ver cómo los antiguos nos adelantaban en cuanto a sensibilidad artística se refiere, aunque estaban relativamente atrasados en lo que a industria y técnica se refiere» (11).

BIBLIOGRAFIA

Sobre estos temas se pueden consultar ahora dos excelentes monografías españolas de reciente aparición, que profundizan y amplían mucho los varios aspectos aquí sintetizados:

Represa Fernández, María Francisca: *El Real Museo de Portici* (Nápoles): 1750-1825. Aproximación al conocimiento de la restauración, organización y presentación de sus fondos, *Studia archeologica* 79, Valladolid 1988.

Fernández Murga, Félix: *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, Acta Salmanticensis, Estudios Históricos y Geográficos 56, Salamanca 1989.

NOTAS

(1) Venuti, M.: *Descrizione delle prime scoperte dell'antica città d'Ercolano*, in Roma nella Stamperia di Bernabò e Lazzarini, 1748, página 110.

(2) Biblioteca Nacional de Nápoles, Sección Manuscritos, volumen IX, F 51; publicada por F. Longo en AA.VV. *Contributi alla storia dell'Officina dei Papiri Ercolanensi*, Napoli 1980, página 55.

(3) Cfr. nota 1

(4) Pane, R.: *Ferdinando Galiani e l'antico*, Accademia dei Lincei, cuad. número 211, Roma 1975, página 206.

(5) Winckelmann, J. J.: *Sendschreiben von den Herculanischen Entdeckungen an den Herrn Heinrich Reichsgrafen von Bruehl*, Dresde 1762 (Reprint Baden-Baden 1964), página 137.

(6) Fernández Murga, F.: *Carlo III a Napoli*, en «AA.VV.» *I Borboni di Napoli e i Borboni di Spagna*, Napoli 1985, volumen I, páginas 242-243 nos relata de dos cartas al ministro Tanucci, desde el madrileño Palacio del Buen Retiro: «Por lo que a mí se refiere» —le decía la reina en carta del 24 de marzo de 1760—, estaba mucho

más contenta con ese pequeño reino que con estos vastos dominios, que muy bien sé que no podré disfrutar nunca.» Y el 18 de julio del mismo año: «Para acostumbrarme a este país creo que no me bastará toda la vida. Es demasiado, es demasiado desgarrador el cambio hecho, y cada día lo advierto más.» Hay en esas palabras como un presentimiento de muerte, que la alcanzará el 27 de septiembre de este mismo año.

(7) Brosset de, Ch.: *Viaje a Italia*, trad., esp. Espasa Calpe, Madrid 1922.

(8) Ruggiero, M.: *Storia degli scavi di Ercolano ricomposta su documenti superstiti*, Napoli 1885.

(9) Justi, K.: *Winckelmann. Sein Leben, seine Werke und seine Zeitgenossen*, Leipzig 1872, volumen II, 1, página 169 y siguiente.

(10) Herbig, R.: *Don Carlos de Borbón excavador de Herculano y Pompeya*, en *Madrider Mitteilungen* I, 1960, página 11 y siguientes.

(11) Goethe, J. W.: *Viaggio in Italia*, trad. ital. Firenze 1948, volumen II, página 196.

INSTRUMENTOS MUSICALES DE LA PREHISTORIA: EL PALEOLITICO (I)

Isabel RUBIO DE MIGUEL

Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

LA aparición de los primeros instrumentos musicales nos lleva a plantearnos de forma inmediata y paralela el origen de la música, unida posiblemente al canto y a la danza, a juzgar por los testimonios de carácter arqueológico y etnográfico. Dada la ausencia de información más directa, una buena parte de las respuestas que requerirían los interrogantes planteados en este sentido permanecen en el terreno de la mera especulación, lo cual no es obstáculo para abordar un tema tan atrayente y de no poca dificultad.

Este artículo no pretende ser una recopilación exhaustiva de los instrumentos musicales prehistóricos más antiguos hallados en nuestra Península o fuera de ella hasta el momento presente, sino plantear un primer acercamiento al tema y exponer una serie de cuestiones relacionadas con el mismo desde la perspectiva del prehistoriador, sin adentrarse en aspectos técnicos, musicalmente hablando, habida cuenta que en este terreno existen voces mucho más autorizadas que la de quien escribe estas líneas. Teniendo presente el propósito de estas páginas ya señalado y el espacio disponible, los ejemplos quedarán restringidos a los existentes en el Paleolítico que, obviamente, son los de cronología más antigua conocidos. A causa del segundo de los condicionantes señalados y para una mejor adecuación a los requisitos de este Boletín se ha dividido el artículo en dos partes, incluyendo las conclusiones en la segunda de ellas.

La llamada arqueología musical es un campo que requiere, como

tantos otros en el estudio del pasado, la colaboración entre especialistas de distintas parcelas de la investigación y que, poco a poco, sobre todo por lo que se refiere a las etapas más remotas, se va abriendo camino y no sólo en el contexto de la estricta musicología. Buena prueba de ello son las publicaciones de las actas de diversas reuniones internacionales (Second Conference..., 1987, o Hickman, E. y Hughes, D. W. [Eds.], 1988), de artículos aparecidos en esta misma revista (Castelo, R., 1989 y 1990), o en otras (Castelo, R. y López, M.^a J., 1989), o incluso el inicio de trabajos de investigación por parte de jóvenes licenciados. Las orientaciones seguidas en los diversos estudios, así como las direcciones tomadas en la investigación, han sido igualmente puestas de manifiesto por C. Homo-Lechner (1989, páginas 73-74).

J. Blacking (1988, página 329) señala cómo la investigación sobre la arqueología de la música ha suscitado tantos problemas como la musicología histórica y el análisis musical, planteándose la necesidad de hallar una definición universal de la música, poniendo de relieve la importancia de las tradiciones orales, así como el aparente carácter innato de la aptitud musical en el hombre. Una conclusión de estos estudios que me parece importante viene a contradecir lo afirmado por antropólogos como A. Lomax entre otros (Harris, M., 1987, páginas 496-497) y es que los sistemas musicales no pueden correlacionarse claramente con los tecnológicos y sociales, al menos según lo observado en comunidades vivientes. Los

Son y los Baringa, por ejemplo, ambos cazadores-recolectores, parecen haber contado en cambio con una música polifónica «compleja».

Sin embargo, la realidad es que las dificultades de la arqueología de la música son aún mayores: el registro arqueológico no nos proporciona partituras o notaciones de ninguna clase, evidentemente, tampoco escritos sobre música o sobre la forma de interpretarla (ni sobre ninguna otra cosa, por otra parte), independientemente de que aun en la música occidental y para momentos donde sí existe este tipo de información se compruebe que hay muchas formas aceptables de hacer música (Blacking, J., 1988, página 329 y Homo-Lechner, C., 1989, página 74). Recordemos también a ese respecto la polémica actual sobre la utilización o no de instrumentos originales en la interpretación de música mucho más cercana y sobre la fidelidad de la reconstrucción de los mismos. Las más recientes investigaciones (Second Conference..., 1987 e Hickman, E. y Hughes, D. W. [Eds.], 1988) distinguen la prehistoria musical como una rama de la arqueología musical que investiga culturas sin un sistema de escritura o sin contactos con culturas literarias. Los problemas existentes son muchos: práctica imposibilidad de conocimiento de las motivaciones primitivas para hacer música, diferencias entre sociedades prehistóricas y las de primitivos actuales, determinar qué se entiende por música, plantear incluso el monogenismo de ésta, o bien suponer para ella una evolución similar a la del lenguaje desde una «proto-música»,

propia del Homo erectus o del neanderthal (Livingstone ha sugerido que el Australopithecus podría cantar) (Blacking, J., 1988, página 331). No me parece, sin embargo, que pueda resultar muy fructífera en cuanto a los eventuales resultados la especulación sobre el origen único de la música, acudiendo al difusionismo para explicar su existencia en todo el mundo. Ello estaría en contradicción con esa aparente aptitud innata en el hombre para la misma. Otra cosa es este planteamiento relacionado con el origen y difusión de instrumentos concretos (Megaw, J. V. S., 1988) y, aun en ese caso y para los más simples, se plantea la posibilidad de la convergencia («rhombos» o bastones de ritmo, por ejemplo) (Schaeffner, A., 1980, páginas 361-362).

Por otra parte, se pone de manifiesto cómo los sistemas musicales son simbólicos y no tienen por qué estar relacionados con las leyes de la acústica, por lo que los modos o la cantidad y variedad de géneros musicales no se pueden inferir sobre la base de la cultura material. En otras palabras, con instrumentos similares se puede hacer música de forma distinta (Blacking, J., 1988, página 331). Según eso, el grado de riqueza existente en la cultura material proporcionada por el registro arqueológico no presupondría, de forma matemática, el desarrollo musical de ese grupo humano. La posible pérdida de información que condiciona otros aspectos de la Prehistoria debe ser tenida en cuenta forzosamente aquí también (instrumentos de madera, por ejemplo, de difícil conservación).

La comparación con pueblos primitivos actuales o con otras comunidades vivientes según los mismos autores solamente sería lícita en contadas ocasiones y bajo ciertas condiciones, lo cual había sido ya indicado para otros aspectos de la investigación prehistórica, si bien el marcado carácter antropológico de la misma en el momento actual permite e incluso de por supuesto el abundante uso de los datos procedentes de este campo aunque en todo caso y fundamentalmente, para estimularla y sugerir nuevas posibilidades. En el campo musical, no

obstante, la obra ya clásica de Schaeffner (1980), se planteaba como «una introducción etnológica a la historia de la música instrumental».

Sin embargo, un aspecto que en mi opinión es muy positivo, ya que proporciona mayores perspectivas a investigaciones como la de la música más antigua y sus instrumentos es el no tener como único punto de referencia la música occidental. P. Schaeffer critica, precisamente, el que algunos musicólogos hayan reducido los lenguajes primitivos o exóticos a las nociones y términos de la música occidental y recuerda cómo los músicos encuadrados en las corrientes más recientes, los de la música concreta por ejemplo, hayan sido los que han señalado la necesidad de una vuelta a las fuentes auténticas (Schaeffer, P., 1988, página 21). Otro tanto podría decirse sobre los instrumentos musicales (o mejor objetos musicales) que, en composiciones actuales, aparecen bajo las formas más variadas e incluso insospechadas y, si consideramos la parte que desconocemos de las épocas más antiguas donde únicamente caben suposiciones, tendríamos que tener en cuenta todo objeto que pudiera producir sonidos. Tendremos ocasión de volver sobre este tema más adelante.

Ciertamente, muchos son los aspectos que seguramente permanecerán siempre ignorados sobre escalas, modos o técnicas, sin embargo no creo que quepa hablar sobre todo de arqueología especulativa al referirse a ésta (Megaw, J. V. S., 1988, página 350). Ello depende evidentemente de los objetivos que se persigan teniendo en cuenta como es natural las numerosas limitaciones. Posiblemente lo sea en el campo de la estricta musicología, pero el reto que supone este tipo de estudios dentro de la investigación prehistórica es similar al del arte, pongo por caso, o al de los sistemas sociales.

Pero veamos otros aspectos concomitantes que asimismo interesan. J. Blacking (1988, página 334) señala como hipótesis de trabajo que la capacidad humana de crear sistemas simbólicos de comunicación sin lenguaje se hallaba ya en el Homo

erectus y en el Homo sapiens neanderthalensis y que la extensión de las capacidades para la danza y para la música posibilitaría a las poblaciones prehistóricas el desarrollar un lenguaje verbal que aparecería relativamente tarde con el Homo sapiens sapiens.

Sin entrar a considerar si la danza y la música se hallan en el origen del lenguaje, cosa que no estamos en condiciones de afirmar, según los datos que se desprenden de los restos fósiles humanos sobre el cerebro y las posibilidades del aparato fonador, parece que, efectivamente, la posibilidad más clara de un lenguaje articulado (y por tanto del canto) aparecería con el hombre moderno, el sapiens sapiens. La característica diferencial del cerebro humano es el número, la variedad y la especialización de las facultades de que está dotado. El lenguaje es una de las distintivas del ser humano y está, pues, íntimamente ligado a la evolución. Con todo, a partir de ciertos restos se ha supuesto también que el hombre de Neanderthal pudo tener asimismo un lenguaje o un habla articulados (Buxo, M. J., 1983, página 13), pero esto es algo aún sujeto a discusión (sobre estos problemas véase también Laitman, J. T., 1976; Lieberman, P., 1976; Idem y Crelin, E. S., 1971). Aun dejando abierta esta posibilidad y teniendo en cuenta asimismo los escasos restos artísticos del Paleolítico medio, tenemos que concluir que es con el sapiens sapiens con el que se produce una eclosión artística (con su punto culminante en el Magdalenense), la aparición de una cierta complejidad social (Douglas Price, T. y Brown, J. A., 1985), o el hallazgo de enterramientos más numerosos y con indicios de ciertos rituales, aun cuando la creencia en una vida de ultratumba y determinadas prácticas rituales se hallasen ya presentes entre los grupos neanderthales. Los débiles indicios de supuestas danzas se encuentran asimismo ligados al hombre moderno. Se trataría, por ejemplo, de escenas del arte parietal como la de Trois Frères (Ariège) (figura 2:2), la de la Grotta dell'Audauria (Palermo) interpretada como tal, o como de ceremonia de iniciación o de sacrificio (Ripoll, E., 1989).

página 97), lo mismo que las huellas de niños o adolescentes halladas en el Tuc d'Audoubert (Ariège), dispuestas en cinco hileras y dirigidas hacia una serie de pequeñas figuraciones fálicas (Maringer, J., 1972, páginas 150-151). La interpretación de las mismas gira en torno a una supuesta danza de un rito de iniciación. Por tanto, lo que pueden considerarse meros atisbos de ritualización y de un mundo simbólico o trascendente ligados al hombre de Neanderthal, encuentran su expresión clara y evidente con el sapiens sapiens. Esto mismo se constata con los instrumentos musicales.

La arqueología musical, en resumen, ha puesto de manifiesto cómo muchas de las dificultades, condicionamientos o carencias en la información, así como la disparidad de enfoques corren paralelos con los que la investigación prehistórica ha debido enfrentarse y plantearse, respectivamente, en el estudio del resto material con el fin de hacerlo vivo.

¿De qué manera me propongo proceder, según eso, al estudiar estos instrumentos musicales sin perder de vista el enfoque del prehistoriador, o incluso del antropólogo?

Se partirá del dato material, esto es, del instrumento hallado, sin olvidar otra serie de posibilidades que se recogen como tales, sugeridas por los datos etnográficos y que pueden muy bien haberse dado en momentos prehistóricos. No obstante, únicamente los encontrados en el registro arqueológico con cronología paleolítica, son los que intentaré encuadrar en las clasificaciones existentes y los que serán tomados en consideración en las conclusiones finales. La recopilación exhaustiva de dichos instrumentos deberá ser fruto de los trabajos de investigación a los que antes aludía, lo mismo que lo relativo a cuestiones de técnica y de interpretación musicales que podrían enmarcarse muy bien dentro de la actualísima arqueología experimental, practicada como es lógico en colaboración con musicólogos o, mejor aún, por estos mismos.

La arqueoorganología, iniciada por los trabajos pioneros de Sachs, Galpin o Dolmetsch, se ha visto continuada por los más recientes de

J.V.S. Megaw (Buchner, A., 1985, páginas 18-19). En el inicio, según P. Schaeffer (1988, página 35) el paso del simple objeto al instrumento musical vendría dado por la repetición de la primitiva «señal» emitida por el utensilio y por la variedad en el seno de esa repetición. Al golpear una calabaza por ejemplo, que inicialmente constituía un recipiente, se descubriría la «Música» y la posibilidad de tocar un «instrumento». Desde ese punto de vista infinidad de objetos son susceptibles de convertirse en instrumentos musicales, por lo que como señala el mismo autor (Schaeffer, P., 1988, página 21) y hemos expuesto con anterioridad, tanto las corrientes musicales actuales más avanzadas como las primitivas (africanas o asiáticas con el empleo de determinados objetos musicales), ponen en cuestión las mismas nociones de la música.

La obra musical, por su parte, existiría desde que el hecho fuera reconocido por los otros y repetido deliberadamente (Schaeffer, P., 1988, página 35). Sobre éstas evidentemente no podemos esperar obtener ningún tipo de información.

Parece, no obstante, que las sociedades humanas en su evolución han inventado sus instrumentos sólo en casos excepcionales, ya que éstos forman parte del legado que han recibido de civilizaciones más antiguas, adaptándolo y transformándolo según sus gustos y necesidades (Tranchefort, F. R., 1985, página 10). Siendo así, parece que el estudio de comunidades vivientes podría ayudar igualmente a rastrear los orígenes de determinados instrumentos.

La clasificación de los instrumentos musicales más comúnmente utilizada es la de Hornbostel/Sachs (1914), inspirada en la de Mahillon (1893) y organizada según el sistema numérico de Dewey. Al parecer es susceptible de ser aplicada a todos los instrumentos conocidos en el mundo sin grandes lagunas (ver Buchner, A., 1985, páginas 13-17; Castelo, R. y López, M.ª J., 1989; Tranchefort, F. R., 1985, páginas 16-18). Naturalmente existen otras clasificaciones (véase la de Schaeffer, por ejemplo) (1980, páginas 371-377), pero la que prevalece, se-

gún la bibliografía consultada, es ésta, razón por la que se ha seguido aquí.

Evidentemente, «instrumentos» antiguos, posiblemente los más antiguos, pudieron ser las manos para palmear o golpear determinadas partes del cuerpo, las piernas (pataleo) y, desde luego, la voz humana. M. Dauvois ha puesto de manifiesto la necesidad de tener en cuenta la acústica de las cuevas en relación con ella, dada la resonancia, diferente en cada una de éstas a causa de los accidentes que presentan en su interior (Dauvois, M., 1989, página 11). Algunos autores piensan que la percusión fue la forma más antigua de producir sonidos. Sin embargo y partiendo del registro arqueológico tampoco podemos asegurarlo de forma tajante. Siguiendo la clasificación citada veamos cuáles son los datos existentes.

Idiófonos: En ellos «el sonido es producido por el propio material del instrumento gracias a su solidez y elasticidad, sin necesidad de recurrir a la tensión de membranas o de cuerdas» (Tranchefort, F. R., 1985, página 18). Un criterio que suele considerarse de forma primordial es el modo en que se ejecuta el ataque, lo que lleva a una serie de subdivisiones.

Pateados: dentro de esta categoría hay varios instrumentos que podrían haberse dado fácilmente en las culturas más arcaicas. Los bastones de ritmo subsisten en ciertas tribus de Oceanía y consisten en un bastón percutido de formas diversas, pudiendo hallarse en el origen de los tambores de madera (Tranchefort, F. R., 1985, página 23 y Schaeffer, A., 1980, páginas 67-71).

La tabla de madera pudo ser otro de los utilizados por los hombres paleolíticos. Dicho elemento es golpeado de diversas maneras, incluso con los pies, estando depositado en el suelo.

A estos dos habría que añadir otros posibles instrumentos: los palillos de entrechoque sin hueco en la parte inferior y los tambores de madera. Estos últimos se fabrican con un tronco de árbol hueco y vaciado al que se le practica una hendidura en uno de los lados, golpeándose

con las manos o con mazas duras. Su misión en muchas ocasiones ha sido la de transmitir mensajes (Schaeffer, A., 1980, página 73).

Los recipientes de percusión, finalmente, podrían haber estado constituidos por una simple calabaza hueca, por ejemplo (Tranchefort, F. R., 1985, páginas 22, 25-28).

Directamente no conocemos la existencia de estos instrumentos, pero sí la de algunos objetos que se han considerado como mazas para repercutir sobre un tambor o sobre otros elementos.

En el yacimiento de Mezin (Ucrania) fueron hallados, entre otros restos óseos, un fémur y un omóplato de mamut cuyo desgaste señalaría su uso como *elementos de percusión*, así como dos pequeñas mazas de marfil o palillos y un martillo en asta de reno (figura 1:5) que formarían parte de la misma «orquesta», en palabras de S.N. Bibikov (1975, página 30). Estos supuestos instrumentos se hallaban decorados con grabados geométricos y recubiertos de ocre. Datán del Paleolítico superior y se les ha asignado una cronología de unos 20.000 años B. P.

De la misma manera, se ha avanzado la hipótesis de que los bastones perforados, en particular los denominados en «T», con tres ramas destacadas por el aserrado de las astas, se hayan podido usar como mazas de tambor. En la península ibérica se conoce un ejemplar procedente de la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias) (figura 1:1). Los bastones en «T» que I. Barandiarán incluye en su tipo 53.1, similares a las piezas de Mas d'Azil o de algún otro yacimiento francés, son un tipo secundario del bastón con varias perforaciones. En este caso llevan dos, una centrada en la zona de unión del eje principal y de las ramificaciones laterales y la otra más hacia el extremo distal (Barandiarán, I., 1976, páginas 327 y 329). Fuera de la Península pueden citarse otros ejemplos como el del Abri du Poisson (Dordoña, Francia) (figura 1:6), del Auriñaciense, entre otros, similar a los percutores chamánistas lapones, según el paralelo aportado por Gómez Tabanera (1980, páginas 202-208).

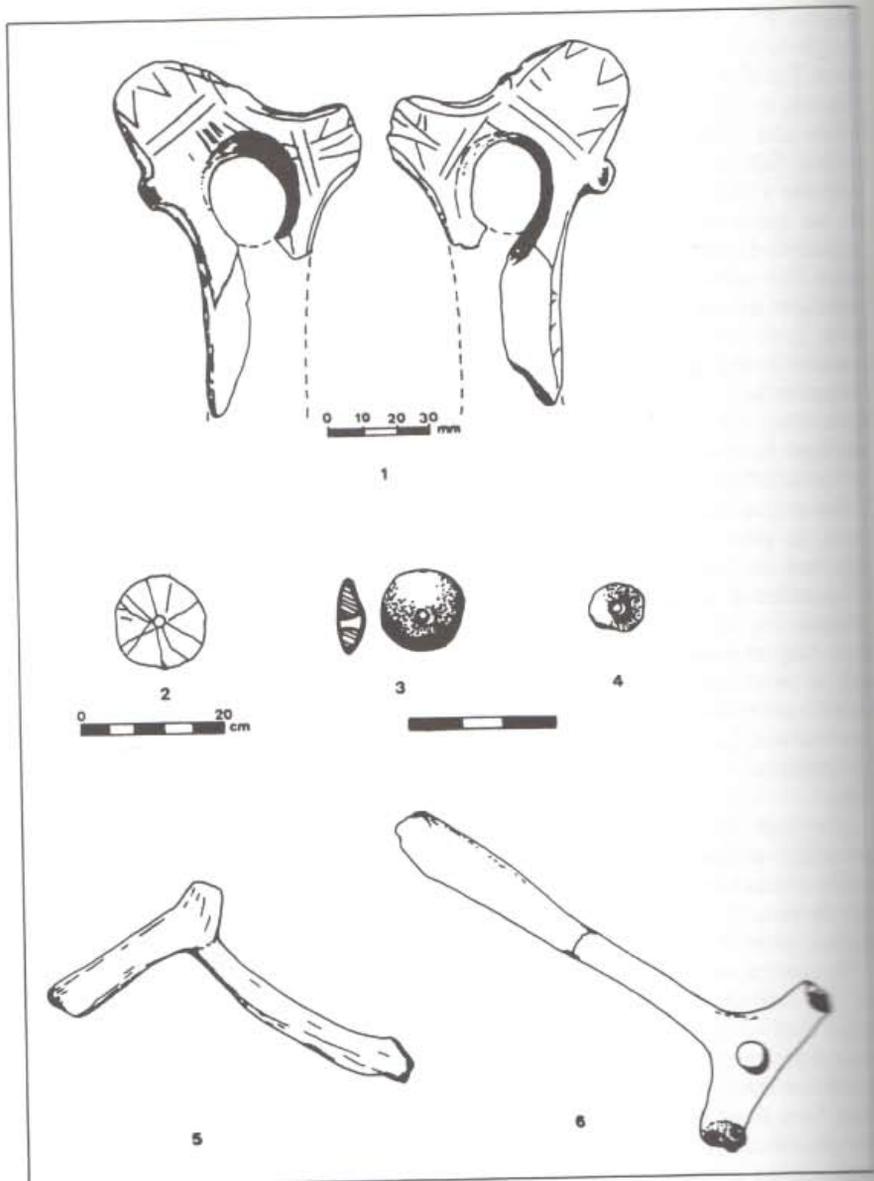


Figura 1. 1. Bastón perforado en «T» procedente de Tito Bustillo (Asturias). 2. Rodete perforado: tipo 64.2 de Barandiarán. 3. y 4. Rodetes de hueso de La Paloma y Bolinkoba. 5. Martillo de Mezin (Ucrania). 6. Bastón del Abri du Poisson (Dordoña) (según Corchon, S., 1986, figura 119, I. Barandiarán, I., 1976, lámina 32 y 1973, lámina 43, 1 y 2. Bibikov, S. N., 1975, páginas 28 y 29 y Gómez Tabanera, J. M., 1980, página 206).

Ya A. Salazar (1972, página 14) se planteaba que los bastones de mando pudieran haber sido cuernos sonoros si se hallaban perforados en el hueso largo o varilla. Esta hipótesis creo que debe ser descartada puesto que entre los conservados no se encuentra ninguno perforado de esa forma. Sin embargo, la atribución de una «funcionalidad religiosa, mágica, como palillos de tambor, usados en ceremonias chama-

nistas» es defendida por varios autores (Barandiarán, I., 1976, página 326) y podría confirmarse en parte con el examen de un eventual desgaste en alguno de sus extremos. Recordemos, no obstante, que los llamados en otro momento «bastones de mando» parecen haber perdido en la actualidad su carácter de símbolo jerárquico al constatarse la huella de un roce continuado en el interior de la perforación para el

que se han dado otras explicaciones utilitarias.

Sacudidos: en este caso, las partes sonoras se golpean entre sí cuando el instrumento es agitado. Los que a nosotros nos interesarían fundamentalmente serían las sonajas. Se suelen realizar con elementos vegetales, conchas o pezuñas de animales (Tranchefort, F.R., 1985, páginas 32-33). En este sentido, las conchas perforadas halladas en determinados yacimientos pudieron haber sido utilizadas con este fin y no únicamente como cuentas de collar (Salazar, A., 1972, página 13).

Los rodetes de hueso perforados en la parte central a los que habitualmente se les ha asignado una función ornamental como elementos asimismo de collar, han podido serlo igualmente de sonajas (Barandiarán, I., 1976, página 337, tipo 64.2). Normalmente han sido fabricados en hueso de omóplato, son delgados y tienen unos cuatro centímetros de diámetro. I. Barandiarán (1976, página 337), los incluye en su grupo XXV de los elementos de hueso del Pirineo occidental que él estudió. Asimismo observa que se ciñen exclusivamente al Magdaleniense IV (figura 1:2, 3, 4).

Procedente del yacimiento ucraniano anteriormente citado se conoce un *brazalete* o *ajorca*, formado por aros de marfil de mamut con incisiones decorativas. Se trata de un ejemplar único, compuesto por cinco fragmentos de colmillo que producirían al chocar entre sí un sonido que pudo acompañar a la danza. Se trataría pues del primer brazalete de sonajas conocido (Bibikov, S. N., 1975, páginas 29-30) (figura 2:1).

De entrechoque: son pares de instrumentos similares que pueden ser a dos manos si cada una sujeta una parte, o una mano. Se trata de palillos huecos en el interior (castañuelas, por ejemplo) (Tranchefort, F. R., 1985, páginas 33-36). No se conoce ningún ejemplo de este tipo pero se mencionan porque pudo haber existido algún instrumento semejante, no así otros incluidos dentro de la presente categoría.

Raspados y frotados: estos instrumentos se hallan representados en el registro Paleolítico superior.

En los de este tipo la superficie está normalmente estriada por ranuras y el sonido se obtiene frotando un palo o el extremo de otro hueso sobre las estrias más o menos rápidamente (Tranchefort, F. R., 1985, páginas 67-68). Un ejemplo sería el representado en la Figura 2:3, de una antigüedad de unos 15.000 años aproximadamente (Magdaleniense superior). Procede de la cueva Pekárna (Mähren, Checoslovaquia). Está fabricado en asta de reno y presenta una zona dentada que es la que posiblemente se frotaba con una varilla. Existen

otros ejemplares, siendo uno de los más antiguos el del Abri Labattut (Dordoña), del Solutrense superior. En el mismo sentido se ha interpretado alguna plaqueta calcárea con el borde dentado, o pequeños objetos con la misma particularidad como los guijarros de Perkána, pero, evidentemente, éstos limitan ya con las industrias talladas (Dauvois, M., 1989, página 11).

Percutidos: dentro de esta categoría tendríamos que mencionar únicamente los litófonos, ya que el resto son más modernos. Son piedras sonoras que se hacen sonar de

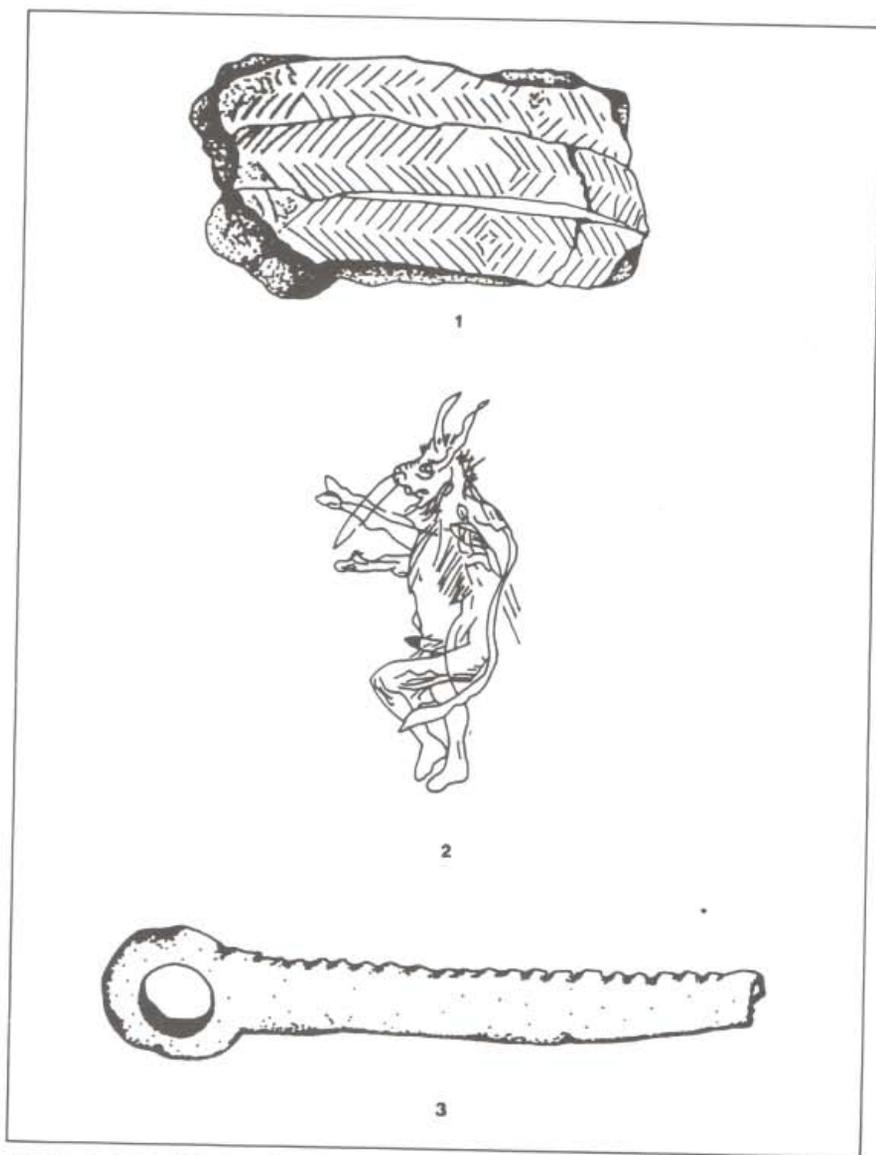


Figura 2. 1. Posible brazalete de sonajas procedente de Mazin (Ucrania); 2. «Hechicero», de Trois Frères (Ariège); 3. Raspador de la cueva Pekárna (Mähren) (según Bibikov, S. N., 1975, página 30; Ripoll, E., 1989, páginas 72-73 y Buchner, A., 1985, páginas 21, 12).

forma diversa, aparecen en número variable y han podido constituir primitivos instrumentos musicales (ver por ejemplo, Alvarez, R. y Siemens, L., 1988). Ripoll (1981, página 60) ha sugerido que determinadas coladas estalagmíticas de la cueva de Nerja (Málaga) o de la del Castillo (Santander) pudieron haber sido auténticos litófonos. No creo, en cambio, que los útiles líticos puedan contemplarse bajo este punto de vista (Fernández de la Cuesta, I., 1988, páginas 16-17), ya que los recientes estudios de huellas de uso y la arqueología experimental nos llevan claramente a otras conclusiones.

Membranófonos: En estos instrumentos «el sonido es producido por membranas muy tensadas» (Tranchefort, F. R., 1985, página 18). Dentro de esta categoría se incluiría toda una variedad de tambores, desde los de membrana a los de fricción que citamos aquí puesto que su fabricación no es difícil, al menos en sus formas más simples y cabe la posibilidad de su uso en momentos prehistóricos. Con todo, la diversidad es mucha (Tranchefort, F. R., 1985, páginas 72-94), pero no es difícil pensar que se pudieran golpear pieles tensadas entre marcos de madera, piedras u otros utensilios.

Cordófonos: En ellos «una o varias cuerdas son tensadas entre dos puntos fijos» (Tranchefort, F. R., 1985, página 18). Por lo que respecta a los instrumentos de cuerda, aunque tampoco poseemos hallazgos que nos permitan asegurar su existencia, se ha sugerido la posibilidad de que el arco musical haya derivado del arco de caza. Kirby (Blacking, J., 1988, páginas 331-332), ha argumentado que los cazadores prehistóricos pudieron haber inventado la escala pentatónica oyendo las notas parciales de un cierto tono al pulsar las cuerdas de los arcos de caza. Sería ésta una teoría sobre el origen de la música enmarcada en un trabajo sobre el arco musical de los cazadores-recolectores San del Kalahari. Por el contrario, para A. Salazar (1980, páginas. 101-102), el arco musical

sería anterior al de caza. En realidad, según los datos etnográficos muchas tribus africanas se sirven del arco en sus diversas formas, tanto para cazar como para hacer música (Tranchefort, F. R., 1985, páginas 97-99 y Schaeffner, A., 1980, páginas 157-165). Estas mismas teorías son recogidas por otros autores, o simplemente la posibilidad del uso del arco como instrumento musical, así por ejemplo I. Fernández de la Cuesta (1988, páginas 17, 23), quien lo incluye en su cuadro resumen de los tipos de instrumentos paleolíticos, o A. Salazar (1972, página 15), quien señala estas mismas funciones al referirse al arte levantino y ponerlo en relación con las pinturas bosquianas. La forma de utilizar el arco como instrumento musical entre las tribus africanas es diversa: bien sujetando con los dientes uno de sus extremos o apoyándolo en la barbilla y sujetando el otro extremo con la mano izquierda, mientras se golpea suavemente en la cuerda con un bastoncito de madera o plectro que se tiene en la mano derecha, o bien, sentado el músico en el suelo, sujetándolo con los pies y pulsando la cuerda con la mano izquierda para subdivirla y hallar sonidos consonantes con el tono fundamental (Salazar, A., 1972, página 15).

Otra teoría expuesta por Schaeffner sobre el origen del arco musical nos lleva a un hecho totalmente fortuito (Salazar, A., 1972, página 15). De forma espontánea o artificial pudo desprenderse una tira de corteza de una rama o de una caña y, al someter a tensión esta banda, se recurvaría en forma de arco a la vara original con lo que se habría descubierto el instrumento en cuestión.

Si se acepta la primera de las posibilidades señaladas, esto es, que el arco musical deriva del arco de caza, entonces habría que recordar que, según los testimonios arqueológicos, sería a partir del Solutrense cuando pudo producirse este paso, ya que en ese momento es cuando tenemos constancia de verdaderas puntas de flecha.

La representación del supuesto «hechicero» grabada en *Trois Frères* (Ariège) (figura 2:2), que aparece tocando una flauta, danzando y marchando detrás de unos bisontes nos llevaría al mismo punto al interpretar otros autores que lo que en realidad sujeta con la boca podría no ser una flauta, sino el extremo de un arco musical (Buchner, A., 1985, página 21, véase asimismo esta publicación para una explicación más detallada del paso de un arco a otro).

El resto de los instrumentos musicales incluidos dentro de la categoría de los cordófonos es de cronología más reciente.

Como conclusión podemos señalar algunas particularidades que se han ido poniendo de manifiesto a lo largo de esta exposición.

Si bien la percusión ha podido ser, en opinión de algunos autores, la forma de ataque más antigua, la cual parece lógico por otra parte, sin embargo, no puede decirse que el número de hallazgos relacionados con ella sea excesivamente numeroso, hecho que tampoco carece de sentido por dos razones fundamentales. La identificación segura de estos instrumentos como tales es extremadamente difícil sobre todo si haber estudiado posibles huellas de desgaste. Por otra parte, la dificultad de conservación de las materias primas en que fueron fabricados algunos de ellos (tambores de madera, de membrana, bastones de mimo, etcétera) tendría como consecuencia la pérdida del mismo instrumento. A ello debemos unir, posiblemente, el hecho de que no se haya considerado siquiera la probabilidad de un uso musical en muchos de los objetos hallados en el registro arqueológico. No obstante, la ausencia no es excluyente y las evidencias, aunque débiles demuestran que el hecho musical se remonta a cronologías sumamente elevadas. En última instancia, el registro arqueológico y la investigación interdisciplinaria tienden a la palabra

BIBLIOGRAFIA:

- Alvarez, R. y Siemens, L.: «The lithophonic use of large natural rocks in the prehistoric Canary islands», en Hickman, E. y Hughes, D.W. (Eds.), *The Archaeology...*, páginas 1-10.
- Barandiaran, I.: «Arte mueble del Paleolítico cantábrico», *Monografías arqueológicas*, número XIV, Zaragoza, 1973.
- «El Paleomesolítico del Pirineo occidental. Bases para una sistematización tipológica del material óseo paleolítico». *Monografías arqueológicas*, número III, Zaragoza, 1976.
- Bibikov, S. N.: «Una orquesta de la Edad de Piedra», *El Correo*, junio, 1975, UNESCO, páginas 28-31.
- Blacking, J.: «Ethnomusicology and prehistoric music making», en Hickman, E. y Hughes, D.W. (Eds.), *The Archaeology...*, páginas 329-335.
- Buchner, A.: *Handbuch der Musikinstrumente*, Dausien, Hanau, 1985.
- Buxo, M.ª J.: «Antropología lingüística», *Cuadernos de Antropología*, número 3, Ed. Anthropos, Barcelona, diciembre, 1983.
- Castelo, R.: «La música en la antigüedad hispana I», *BAEAA*, número 26, enero-junio, 1989, páginas 9-18.
- «La música en la antigüedad hispana (II) instrumentos de cuerda», *BAEAA*, número 28, enero-junio, 1990, páginas 35-43.
- López M.ª J.: «Instrumentos musicales egipcios», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año XXV, Madrid, 1989, páginas 137-159.
- Corchon, S.: «El arte mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno», *Centro de Investigación y Museo de Altamira, Monografías*, número 16, Madrid, 1986.
- Dauvois, M.: «Son et musique paleolithiques», «La Musique dans l'Antiquité», *Les Dossiers de l'Archéologie*, número 142, Noviembre, 1989, páginas 2-11.
- Douglas Price, T., y Brown, J. A.: (Ed.), «Prehistoric hunter-gatherers. The emergence of cultural complexity», *Studies in Archaeology*, Academic Press Inc., New York-London, 1985.
- Fernández de la Cuesta, I.: *Historia de la música española (I)*, Alianza Música, Madrid, 1988.
- Gómez Tabanera, J. M.: *La caza en la Prehistoria*, Eds. Istmo, Madrid, 1980.
- Harris, M.: *Introducción a la antropología general*, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1987.
- Homo-Lechner, C.: *Archéologie et musique ancienne*, «La Musique...», páginas 72-75.
- Hickman, E. y Hughes, D. W.: (Eds.): *The Archeology of Early Music Cultures*, Third International meeting of the ICTM Study Group on Music Archeology, Bonn, 1988.
- Laitman, J. T.: «El origen del lenguaje», *Mundo Científico*, número 64, diciembre, 1976, páginas 1182-1191.
- Lieberman, P.: «Interactive models for evolution: neutral mechanisms, anatomy and behaviour», en Harnad, S., Stekelis H. D. y Lancaster, J. (Eds.), *Origins of Language and Speech*, Annals of the New York Academy of Sciences, 280, New York, 1976, páginas 660-672.
- Crelin, E. S.: *On the speech of neandertal man*, (*Linguistic Enquiry*), 11, 1971, páginas 203-222.
- Malm, W. P.: *Culturas musicales del Pacífico, el Cercano Oriente y Asia*, Alianza Música, Madrid, 1985.
- Maringer, J.: *Los dioses de la Prehistoria*, Eds. Destino, Barcelona, 1972.
- Megaw, J. V. S.: «The emperor's new clothes: The new music archaeology», en Hickman, E. y Hughes, D.W. (Eds.), *The Archaeology...*, páginas 343-353.
- Ripoll, E.: *Sobre els orígens i significat de l'art paleolític*, Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi, 1981.
- Ripoll, E.: El arte paleolítico, *Historia del Arte*, H.ª 16, Madrid, 1989.
- Salazar, A.: *La música en España*, volumen 1, Col. Austral, número 1514, Madrid, 1972.
- Schaeffer, P.: *Tratado de los objetos musicales*, Alianza Música, Madrid, 1988.
- Schaeffner, A.: *Origine des instruments de musique*, Mouton Ed., La Haye, 1980.
- Second conference of the ICTM study group of music archaeology, Stockholm, Royal Swedish Academy of Music, 1987.
- Tranchefort, F. R.: *Los instrumentos musicales en el mundo*, Alianza Música, Madrid, 1985.

NOTAS

- (1) La mala calidad de alguna de las ilustraciones se debe a que han sido tomadas de fotografía, en general no demasiado claras, al no disponer de dibujos a línea en esos casos concretos.

INTRODUCCION AL ARTE RUPESTRE AUSTRALIANO. LOS GRABADOS: TECNICA TEMATICA Y ESTILO. ESTADO DE LA CUESTION

Margarita BRU ROMO
Universidad Complutense

EN el momento actual disponemos de un amplio conocimiento sobre el arte rupestre australiano, por lo que, ni siquiera a nivel de divulgación, podría permitirse una aproximación al mismo por la vía de las generalizaciones, a base, por ejemplo, de hacer patente una serie de rasgos y características comunes en cuanto a la técnica, temática y estilo. Tal procedimiento eludiría los dos problemas básicos: el de su cronología y el del desarrollo de sus secuencias regionales, que no son uniformes en todo el continente, y que presenta, a veces, procesos muy complejos, como sucede en la Tierra de Arnhem (Chaloupka, 1985).

Una muestra del error al que podría inducir una aproximación de carácter general se daría, por ejemplo, al describir los petroglifos de dos regiones australianas situadas al oeste del continente, relativamente cercanas entre sí: los de Port Hedland y los de la región de Pilbara. En ambos aparecen dos secuencias de grabados «naturalistas»; en la primera se ha piqueteado el contorno de los motivos, mientras que en la segunda aparecen vaciados en toda su superficie. Pero en Port Hedland los grabados se han trabajado sobre rocas calcáreas, muy blandas que, además, están situadas en un entorno cenagoso, por lo que resulta evidente que no pueden ser muy antiguos; en cambio, en las duras rocas de origen ígneo de la región de Pilbara, la primera secuencia

aparece ya profundamente patinada, y hay razones para atribuirlo al Pleistoceno (Nobbs y Dorn, 1988); los motivos de la segunda, más recientes, aparecen, prácticamente, sin patinar.

Vamos a hacer, pues, en el presente artículo, una introducción al estudio de los grabados rupestres australianos y, más adelante, haremos la de la pintura; sería nuestro deseo que fuera de utilidad, no sólo para el lector curioso, sino también para el especialista, a quien quizá le produzca la inquietud necesaria para animarse a asistir al II Congreso de AURA (Australian Rock Art), que tendrá lugar en Cairns (Australia), en 1992, ya que al primero sólo asistimos dos profesores españoles, D. Antonio Beltrán y yo.

Las técnicas de carácter extractivo, que solemos conocer con el nombre de Grabado, están basadas en la creación de imágenes mediante diferencias en la profundidad y textura del soporte. En el grabado rupestre esto se traduce en el contraste entre la superficie de la roca fresca, recién trabajada, de color claro, y la de la roca patinada. En Australia los grabados aparecen sobre rocas de variada litología: unas de base ígnea, como los granóferos, doleritas y gabros de la región de Pilbara; otras son rocas metamórficas, basaltos e, incluso, granitos bastos; y menos frecuente es la utilización de calizas, aunque hay excepciones: las de los abrigo de la región de Chillagoe, al norte de

Queensland; las calcarenitas oolíticas de Port Hedland, y el oeste de Australia; las areniscas de la zona de Sidney-Hawkesbury, y las del norte de Tasmania.

En las rocas que tienen una capa de pátina delgada, las imágenes pueden obtenerse mediante simple percusión de esta capa, de manera que las líneas o áreas de la roca recién descubiertas, donde aflora su color claro, contrasten con las zonas adyacentes, patinadas, oscuras, sin que sean necesarios grandes contrastes de profundidad. Sin embargo, esta técnica tiene el inconveniente de que, cuando las imágenes se patinan, se tornan prácticamente invisibles. Otra técnica consiste en rehundir profundamente el contorno o la superficie total de la imagen mediante percusión directa, indirecta o mediante abrasión con un objeto punzante. A veces este último método complementa los primeros para conseguir la línea continua del contorno. Cuando las superficies trabajadas se patinan también adquieren de nuevo el color y la textura de la roca virgen pero, debido a la diferencia en profundidad, es posible identificarlas cuando la luz incide oblicuamente sobre ellas.

Los grabados rupestres de los aborígenes australianos, suelen aparecer en lugares totalmente abiertos, expuestos a las inclemencias del tiempo, bien en superficies rocosas horizontales, como sucede en el área de Sidney-Hawkesbury, o en escarpes verticales, como en algunas

localidades de Australia central y occidental. Sin embargo hay excepciones, porque en la profunda cueva de Koonalda, al sur de Australia, o en las recientemente descubiertas por Robert Bednarik y Geoff Aslin en la zona de los montes Gambier, también aparecen grabados en el interior, en ocasiones muy lejos de la entrada. Las pinturas se encuentran siempre en abrigos rocosos protegidos por una cornisa más o menos pronunciada y, en ocasiones, cubiertos.

Los aborígenes australianos no practican actualmente la técnica del grabado, aunque sí la de la pintura. Ninguna tribu se atribuye la autoría de los grabados existentes, y ni siquiera parecen conocer su significado ni el contexto social en el que fueron ejecutados. No se conoce, por tanto, el tipo de instrumento utilizado, y su técnica sólo puede inferirse de la contemplación del propio grabado.

SECUENCIAS CRONOLÓGICAS Y ESTILÍSTICAS: McCARTHY, MAYNARD Y BEDNARIK

La secuencia cronológica y estilística de los grabados rupestres australianos fue establecida hace varios años por Frederick McCarthy, uno de los pioneros del estudio del arte de los aborígenes. La secuencia artística establecida por McCarthy (1962) era, en realidad, una secuencia de cuatro técnicas artísticas sucesivas: a) *surcos o estrías* ejecutadas mediante percusión directa, indirecta o, más comúnmente, mediante abrasión; b) *figuras naturalistas de contornos piqueteados*; c) *motivos lineales no figurativos*; d) *motivos figurativos cuyas superficies han sido totalmente vaciadas*. El planteamiento general de McCarthy ha suscitado múltiples controversias entre los expertos, ya que McCarthy proponía una secuencia pan-australiana, con un desarrollo sincrónico, aparecido por difusión. Pero el concepto de «difusión» ya no está de moda entre los arqueólogos, que prefieren el de «desarrollo local». McCarthy (1967, y estudios poste-



riores) ha querido demostrar que la costumbre del intercambio de objetos y regalos que los aborígenes realizan periódicamente y, sobre todo, la asistencia a ceremonias mágico-religiosas intertribales, en las cuales los diferentes grupos visitaban diversos lugares ceremoniales, generalmente ornamentados con pinturas y grabados, pudieron tener como resultado el que, al igual que los hombres-médico intercambiaban sus prácticas, los artistas pudieron tomar prestados estilos y técnicas. El esquema de secuencias cronológicas de McCarthy fue, con todo, esencial para construir un marco en el cual encajar el enorme y heterogéneo conjunto del arte australiano. Sin embargo las diferentes fases no parecen sincrónicas y es evidente, que en algunos sitios faltan algunas de ellas. El material disponible en el momento presente hace necesaria, y así lo reconoce el mismo McCarthy, una revisión de su esquema diacrónico, aunque su cronología relativa siga siendo básicamente válida.

La arqueóloga Leslie Maynard, en 1976, definió y dio nombre a uno de los estilos más característicos del grabado rupestre australiano: el estilo *Panaramitee*, que aparece en va-

rios lugares de Australia, con una cronología muy amplia y muy antigua. Es un estilo bastante homogéneo que parece tener una tradición común. Su técnica consiste en pequeñas oquedades conseguidas mediante percusión indirecta, que tienden a presentar la misma dirección y similares características, como si estuvieran hechas con el mismo instrumento y con la misma técnica. Su temática es muy limitada: huellas humanas, de macrópodos y de pájaros; círculos, crecientes, grupos de puntos, líneas radiales, «tectiformes», y algunos otros motivos no figurativos. Normalmente se encuentran en rocas duras, de pátina fina y oscura, a las que basta con golpear ligeramente para que aflore el color gris-azulado de la roca virgen. No se sabe cuánto puede haber durado el proceso de patinación en los diferentes lugares, pero es probable que fuese lento, y que la imagen se fuera oscureciendo poco a poco, hasta pasar casi desapercibida al escultor, lo cual explicaría, en parte, las numerosas superposiciones. En cuanto a la datación de este estilo, Rosenfeld (1981) pudo obtener en Queensland una fecha de 13.000 años. En Sturt's Medows (Clegg,

1987), el análisis con isótopos radioactivos también parece haber remontado los grabados Panaramitee al Pleistoceno.

Trabajos recientes sobre arte rupestre australiano siguen el esquema general tripartito de Maynard (1976), que agrupa los grabados en tres unidades estilísticas: el mencionado estilo Panaramitee, que tendría su comienzo hace unos 30.000 años y ha continuado hasta el presente etnográfico; y los estilos *figurativo simple* y *figurativo complejo*, que aparecieron en el Holoceno. El primero de ellos, el Panaramitee, presenta elementos figurativos junto con los no figurativos; lo mismo sucede con los estilos figurativos «simple» y «complejo», por lo que resulta difícil establecer una división clara entre ambos. Esta es la razón por la que Bednarik (1988) y otros autores consideran esta división un tanto arbitraria, ya que, tampoco tiene en cuenta la cronología y, por tanto, resulta histórica. No obstante, ésta es la clasificación que está haciendo fortuna entre la joven generación de arqueólogos australianos que, si bien convienen en que la cronología es la base de la arqueología prehistórica, no parecen aplicarla con excesivo rigor al arte rupestre. El método de análisis más frecuente hoy día consiste en el estudio estadístico de los diferentes enclaves que, si bien resulta perfecto para definir estilos y sus variantes, no sirve para diferenciar fases artísticas. Efectivamente, incluso en el estilo Panaramitee, en el que es evidente una cierta continuidad en los motivos básicos, son también apreciables, a lo largo del tiempo, una serie de cambios y de variaciones apreciables en la técnica (Bednarik, 1985).

La secuencia cronológica de McCarthy en relación con el planteamiento estilístico de Maynard es como sigue:

1) Surcos, estrías y cazoletas obtenidas, en su mayoría por abrasión.

2) Figuras «naturalistas», de contornos piqueteados.

3) Motivos lineales, no figurativos.

4) Motivos «figurativos», con su superficie totalmente piqueteada.

La secuencia número 2 de McCarthy corresponde al estilo «figurativo simple» de Maynard, la número 3 al «Panaramitee», y la número 4 al «figurativo complejo».

Actualmente, Robert Bednarik y otros autores tienden a una simplificación del problema, y proponen agrupar el arte rupestre australiano en dos grandes fases, *anicónica* la primera e *icónica* la segunda, separadas, precisamente, por un hecho fundamental, como es la aparición de la *iconicidad*. Efectivamente, todos los grabados rupestres australianos que puedan ser, convincentemente, atribuidos al Pleistoceno, son anicónicos, a excepción de las huellas de pájaros y macrópodos, que aparjecen a finales de este período. La aparición de los elementos figurativos, que supone la capacidad de abstraer un objeto tridimensional en una representación bidimensional, parece un paso decisivo en el desarrollo de la tradición artística de la humanidad, aunque reconociendo, por supuesto, que esta línea divisoria se da en épocas diferentes, en las distintas regiones del globo. Resulta extraordinariamente interesante observar las semejanzas entre los diversos continentes. Por ejemplo, el repertorio de motivos arcaicos en el Norte y Sur del continente americano es muy parecido, mientras que las tradiciones artísticas posteriores muestran gran variedad de estilos y técnicas. Lo mismo sucede en el continente europeo. Por ello, uno de los objetivos más interesantes que puede proponerse la investigación del arte prehistórico, aparte de establecer secuencias pancontinentales, sería el análisis de tendencias artísticas universales, allá donde, a causa de las distancias en el espacio y en el tiempo, la idea de difusión no resulte válida. Las *semejanzas fundamentales en la etapa arcaica* de la evolución artística del ser humano demuestran que *el proceso que hizo posible la aparición del arte*, no consistió en una serie de coincidencias casuales, sino en un *repetido y «predecible» desarrollo intelectual uniforme* que ocurrió, independientemente pero en un proceso común, en las distintas partes del mundo.

La primera prueba directa de la

antigüedad del arte australiano procedente del abrigo de Early Man, en Queensland, donde se ha hallado una serie de grabados de tema no figurativo que recubrirían una pared, en parte cubierta por sedimentos cuyo análisis radiocarbónico ha proporcionado fechas de 13.000 años de antigüedad (Rosenfeld et alii, 1981); es evidente, que parte de estos grabados son anteriores a estas fechas; no olvidemos que una prueba de esta índole fue la que en La Mouthe determinó, sin lugar a dudas, la antigüedad del arte Paleolítico europeo. No obstante, algunos enclaves han arrojado fechas aún más antiguas. La cueva de Koonalda, al sur de Australia, presenta abundantes las incisiones digitales en techos y en paredes, a varios metros de la entrada de la cueva, en total oscuridad. Estas incisiones parecen estar relacionadas cronológicamente con la extracción de sílex en este mismo lugar (Wright, 1971). El análisis del material arqueológico proporciona unas fechas de 15.000-24.000 años. Marcas parecidas existen también en Victoria, en Snowy River Cave, donde existen depósitos arqueológicos en la entrada de la cueva, datados en torno al 20.000 BP, y que podrían suponerse contemporáneos de las digitales.

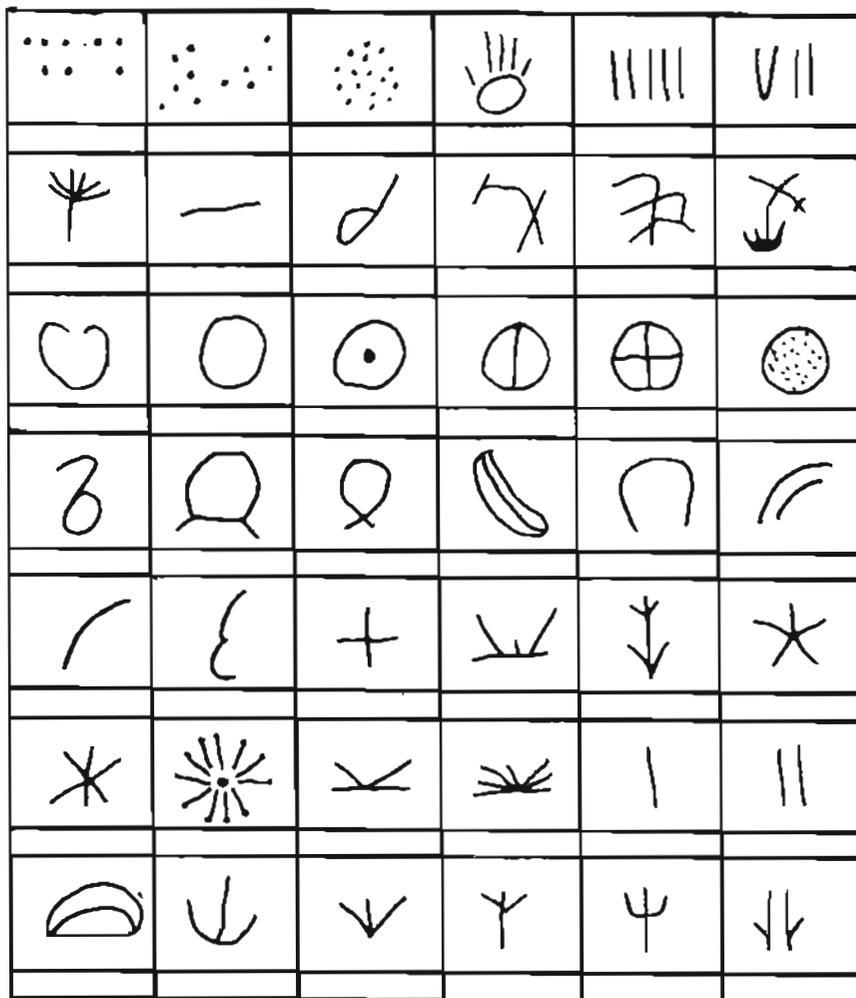
En Tasmania, que se separó del continente debido al aumento del nivel marino en torno al 12000 existen grabados parecidos, que algunos expertos suponen anteriores y otros posteriores a su separación del continente.

LOS ABRIGOS DE LOS MONTES GAMBIER

En Mount Gambier, Geoff Aslin y el matrimonio Bednarik, Elfriede y Robert, han descubierto recientemente cientos de cuevas decoradas, en calizas terciarias, que presentan la mayor concentración de arte rupestre no figurativo de todo el mundo. Hasta ahora han trabajado unas 140 cuevas (Aslin y Bednarik, 1984 y 86), en las cuales han observado tres tradiciones estilísticamente dis-

tintas: una primera fase, en la que aparecen surcos digitales sobre los que se superponen otras líneas que parecen querer seguir o configurar la topografía de las paredes; a continuación, una segunda fase de grabados, también muy antiguos, que sus descubridores han bautizado como «tipo *Karake*», ya que así se llamaba la cueva donde fueron vistos por vez primera. Son de temática no figurativa, en la que predominan los círculos, profundamente grabados y distribuidos de varias formas; recuerdan los petroglifos más arcaicos del abrigo de Early Man y los de Tasmania, por lo que parece ser que este tipo de grabado debió de extenderse hacia el este del continente. La fase tercera presenta grabados mucho más superficiales.

Dentro del *estilo Karake* existen dos cuevas especialmente interesantes: la de Paroong y la de Karlieingoinpool (que significa «muchos» en lengua indígena). En la primera, las paredes verticales de la entrada de la cueva están literalmente cubiertas de círculos profundamente grabados, hasta una altura de cuatro metros; la segunda, que termina en una pequeña cámara muy oscura, quizá un «santuario», totalmente cubierto de círculos, presenta una de las más extraordinarias concentraciones de grabados de tema no figurativo de toda Australia.



Motivos de la región de Chillagoe, en Queensland. Según B. David.

SITUACION GEOGRAFICA DE LOS CONJUNTOS MAS REPRESENTATIVOS

Quizá deberíamos completar la relación de los conjuntos de grabados más significativos de Australia, aunque algunos de ellos los hayamos mencionado con anterioridad. Es importante hacer notar que hay que hacer dos grandes grupos: los situados al aire libre, y los situados en cuevas. Las secuencias McCarthy/Maynard/Bednarik, a que antes nos hemos referido, se refieren a los primeros. Los segundos, aún en estudio, aunque presentan varias características comunes con los primeros, sólo en parte podrían ser incluidos en dichas secuencias.

En la provincia de Queensland, hay tres zonas de capital importancia: la de Chillagoe, estudiada por Bruno David (David and David, 1988); la de la meseta de Koolburra (Flood, 1987), y la de Laura (Rosenfeld et alii 1981). En la primera, David ha podido apreciar una serie de secuencias de temática lineal (Fase 3), seguida de otra en la que abundan las cazoletas dispuestas en grupos de forma más o menos circular. En ambas se ha observado una serie de motivos no figurativos, del tipo llamado Panaramitee datados en el Holoceno, en torno al 8500 BP, seguidos de la aparición hacia el 5000 de algunos temas figurativos, tales como tortugas, serpientes y propulsores. En Laura también aparecen temas europeos, tales como barcos, cerdos, caballos, etcéte-

ra, lo cual indica su larga pervivencia en este lugar.

En la zona occidental del continente son notables los conjuntos de Port Hedland y Pilbara, de los que ya hemos hecho mención. En Port Hedland, McCarthy (1962) pudo apreciar, de manera muy clara, la superposición de sus cuatro secuencias cronológicas, la segunda de las cuales (figuras naturalistas de contornos piqueteados) se extinguió allí relativamente pronto, mientras que continuó en otros lugares, hasta la llegada de los europeos. La zona de Olary fue especialmente estudiada por Nobbs (1984), y la de Carbine Creek, cerca del monte Isa, por Maynard (1979) y Flood (1987). Actualmente, McNickle está dando a conocer una gran cantidad de nue-

Huellos	Líneas	Círculos	Puntos	Surcos
				

Motivos de los petroglifos de Karolta, cerca de Olary.

vos grabados en la zona del Victoria River.

La zona de Sturts Medows ha sido el enclave que ha permitido definir el estilo Panaramitee y donde el análisis con isótopos radiactivos ha permitido remontar la fecha de estos grabados al Pleistoceno. Sin duda, una de las zonas que resultan más espectaculares es la de Sidney-Hawkesbury, donde un número casi ilimitado de rocas calizas parece haber impulsado a las poblaciones aborígenes, de todas las épocas, a expresar mitos y creencias mediante el grabado de las mismas. Ya su temática indica el enorme lapso de tiempo a lo largo del cual han sido utilizadas, puesto que aparecen, junto a animales extinguidos hace milenios, barcos europeos, que los aborígenes vieron por primera vez hace un par de siglos. En esta zona no parece haber estilo Panaramitee, aunque Maynard reconoció su técnica en algunas representaciones, desgraciadamente, no datadas. La técnica del contorno piqueteado se empleó aquí ininterrumpidamente hasta la llegada de los europeos. Probablemente, el grabado australiano surgió a partir de esta técnica, puesto que nada hay más fácil que dibujar el contorno de una figura en la arena del desierto, y las rocas de esta región ofrecen un campo ideal para componer grandes imágenes con esta técnica. Sin embargo, el piqueteado del contorno de la mayoría de las figuras de Sidney-Hawkesbury está formado por oquedades grandes y profundas, que se yuxtaponen o se solapan, al igual que en Port Hedland, donde las rocas tienen unas características muy parecidas; sólo en una pequeña parte se emplea la técnica de la abrasión o del piqueteado superficial. Es posible que en el empleo de una u otra técnica influya la textura de la roca: las calizas blandas permiten, sin duda, un trabajo mucho más atrevido que las rocas duras, de gra-

no fino, que inducen a disminuir el tamaño de las figuras y a trabajar superficialmente. Las oquedades nunca se unen por abrasión o martilleo, en cambio, son visibles los retoques rituales hechos, generación tras generación, mediante abrasión con objetos punzantes, que han dado lugar a una línea continua en el contorno de las imágenes, en las cuales ya sólo es visible el fondo de las oquedades primitivas. Este repetido retoque por abrasión nos proporciona una doble información: la que nos da la perfecta conservación de las figuras, perpetuadas así generación tras generación, y la supuesta luz que arroja sobre ciertas ceremonias rituales de los aborígenes. Por otra parte, tampoco existen superposiciones en esta zona. ¿Quiere esto decir que el espacio ilimitado que ofrecían estas rocas llevó a los artistas a evitar grandes superposiciones, mientras que en otros lugares, la falta de espacio les obligó a ello? Sin duda, aquí tenemos planteada otra incógnita que nos remite a la interpretación que comúnmente se da a las superposiciones en el arte prehistórico.

En Sidney-Hawkesbury, sobre enormes rocas de arenisca de superficies casi horizontales, se han inventariado más de 4.000 figuras de todo tipo, algunas de dimensiones colosales. La temática es muy variada: hombres, mujeres, criaturas míticas, ballenas, peces, pájaros, reptiles, huellas de todo tipo de animales, armas y utensilios. Casi todas son de tamaño natural, o mayores y algunas gigantescas, como la ballena de 20 metros que, aparentemente, está a punto de engullir a una criatura humana; o los míticos hermanos, Baiame, el Padre-Cielo y Daramulen, su hermano-hijo, a los que identificamos porque aparecen también en las pinturas de esta región, en lugares ceremoniales donde los aborígenes celebran la ceremonia *bora* o de iniciación. Es po-

sible, por tanto, que todo este conjunto de grabados estuviera asociado a rituales de magia y de iniciación. Algunos grupos de imágenes parecen apuntar en dirección a otro grupo u otra roca, como si cada uno de ellos representara una parte o porción del mismo mito. Algunas de las huellas representadas son enormes, y puesto que los australianos nunca exageraban el tamaño de una huella, ya que su vida podía depender, en ocasiones, de su inmediato reconocimiento, quizá estas huellas colosales fueran las del asimismo Baiame. En las grandes imágenes sólo el contorno aparece piqueteado; cuando fue piqueteada toda la superficie de la figura, se hicieron de tamaño más pequeño. Dada la variada gama de temas que aparecen en el conjunto Sidney-Hawkesbury, desde los más antiguos, no figurativos, hasta otros, prácticamente contemporáneos, resulta evidente que, en esta zona, la tradición de la técnica del grabado ha durado varios milenios, y ha sobrevivido, al menos, hasta el siglo pasado.

CONCLUSION

Para terminar, queríamos hacer patente algo de suma importancia: si exceptuamos Europa, Australia es por el momento, el continente más rico en arte del Pleistoceno; por tanto, resulta evidente que, el conocimiento de su escultura, de sus grabados y de sus pinturas, ofrece un especial interés tanto para el arqueólogo, como para el antropólogo o el historiador del arte, ya que, no sólo constituye la tradición más prolongada de Arte Paleolítico, sino que ofrece la posibilidad de documentar la más larga aventura artística humana, y nos revela la dimensión de una experiencia que co-

menzó hace más de 20.000 años, y que aún sigue vigente. Este ingente patrimonio artístico constituye una herencia de la cual participamos toda la Humanidad; por tanto, a to-

dos nos corresponde, en la medida de nuestras fuerzas, hacer lo posible por su cuidado y conservación; desgraciadamente, es bastante probable que nuestra generación sea la úl-

tima que tenga la posibilidad de compartirla; si bien no parece inminente la desaparición de los pueblos aborígenes australianos, la de su cultura sí parece inexorable.

BIBLIOGRAFIA

Aslin G. D.; Bednarik, E. K. y Bedrik, G. (1984): «The Parido Marketing Project—a progree report.» *Rock Art Research* 2, (1), 71-74.

Bednarik, R. (1986): «Mooraa Cave: a preliminary report.» *Rock Art Research* 2 (2), 160-165.

Bednarik, R.G. (1988): Comment on McCarthy «Rock Art Sequences», en *Rock Art Research*, volumen 5, número 1, 35-38.

Chaloupka, G. (1985): «Chronological sequence of Arnhem Land Plateau.» En R. Jones (ed.) *Archeological Research in Kakadu National Parks and Wild Life Publication*, número 13.

Glegg, J. (1987): «Style and tradiction at Stuart's Meadows.» En *World Archaeology*, volumen 19, número 2, 237.

Bruno, David and Maree, David (1988):

«Rock pictures of the Chillagoe Munganoock art in the a limestone belt, North Queensland.» *Rock Art Research*, 5 (2), 147-53.

B. David (1988): Comment on McCarthy «Rock Art Sequences» *op. cit.*, 22-24.

Flood, Josephine M. (1987): «Rock Art of the Koolburra Plateau, North Queensland», en *Rock Art Research*, 4 (2).

McCarthy, F.D. (1967): *Australia Aboriginal Rock Art. Australian Museum, Sidney.*

Maynard Leslie (1976): «The Archaeology of Australian Aboriginal Art.» *En Exploring Visual Art of Oceania.* The University Press of Hawai, Honolulu, 83-111.

Maynard, Leslie (1976): «Classification and terminology in Australian rock Art.»

En P. J. Ucko (ed.) *Form in Indigeneous art.* 385-342, Camberra.

Nobbs, M. (1984): «Rock Art in the Olary province», en *Rock Art Research*, 1 (2), 80-82.

Nobbs, Margaret, F. y Dorn, R. I. (1988): «Age determination for Rock art varnish within petroglyphos.» *RAR*, 5 (2), 108-124.

Rosenfeld, et alii (1981): «Early man in North Queecnsland.» *Terra Australia Series*, número 6, 50-89, Camberra.

Watchman, A. (1982): «Chemistry, Mineralogy, and Petrology of rock samples from Aboriginal rock sites», in the *Kakadu National Park, N. T.* Unpublished report.

Wright, R.V. (1971): *Archaeology of the Gallus Site, Koonalda Cave. Aboriginal Studies, Camberra.*

EL POBLADO METALURGICO PREHISTORICO DEL CERRO DEL AHORCADO (PUENTE GENIL, CORDOBA). ESTUDIO DE LAS HACHAS, PUÑALES Y PUNTAS DE COBRE

Federico MARTINEZ RODRIGUEZ

INTRODUCCION

El hallazgo del lote de objetos metálicos en cobre que aquí presentamos viene a rellenar, al menos inicialmente, un vacío en el conocimiento de los primeros centros metalúrgicos, que ha venido afectando a buena parte de Andalucía occidental y central. Efectivamente, ésta es un área geográfica que ha permanecido tradicionalmente olvidada en este aspecto, tanto por la ausencia total de yacimientos que arrojasen indicios de trabajos metalúrgicos, como por la pujanza y dinamismo de los focos del sureste y suroeste, cuyos tempranos estudios le habían relegado indirectamente a la condición de zona casi olvidada, convirtiéndola además en deudora de sus importaciones e impactos culturales.

En este sentido, El Cerro del Ahorcado no solamente se ha sumado a yacimientos como Los Morales y Guta (ambos en Castro del Río, Córdoba), sino que de momento se convierte en protagonista de lo que se adivina como un nuevo foco de la metalurgia temprana del cobre que afectaría, en principio, a los valles medios del Genil y Guadajoz, con las consecuencias que a todos niveles conlleva.

Desgraciadamente, este conjunto de objetos no procede de excavaciones arqueológicas controladas, sino que fue detectado por nosotros en-

tre los materiales arqueológicos que componen La Colección Alhonor, a cuyo propietario don Ricardo Marsal, agradecemos las facilidades y atenciones prodigadas hacia nuestro estudio.

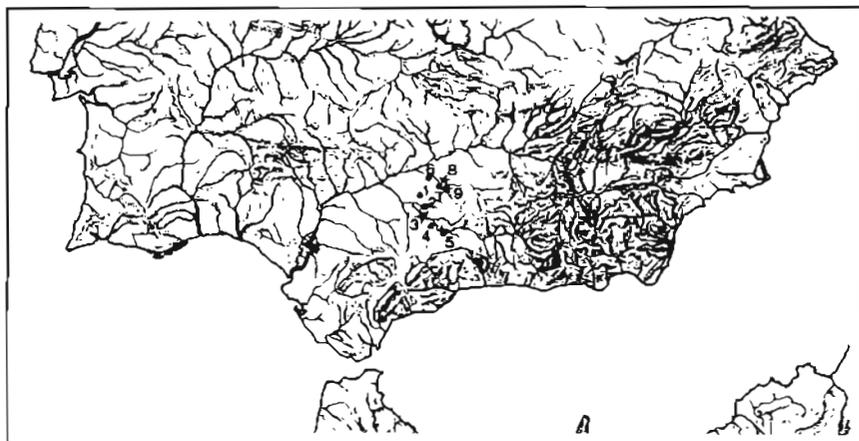
A este variado conjunto de objetos metálicos, que más adelante especificaremos, acompañaba un importante conjunto lítico así como algunos fragmentos de cerámica a mano y nódulos de metal no transformados; por lo que de inmediato fuimos conscientes de que nos hallábamos ante un yacimiento de difícil parangón en toda la Península con otros de paralelos horizontes culturales.

De la existencia de este lote metálico tuvimos noticias a principios de 1987, durante cuyo mes de marzo decidimos realizar una visita de comprobación al yacimiento en compañía de Carlos Pereda e Ignacio Rodríguez. Durante la misma pudimos constatar cómo gran parte de la zona más elevada del cerro e inicios de las laderas, habían sido perforados por una máquina excavadora que había abierto infinidad de hoyos para la siembra de olivos. La cantidad de cerámica se contaba por millares de fragmentos, de tal modo que en los diez años que llevamos dedicados a la arqueología, con muchas prospecciones de campo a cuestas, no conocemos ningún yacimiento prehistórico que en este aspecto se le pueda comparar.

EL YACIMIENTO

La magnitud del emplazamiento y su proximidad al conocido enclave protohistórico y romano de Los Castellares, nos hizo pensar que este lugar difícilmente podría haber pasado desapercibido a investigadores como Luis Alberto López Palomo, el mejor conocedor sin duda de la arqueología del valle medio del río Genil. Por ello el primer paso consistió en un rastreo bibliográfico de las publicaciones en las que se refiriera a Los Castellares para averiguar si alguna de ellas proporcionaba algún dato sobre el lugar que nos interesa. No tardamos mucho en encontrar referencias al mismo como Cerro del Ahorcado, Las Cincuenta o Castellares I de Puente Genil, como también lo denomina el citado investigador (López Palomo, 1980: página 9; 1987: página 56). Es preciso concretar que para este cerro que aquí nos ocupa no conocemos topónimo alguno en el mapa militar 1:50.000, por ello hemos conservado el primero utilizado por López Palomo, basado sin duda en el que habitualmente emplea la gente del lugar.

El Cerro del Ahorcado se sitúa a unos seis kilómetros al nordeste de la actual localidad cordobesa de Puente Genil, lindando ya con la provincia de Sevilla y en la orilla izquierda del río Genil. Su curso ofrece en este punto un gran meandro



PRINCIPALES HABITATS CALCOLITICO FINAL-BRONZE DE LA CAMPINA CORDOBESA

1. SANTAELLA	*. CON INDICIOS DE METALURGIA
2. CAMORRA	*. " " " " (PRECAMPANIFORME)
3. C DEL AHORCADO	
4. CUEVA DEL PUNTAL	
6. C. DE LOS TOROS	
8. ATEGUA	
7. LOS ALMIARES	
8. GUTA	
9. MORALES	

Figura 1.

que rodea, excepto por el sur, dicha elevación, cuya cota más elevada mide 203 metros, distando unos 800 metros al centro del cerro de Los Castellares, situado en dirección suroeste y del que únicamente está separado por una suave vaguada. La elevación resalta netamente de su entorno inmediato dibujando un perfil característico, nada agreste, sino redondeado o achatado en su cumbre. En la misma se advierten dos grandes sectores o áreas de concentración de materiales: el área 1, de unos 3.000 m². de extensión, ubicada aproximadamente en la cara este y mirando hacia la zona más próxima del curso fluvial y el área 2 situada hacia el oeste de la cumbre, extendiéndose unos 10.000 m², en una zona de suave pendiente.

Desgraciadamente, gran parte de ambas áreas había sido recientemente perforada por hoyos rectangulares, realizados para plantar olivos, de unos 2,50 x 1,50 m. y entorno al 1,20 m. de profundidad. Ello nos proporcionó, en contrapartida, una idea bastante aproximada de la estratigrafía del lugar, pues prácticamente en todos ellos nos encontramos la siguiente secuencia:

— Estrato 1, de unos 20 centímetros de espesor, consistente en una capa de humus vegetal de color marrónáceo-cenizo, revuelto por el arado o rastrillado superficial.

— Estrato 2, oscila entre los 70 centímetros y 1 metro. Se trata de una capa fértil compuesta por una tierra más negruzca que la superior, algo compactada, sin piedras y con gran cantidad de fragmentos cerámicos.

— Estrato 3, capa arcillosa de color marrón rojizo, de 10 a 20 cms, estéril en lo que hemos podido apreciar, debajo de la cual comienzan a observarse pequeñas piedras amarillentas que parecen preludiar la tierra virgen constituida en esta zona por sedimentos miocénicos, bien visibles en la cara oriental del vecino Cerro de los Castellares.

EL CONTEXTO ARQUEOLOGICO

Como referimos claramente en el propio título del presente trabajo,

únicamente analizaremos en el mismo un conjunto determinado de los materiales arqueológicos procedentes del Cerro del Ahorcado, concretamente los que podríamos denominar como «objetos mayores» fabricados en cobre: hachas, puñales y puntas.

Es cierto que nos hubiese gustado realizar un estudio monográfico conjunto de todos los materiales y datos que conocemos hasta ahora del yacimiento, para así obtener una visión más completa del significado del mismo en su contexto cultural y geográfico, pero esto hubiera supuesto un trabajo excesivamente voluminoso y sobre todo de difícil publicación. Para suplir de algún modo esta carencia, pretendemos al menos describir someramente cuáles son los materiales que acompañan a los que hemos calificado como «objetos mayores» en cobre, postergando para otras publicaciones su análisis más detallado:

— Metal. Como «objetos menores» en cobre hemos contabilizado provisionalmente las siguientes piezas:

- 40 cinceles, escoplos y gubias de variadas tipologías y tamaños, muchos fragmentados.
- 17 punzones y biapuntados.
- 5 espátulas-punzones.
- 2 agujas.
- 2 sierras.
- 2 pequeños lingotitos de sección trapezoidal.
- 3 plaquetas de morfología ovalada-alargada y sección rectangular-aplanada.
- 3 brazaletes.
- 1 colgante.
- 20 objetos alargados aplanados, la mayoría fragmentados y de momento no clasificables.
- Más de 80 restos amorfos de metal, algunos de tendencia cuadrangular, aplanada o globulosa. En su mayoría parece que se trata de restos de nódulos de metal fundidos no transformados.
- Piedra.
- 9 hojas de sílex.
- 3 elementos de hoz.
- 9 pulimentados de variada tipología.
- 3 plaquetas de arquero.
- 1 plaqueta sin perforaciones.

- 8 fragmentos de molinos planos y 1 barquiforme.

—Cerámica.

- 240 fragmentos significativos de recipientes, bordes en su inmensa mayoría. Entre ellos predominan los que corresponden a cuencos simiesféricos y esféricos, los vasos u orzas de perfil en S, casi siempre demasiado incompletos para poder concretar exactamente su perfil, y cuencos o cazuelas de carena media, generalmente no muy marcada.

- 1 pondus de morfología circular, sección rectangular-aplanada y orificio central.

ESTUDIO DE LOS MATERIALES METALICOS

1. *Hachas*: según nuestros datos, se conocer un total de 11 ejemplares provenientes del Cerro del Ahorcado que, por las características de similitud morfológica entre algunos de ellos, describiremos por grupos.

— 1.1: engloba a los números 1, 2, 3 y 4. Morfológicamente estas hachas se caracterizan por ofrecer una figura trapezoidal y sección rectangular-aplanada estrecha. Las caras son completamente planas y sus bordes rectilíneos y suavemente convergentes hacia el talón, marcando una ligera concavidad en la zona próxima al filo. El talón es algo convexo al igual que el filo, mostrándose éste último en el número 4 biselado en ambas caras. Llama poderosamente la atención el gran tamaño de las hachas número 1, 2 y 3, que contrasta con su escaso grosor. Las dimensiones máximas son respectivamente: 25,2 x 12,0 x 0,9; 24,4 x 12,0 x 0,9; 27,3 x 12,3 x 0,9 centímetros. Las dos primeras por sus medidas casi exactas, así como por su morfología podrían haberse fabricado en el mismo molde. Por lo que respecta a la número 4 es más pequeña: 15,2 x 7,8 x 1,0.

Según la tipología de Monteagudo (1977, páginas 63 y 64) estos cuatro ejemplares podrían incluirse en su tipo 5C que culturalmente es asimilable a un Cobre medio-reciente

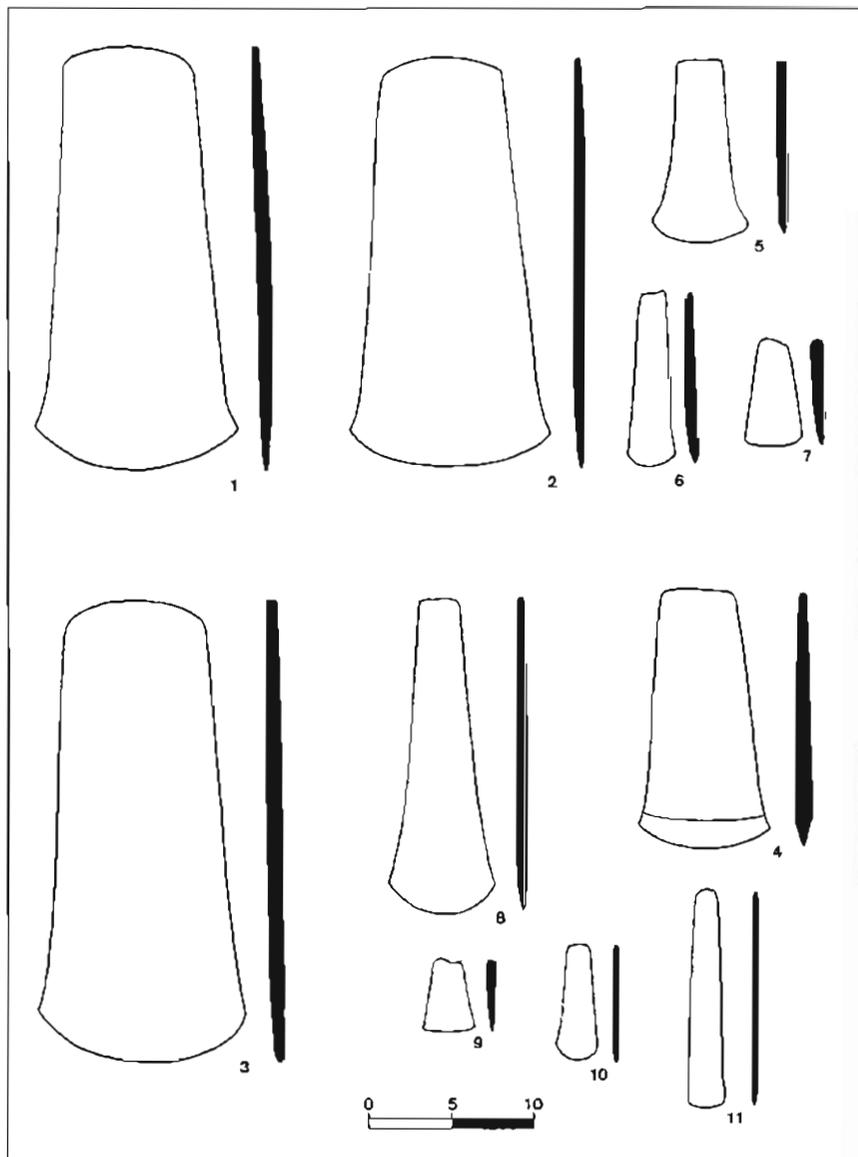


Figura 2. Hachas.

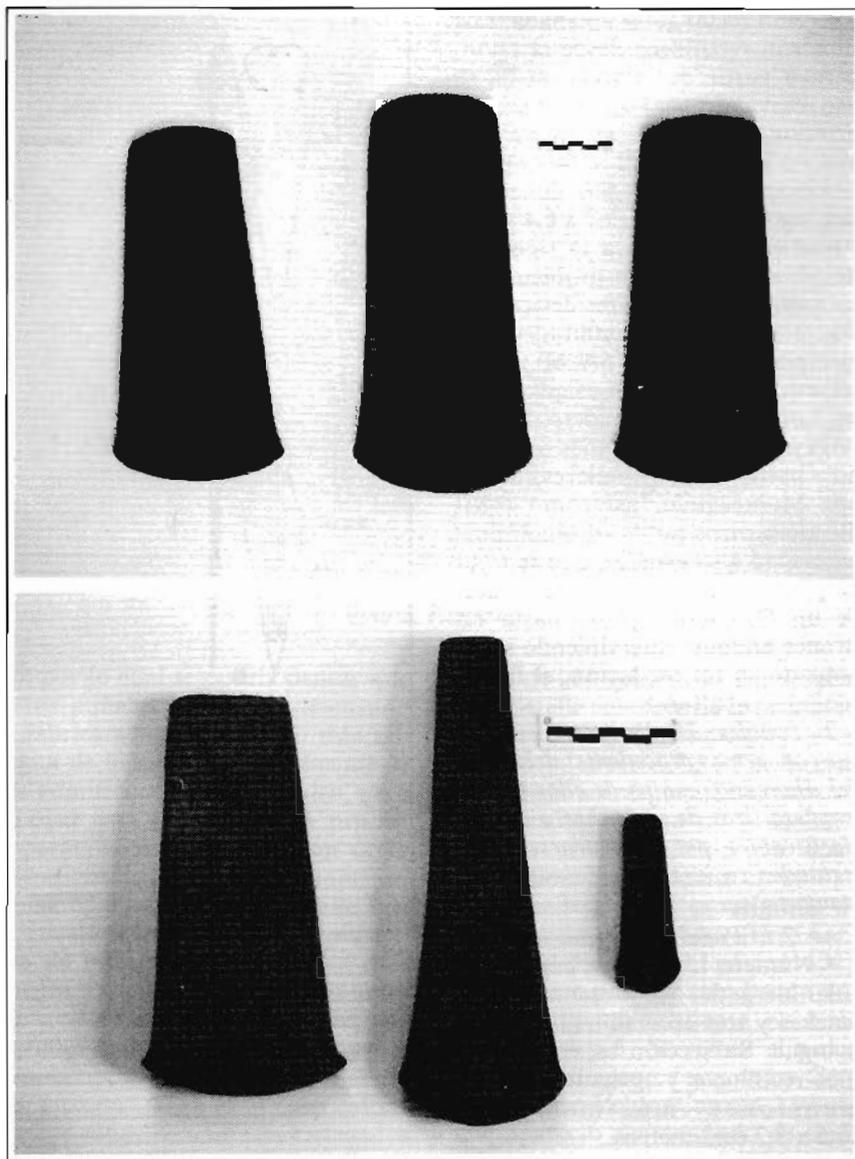
y final (2200/1900 aproximadamente) y que suele estar relacionado con materias campaniformes. Entre los casos que engloba dicho autor, los que más se asimilan a los nuestros son los de la Cueva de Montajú (Ifre, Murcia), Alburquerque (Badajoz), Gruta de Lapa do Fumo en Sesimbra (Extremadura) y Villaverde (Madrid). Nosotros citaremos además, dada la extraordinaria similitud, el ejemplar encontrado en la tumba 3 de Sant Oleguer (Sabadell, Barcelona) (Harrison, 1977, figura 103), asociado a la cerámica campaniforme y punta Palmela, confirmando la similitud de otros

ejemplares correspondientes a un Calcolítico avanzado o final, normalmente en contextos campaniformes, como ocurre con el hacha procedente del Cortijo del Tardón (Antequera, Málaga), por citar únicamente alguna muestra más (Ferrer, 1987, figura 11).

— 1.2. Grupo formado por los números 6, 10 y 11. Son hachas de morfología trapezoidal alargada de sección rectangular-aplanada. Los bordes son rectilíneos, ligeramente convergentes hacia el talón, que suele ser algo convexo. El filo puede ser ligeramente convexo (número 11), convexo (número 6) o muy

convexo (número 10). Sus dimensiones máximas son: 10,6 x 2,8 x 0,6 centímetros, para el número 6; 6,9 x 2,5 x 0,5 centímetros en el número 10 y 13,0 x 2,2 x 0,6 centímetros, para el número 11. Atendiendo siempre a la tipología de Monteagudo que es la más exhaustiva de las que conocemos, los ejemplares de este grupo podrían pasar a formar parte de su tipo 6A/6B (Monteagudo, 1977, páginas 68-73), que asigna a un Cobre medio y reciente (2200-2200) normalmente sin Campaniforme. Las hachas que cita este autor suelen aparecer en contextos megalíticos y se distribuyen principalmente por Portugal medio y meridional, si bien cita algún ejemplar en la zona almeriense. Nuestro rastreo bibliográfico confirma plenamente esta opinión habiendo hallado ejemplares similares a los nuestros, de entre los que destaca por su acentuado parecido y por su proximidad geográfica el hacha hallada en el sepulcro megalítico del «Tajillo del Moro», (Casabermeja, Málaga) en un contexto lítico y cerámico adjudicable, según su autor, al Calcolítico Antiguo (Millares I) (Ferrer y otros, 1980, figura 15).

— 1.3. Grupo que asocia a los números 7 y 9. Morfológicamente muestran una figura más netamente trapezoidal que el resto de los grupos. Ofrecen una sección rectangular-aplanada, caras planas, filos rectilíneos y convergentes. El talón debió ser algo convexo en ambos casos, pero el estado de alteración que ofrece en esta zona no permite asegurarlo. El filo es ligeramente convexo. Se trata, por otra parte, de dos piezas de tamaño pequeño, cuyas dimensiones máximas son: 6,3 x 3,4 x 1,3 centímetros para el número 7 y 4,3 x 3,1 y 0,5 centímetros para el número 9. Podemos afirmar que esta morfología de hachas es la más próxima a las existentes en piedra pulimentada y de cuyas formas derivan sin duda, constituyendo lógicamente uno de los tipos metálicos más antiguos, pero con perduraciones durante todo el Calcolítico. Monteagudo incluye formas similares en su tipo IB, cuyos ejemplares relaciona con fines del Cobre Medio-Cobre Reciente e



Fotos 1 y 2. Hachas.

inicios de Cobre final (2200-2000 aproximadamente). Este autor menciona hachas cuya distribución geográfica ocupa preferentemente Portugal meridional, medio y Extremadura, siendo habitual en contextos megalíticos (Monteagudo, 1977, páginas 28-32).

— 1.4. Grupo únicamente representado por una pieza, la número 5. Se trata de un hacha de sección rectangular-aplanada. Las caras son planas, sus filos ligeramente convergentes y rectilíneos, pero a un tercio de su longitud total con respecto al filo se hacen algo cóncavos, acabando en un filo abierto y convexo. El talón es prácticamente rectilíneo.

Sus dimensiones máximas son: 10,3 x 5,7 x 0,7 centímetros. En principio sería ésta la pieza más tardía del lote que aquí presentamos, adivinándose su proximidad a los tipos argáricos más comunes. Monteagudo (1977, páginas 97-99) (1700-1500), Pre-Atalaia I y II en el suroeste peninsular, sincrónico a El Argar A en el sureste. Los ejemplares que recoge dicho autor proceden principalmente de Portugal meridional y medio y en menor grado de las actuales provincias de Jaén y Granada.

— 1.5. Grupo representado solamente por la pieza número 8. Su morfología es trapezoidal alargada

y sección rectangular aplanada. Los filos son rectilíneos desde el talón, pero a partir de la zona media se van curvando suavemente hacia el exterior, para rematar en un filo abierto y convexo. El talón es prácticamente rectilíneo. Sus dimensiones máximas son: 18,7 x 6,4 x 0,9. Atendiendo siempre a la tipología de Monteagudo sería problemática su inclusión en un tipo determinado, pues muestra similitudes con ejemplares a los tipos 6A, 6B y 8 entre otros. Además, su asignación a un horizonte cultural determinado sería problemática. Hemos observado a partir de los ejemplares citados por Monteagudo, así como atendiendo a otros publicados con posterioridad a su estudio, que se trata de piezas que pueden aparecer desde un Calcolítico pleno hasta un Bronce antiguo, interviniendo seguramente en tal oscilación, el factor geográfico-cultural.

2. *Puñales: De los nueve puñales que conocemos procedentes del Cerro del Ahorcado, cuatro de ellos son de lengüeta, tres de remaches y dos no clasificables por encontrarse fragmentados en la zona próxima al empuñe.*

— 2.1. *Puñales de remaches:*

- Número 1. Puñal de hoja triangular alargada, que presenta dos remaches y tres escotaduras para empuñe. Su sección es aplanada y filos rectilíneos y aguzados. Sus dimensiones máximas son: 10,5 x 3,2 centímetros.

- Número 2. Puñal de hoja triangular alargada. Con dos remaches. Sección aplanada, filos rectilíneos y aguzados. Dimensiones máximas: 8,2 x 3,0 centímetros.

- Número 3. Puñal fragmentado en la zona del empuñe. Hoja triangular y al menos dos remaches. Sección aplanada, filos convexos y aguzados.

Excepto el último que aparece fragmentado, los otros dos pueden englobarse dentro del tipo II de B. Blance que dicha autora considera preferentemente de El Argar A (Blance, 1971, páginas 124 y siguientes). Sin embargo, recientemente V. Lull ha criticado las tesis de esta autora al opinar que, excepto el tipo I que aparece exclusivo de enterramientos en pithoi, los demás

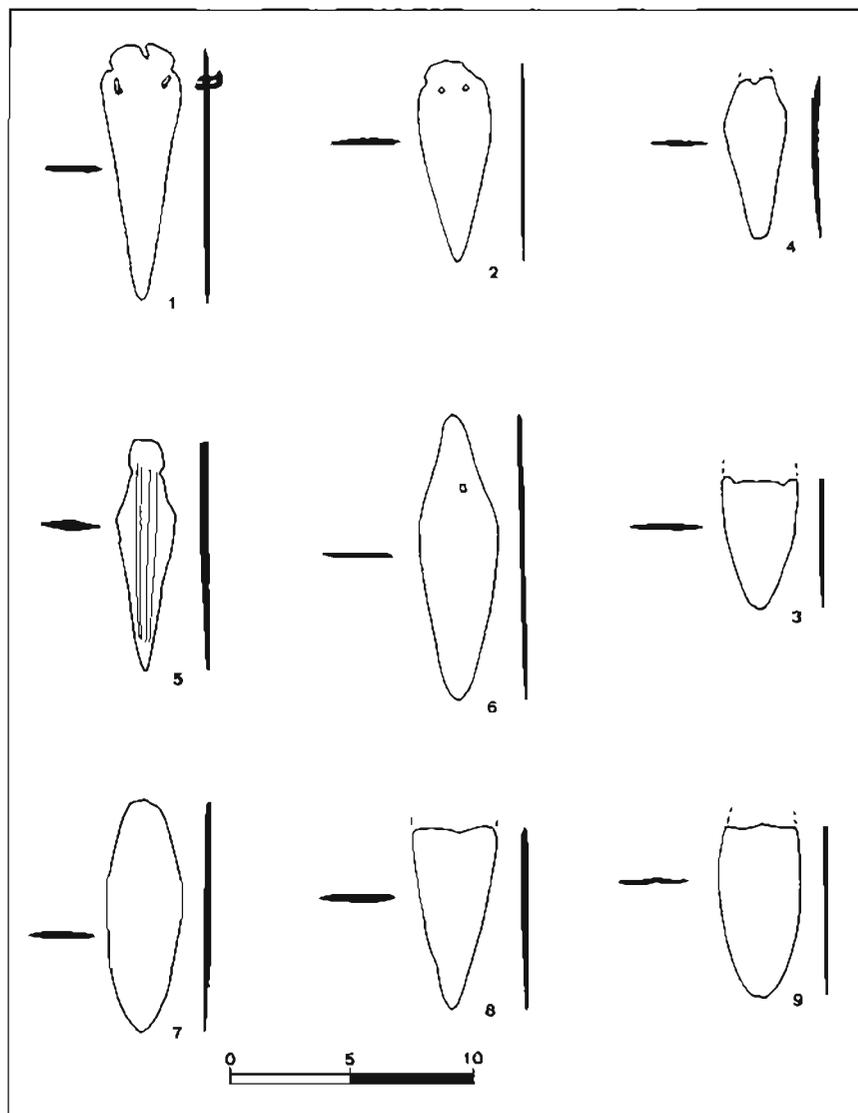


Figura 3. Puñales.

se dan indistintamente en cistas o pithoi, siendo además difícil de probar, en muchos casos el binomio cistas = Argar A/Pithoi = Argar B. (Lull, 1983: página 178), como tradicionalmente venía aceptándose.

Fuera del área estrictamente argárica, y siempre en el sur peninsular, existen puñales similares a los nuestros número 1 y 2 en las cistas malagueñas de cronología presumiblemente temprana, por la habitual asociación con elementos tales como brazaletes de arquero, puntas Palmela y otros elementos de tradición campaniforme. De entre ellos el más parecido es el hallado en la

cista de inhumación individual del Cerro de la Negreta (Alcaucín, Málaga) (Baldomero y Ferrer, 1984: figura 2).

De gran interés por su similitud morfológica y porque aparece en estratigrafía de hábitat es el ejemplar de dos remaches encontrado en el Centro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén), concretamente en la fase Cazalilla II considerada como Cobre final con Campaniforme-Bronce antiguo (Ruiz y otros, 1983: figura 21).

En cuanto al área cordobesa, los ejemplares que conocemos procedentes sobre todo de las sierras meridionales, son de tipologías dife-

rentes a los que aquí presentamos.

— 2.2 *Puñales de lengüeta:*

Número 4. Puñal con hoja de tendencia romboidal. Aparece fragmentado en la zona de enmangue, aunque se adivina que debió de ser de lengüeta y con un remache en la misma. Sección aplanada y filos rectilíneos y aguzados.

• Número 5. Puñal con hoja de tendencia romboidal. Posee una lengüeta de enmangue cuadrangular y desarrollada con dos muescas en sus bordes. La sección de la pieza es aplanada pero con una nervadura en cada cara que recorre el eje longitudinal de la pieza. Dimensiones máximas: 9,5 x 2,4 centímetros. Filos rectilíneos y aguzados.

• Número 6. Puñal con hoja de tendencia triangular alargada y lengüeta de tendencia triangular, con un orificio para remache en la zona que conecta con la hoja. Sección muy aplanada y filos rectilíneos y aguzados. Dimensiones máximas: 11,7 x 3,3 centímetros.

• Número 7. Puñal con hoja triangular-ovalada no diferenciada de la lengüeta de considerable anchura. Su sección es aplanada y sus filos son suavemente convexos y aguzados. Dimensiones máximas: 9,5 x 3,1 centímetros.

— 2.3. *Puñales fragmentados, no clasificables*

• Número 8. Puñal fragmentado en la zona de enmague. Hoja triangular de sección aplanada-ovalada y filos prácticamente rectilíneos y aguzados.

• Número 9: Puñal fragmentado en el área de enmague. Hoja triangular-oval, filos convexos y sección muy aplanada. Es probable que la morfología completa de la pieza fuese muy similar a la del número 7.

De sobra conocida es la relación directa que habitualmente existe entre los puñales de lengüeta y la Cultura Campaniforme, no sólo en la península ibérica sino también fuera de ella, de la que se erige en uno de sus típicos fósiles directores. Recientemente se ha documentado la aparición en El Malagón de un ejemplar de apariencia arcaica en un contexto arqueológico que sus excavadores consideran como «típico cobre precampaniforme» (Torre y otros, 1983: página 137, figura 4

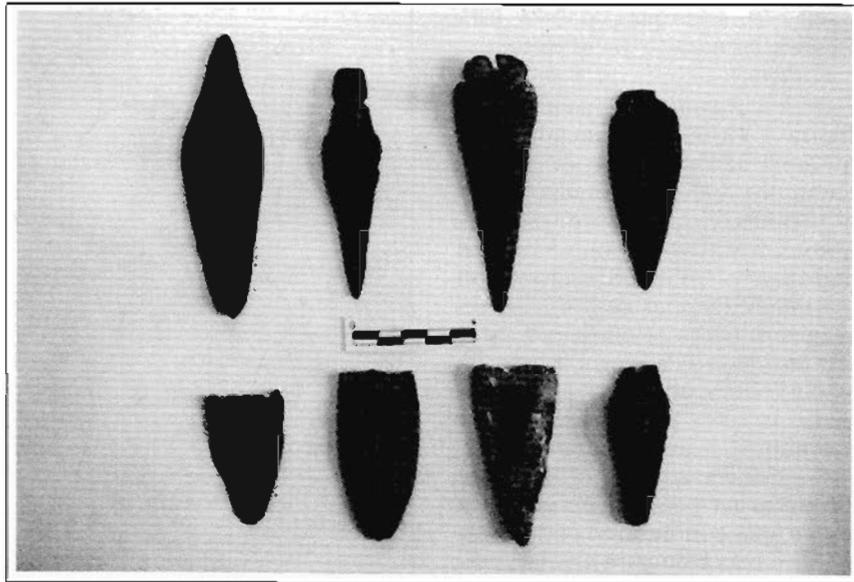


Foto 3. *Puñales.*

g); por lo cual se podría pensar que estos puñales hubiesen comenzado a fabricarse en época algo más antigua de lo que tradicionalmente se ha admitido. De todos modos, para apoyar esta sospecha será preciso esperar a confirmaciones en otras estratigrafías, ya que de momento constituye caso único y aislado.

Igualmente conocida es la presencia de puñales de lengüeta en dólmenes o cuevas artificiales, no necesariamente asociados con otros materiales típicamente campaniformes (cerámica decorada, puntas Palmera, etcétera). Este es el caso del sepulcro megalítico de Los Delegados 2 de Fuente Obejuna (Cabrero, 188: figura 31) o de la Cueva artificial II de los Marroquíes Altos en Jaén (Lucas, R. 1968, figura 5,7), por citar únicamente casos no muy alejados de nuestro yacimiento.

En general, los ejemplares que conocemos del Cerro del Aborcado no se pueden identificar exactamente con los sobradamente conocidos procedentes de contextos funerarios campaniformes de la campiña cordobesa y sevillana, o con el ejemplar encontrado en el poblado de La «Camorra de las Cabezuelas» (Santaela, Córdoba), (López Palomo, 1987, páginas 48 y 49), muy próximo a nuestro yacimiento. Estos últimos suelen ser de morfología algo más alargada que los nuestros y con la lengüeta perfectamente diferen-

ciada de la hoja. Por lo que respecta al detalle concreto de la aparición en dos casos (números 4 y 6) de un orificio para remache en la lengüeta, parece un rasgo suficientemente constatado, aunque no abundante en contextos de Calcolítico final. Citaremos, por su interés cronológico, el hallado en la estratigrafía de los Castillejos de Montefrío (Arribas y Molina, 1979, página 122). Por nuestra parte, y atendiendo a la morfología tan similar a nuestros números 4 y 6, citaremos el puñal con remache procedente de las Grutas do Poço Velho (Cascais, Lisboa) que apareció acompañado de cerámica campaniforme (Harrison 1977, figura 42). Parece ser que este tipo de puñales de lengüeta con un remache responden a un impacto que el Campaniforme tardío o Calcolítico final en sentido amplio, recibió de núcleos que ya poseían un bagaje material relacionable con un Bronce Antiguo, argárico o no, dependiendo de las zonas geográficas, en donde ya se había incorporado al nuevo tipo de enmague para los puñales y cuchillos. Por último, recordaremos que en los enterramientos del Cortijo de Tardón (Antequera, Málaga) apareció un puñal de lengüeta parecido a nuestro número 6 (aunque menos estilizado y sin remache) junto a un hacha del tipo 5C de Monteagudo y biapuntados de cobre (Ferrer, 1987: figura 11),

asociación esta que también está presente en nuestro yacimiento.

3. Puntas:

— 3.1. *Puntas de dardo o venablo* (figura 4, 12, 13 y 14): incluimos en este apartado una serie de objetos apuntados, que por su tamaño, peso y características del pedúnculo, de considerable anchura, no pueden englobarse sin problemas en el apartado de puntas de flecha. Efectivamente, si tuviésemos que acoplar cualquiera de estas piezas a un vástago de madera lo suficientemente largo y pesado como para que adquiriera un vuelo aceptable, nos encontraríamos seguramente con un arma poco apropiada para ser lanzada con un arco corriente y propicia más bien para arrojarse directamente con el brazo. (En este sentido sería interesante, de todos modos, fabricar reproducciones del mismo tamaño y peso para experimentar su validez y efectividad como flecha o venablo-dardo.) Por otra parte, no descartamos por completo la posibilidad de que alguna de ellas fuese utilizada como puñal de lengüeta (preferentemente los números 12 y 14). Por la similitud manifiesta entre los tres ejemplares que claramente pueden admitirse en este grupo, describiremos sus características globalmente. Se trata de objetos aplanados y apuntados que constan de una hoja triangular de filos convergentes prácticamente rectilíneos bien diferenciada de un pedúnculo ancho y de sección rectangular-aplanada de menor o igual longitud que la hoja. Un cuarto ejemplar de exacta tipología al número 13 pero de mayores dimensiones (17,2 centímetros por 2,5 centímetros de ancho máximo) procede también del Cerro del Ahorcado y muestra restos de tejido adheridos a la hoja cuya naturaleza no queremos asegurar hasta que se efectúen análisis. Según nuestras noticias este tipo de puntas son poco frecuentes, siendo los más parecidos a los nuestros los dos ejemplares procedentes del enterramiento de la «Covacha de la Presa» (Loja, Granada). En este yacimiento, a pesar de la cantidad y variedad de objetos recuperados, dado que la mayoría procede de violaciones, no se puede concretar a qué cultura

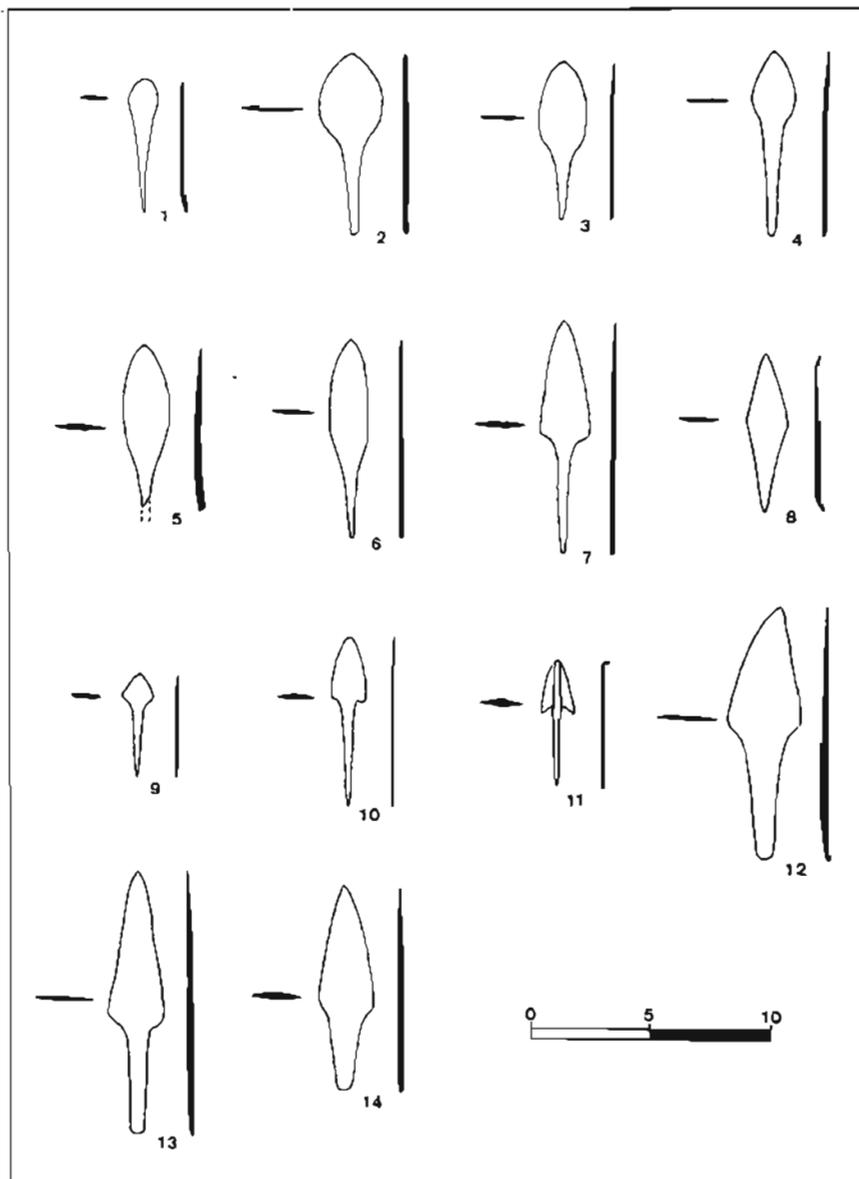


Figura 4. Prototipos de puntas de flecha (números 1 a 11) y puntas de dardo o venablo (números 12, 13 y 14).

pertenecen. Carrasco, García y Anibal (1977, página 111) suponen tres momentos diferentes de utilización de esta cueva sepulcral: comienzos de la Edad del Cobre, Campaniforme y Argárico, siendo el segundo de ellos con el que más podrían relacionarse este tipo de objetos, pues desconocemos en el mundo argárico elementos parecidos y sería difícil relacionarlos con el primer momento.

— 3.2. *Puntas de flecha*: hemos contabilizado un total de 88 objetos adjudicables a este grupo. De entre

ellos la mayoría pertenece a los que tradicionalmente, y quizás abusando un poco, se ha venido en denominar como «punta Palmela», por su similitud a los ejemplares encontrados en las cuevas I y III de esta necrópolis portuguesa. También están representadas las llamadas puntas de pedúnculo y aletas, así como un par de ejemplares que, sobre todo por su tamaño considerable, habría dudas en cuanto a la conveniencia de incluirlas en este grupo, o en el de las puntas de dardo o venablo. Dado el abultado número de

ejemplares y lo reducido de esta publicación nos hemos visto obligados a la elaboración de un cuadro con 11 prototipos o modelos (figuras 4: 1 a 11) (basados sobre todo en las variaciones que ofrece su rasgo morfológico más dinámico: la figura de la hoja y su conexión con el inicio del pedúnculo), tratando de asimilar a ellos la mayoría de los casos posibles. (Esperamos en otra publicación poder realizar un análisis más pormenorizado.)

Pasaremos a continuación a efectuar una somera descripción caracterizadora de cada uno de estos 11 prototipos o modelos:

a) *Punta de hoja corta* (de tendencia oval o casi circular) en relación con el inicio del estrechamiento que marca el comienzo del péndulo. El extremo de la hoja suele ser un poco o nada puntiagudo, hasta el punto de poder cuestionarnos su verdadera efectividad como punta de flecha; a no ser por la posibilidad de tratarse de piezas reutilizadas para otros menesteres que los cinegéticos o bélicos para los que en origen fueron concebidas. Además del modelo que aparece en el cuadro pueden relacionarse con él, por su morfología casi idéntica, ocho ejemplares más.

b) *Punta de hoja ovalada*, (su silueta dibuja una figura similar a la de un huevo con la punta aguzada) cuya anchura suele ser aproximadamente dos tercios de la longitud o algo menos. Muy similares a este prototipo hemos contabilizado cinco casos más, pudiendo considerarse como los ejemplares (junto con los del prototipo c) más próximos a los modelos hallados en Palmela.

c) Similar al prototipo anterior pero con la neta diferencia de presentar una hoja más alargada en la que la longitud dobla aproximadamente a la anchura. Asimilables a este prototipo o modelo 3 hemos contabilizado seis ejemplares más.

d) *Punta de hoja ovalada-puntiaguda* con un pedúnculo generalmente muy largo con respecto a la hoja (como ocurriría en el modelo a) que puede duplicar o incluso triplicar la longitud de la misma. Además del prototipo que aparece en el cuadro hemos observado cinco ejemplares más de gran similitud.

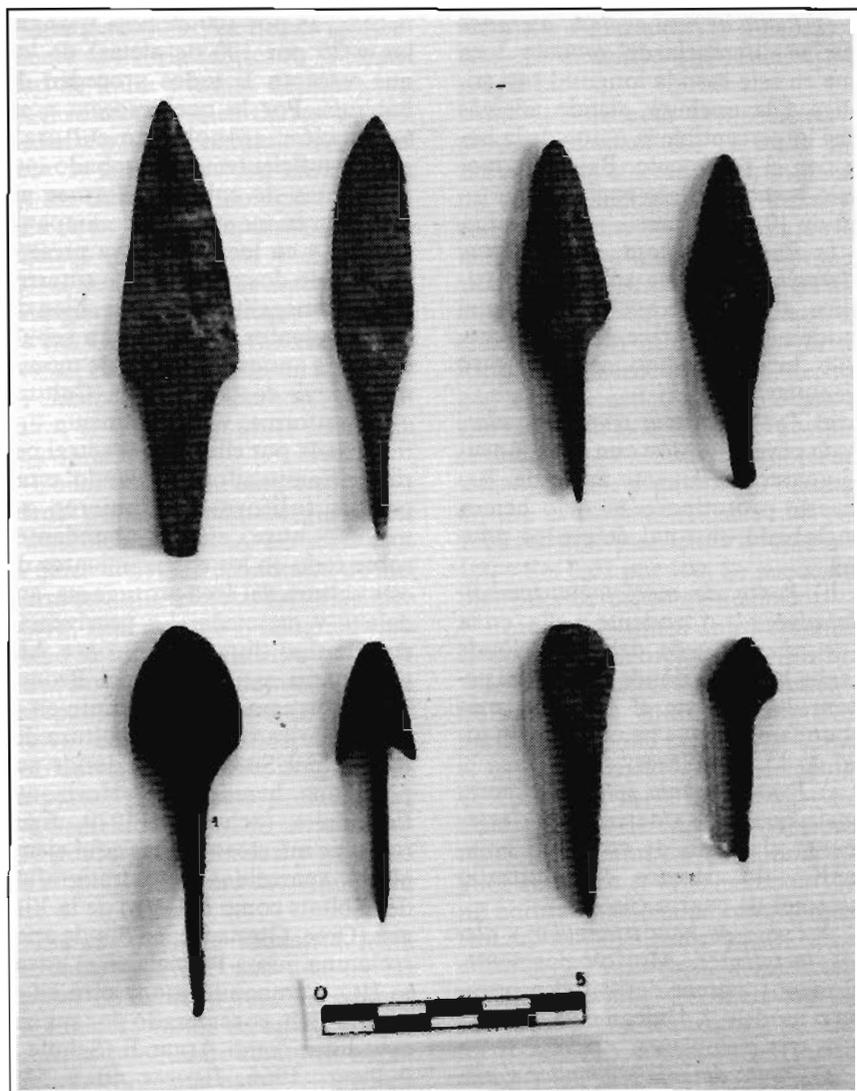


Foto 4. Principales prototipos de puntas.



Foto 5. Punta de dardo o venablo con restos de tejido adherido..

e) *Punta de hoja ovalada-alargada* que se diferencia del modelo 3 en que en este caso la longitud casi triplica a la anchura, siendo además casi imperceptible la unión de la hoja con el pedúnculo. Bajo este modelo hemos podido englobar un total de 10 ejemplares.

f) *Punta de hoja ovalada-muy alargada* en la que su longitud triplica, al menos la anchura. Junto al modelo que aparece en el cuadro, sólo hemos podido asimilar otro ejemplar más.

g) *Punta de hoja triangular alargada* cuya conexión con el pedúnculo aparece netamente marcada. Bajo este prototipo o modelo hemos englobado un total de cuatro puntas.

h) *Punta de morfología romboidal-alargada* o tendente a ella, en la que no se puede delimitar dónde acaba la hoja y dónde se inicia el pedúnculo. Es éste el conjunto más abundante ya que ha ofrecido un total de 13 ejemplares.

i) *Punta de hoja romboidal corta* en la que sí se diferencia perfectamente el punto de conexión hoja-pedúnculo. Hemos contabilizado un total de cuatro casos.

j) *Punta de hoja triangular y aletas incipientes*. Morfológicamente, al menos, parece derivar el prototipo o modelo 7. Únicamente conocemos tres ejemplares.

k) *Punta de hoja triangular y aletas desarrolladas*, con o sin nervadura central. Hasta ahora conocemos cinco ejemplares.

De la nutrida gama de objetos metálicos en cobre hallados en el Cerro del Ahorcado, las puntas de flecha constituyen los elementos que aparecerá en mayor cantidad y variedad. En este sentido hemos de advertir que no conocemos, de momento, ningún yacimiento en la península ibérica que pueda equipararse en este sentido. Conviene recordar, por ejemplo, que en la necrópolis de Palmela sólo se contabilizaron 10 ejemplares (Harrison, 1977) de la variedad foliforme que se ha generalizado y aceptado con el nombre de dicho yacimiento; o que en toda el área de la cultura de El Argar, V. Lull, (1983 páginas 217-218) únicamente se han podido reunir 36 ejemplares (47 por 100 fo-

liáceas, 28 por 100 de hoja triangular y 25 por 100 de aletas) de los que, excepto 1, todos proceden de hábitats. Por lo que respecta a su asignación cronológico-cultural, parece suficientemente probado que las puntas de cobre foliformes no aparecen en momentos precampaniformes, y en los casos cuya presencia ha sido documentada en enterramientos megalíticos se trata, bien de enterramientos intrusivos en sepulcros más antiguos, o bien de monumentos ya coetáneos a la Cultura campaniforme y directamente influenciada por ella. Es pues en el período Campaniforme cuando estas puntas foliformes adquieren su máximo auge, siendo abundantes sobre todo en los enterramientos de esta cultura del área portuguesa, andaluza y meseteña. La pervivencia de este tipo durante el Bronce Antiguo y su extinción en el Bronce Pleno son características tanto en el área argárica como en la cultura del Bronce del Suroeste, en donde supone una herencia del Horizonte Ferradeira (Schubart: 1979, figura 4). Es interesante citar aquí ejemplares aparecidos en estratigrafías de hábitats como el Cerro de la Virgen (Orce, Granada), en donde apareció una punta Palmela en el estrato IIC, Campaniforme, y otra en el estrato IIIb, considerado por sus excavadores como Argar B (Schule y Pellicer, 1966, figuras 40 y 55). Igualmente en otros poblados como los Castillejos de Montefrío (Granada) (Moreno, 1982, figura 13,i) o el Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén) han sido documentados en estratos adjudicables a un Calcolítico final-Bronce antiguo (Ruiz y otros, 1983, figura 21). Por lo que respecta a las puntas de aleta, ante la falta de evidencias que lo contradigan, se viene aceptando por todos los investigadores como innovación de la Edad del Bronce. Ya citamos anteriormente que V. Lull contabilizó, de un total de 36 puntas, un 25 por 100 de aletas, por lo que, para el área argárica, son minoría con respecto a las foliáceas y a las de hoja triangular herederas de la etapa cultural anterior. Estas puntas de aletas también parecen ser habituales en la cultura de las Motillas cuyo momento de desarrollo corresponde

también a la Edad del Bronce. Sirvan de paralelos los ejemplares procedentes de La Motilla de Los Palacios (Nájera y Molina, 1977, figura 12,j.) y de la de Santa María del Retamar (Colmenarejo y otros, 1988, lámina 2, figura 4).

Volviendo a Andalucía central y oriental, en las antiguas excavaciones realizadas en Montefrío (Granada) por Tarradell durante los años 1946-47, fueron halladas dos puntas de aletas que sin duda deben corresponder a las últimas fases de ocupación de este yacimiento durante la Edad del Bronce (Moreno, 1982: figuras 13, K y L). También apareció un ejemplar en la estratigrafía del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén) concretamente en la fase Cazalilla II en un contexto material Calcolítico final-Bronce antiguo. (Ruiz y otros, 1983, figura 21). En la zona de la campiña cordobesa, a parte del Cerro del Ahorcado, el yacimiento que según nuestros datos ha proporcionado un mayor número de ejemplares es «Camorra de las Cabezuelas» de donde procede un lote de cinco ejemplares, cuatro aletas incipientes y uno desarrolladas. (López Palomo, 1987, página 55).

Como se puede apreciar todas las puntas de aletas hasta aquí referidas proceden de contextos de hábitat, siendo verdaderamente excepcional su hallazgo en ámbitos funerarios, en contrapartida a lo que ocurría con las puntas foliáceas más propias de contextos funerarios, sobre todo en inhumaciones del Campaniforme, o en cistas ya del Bronce pero con una importante tradición de elementos de aquella cultura. Este dato indica que durante la Edad del Bronce la punta de flecha refuerza su carácter pragmático, cinegético-bélico, perdiendo casi por completo su significado funerario exhaustivamente representado por otro tipo de armas-útiles tan conocidos como cuchillos, puñales, espadas de remaches, alabardas y hachas. De todos modos existen excepciones de las que citaremos la pieza de aletas hallada en la Covacha de la Presa (Laja, Granada) y que sin duda debió pertenecer a su fase argárica, último momento de enterramiento de dicha cueva sepulcral. (Carrasco, García y Aníbal, 1977, figuras 18, 66).

VALORACION Y PRIMERAS REFLEXIONES

Es evidente que una vez asumidos los datos que aquí aportamos, nos hallamos ante un poblado metalúrgico de una importancia fuera de los corrientes. Y ello no solamente por el sorprendente número de objetos en cobre detectados hasta el presente (más de 200) y por la cantidad de nódulos de metal no transformados, sino además por el lugar geográfico donde se sitúa el Cerro del Ahorcado en Andalucía Central, prácticamente a mitad de camino entre los focos metalúrgicos tradicionales almeriense y portugués, en una zona donde no se conocen afloramientos de mineralizaciones cupríferas. Este último punto, en lo referente al valle del Guadalquivir en general, ya fue indicado por Alberto del Castillo y ha sido recientemente remarcado, para el área concreta de la campiña cordobesa, por los dos investigadores que mejor conocen esta comarca; López Palomo (1987, página 39) y Dolores Ruiz (1987, página 85). Esto nos haría pensar en que, posiblemente, el mineral hubo que traerse de la Sierra Morena cordobesa, o bien del área granadina, estableciéndose un comercio, aún por determinar, entre núcleos extractores mineros y centros transformadores metalúrgicos. En este sentido convendría, de todos modos, efectuar un rastreo geológico exhaustivo, para así concretar mucho más las posibilidades de afloramientos cupríferos (principalmente óxidos o carbonatos) en las inmediaciones de la campiña cordobesa. Lo que sí se demuestra con este yacimiento, así como con los de Los Morales (Carrilero, Martínez, 1982, página 191) y Guta (Castro del Río, Córdoba) (Ruiz, 1984, página 85) es que, en contra de la opinión recientemente expresada por López Palomo (1987, páginas 44 y 50), se advina un núcleo de relativa importancia de poblados metalúrgicos que harían de la campiña cordobesa, durante el Calcolítico avanzado y Bronce antiguo, una zona mucho menos dependiente de lo que algunos autores habían estimado (López Palomo, 1987, página 51), con respecto a los núcleos del sureste y su-

roeste peninsular, en donde teóricamente se habría fabricado la totalidad de útiles y armas de cobre tan frecuentes por estas tierras campiñesas. En lo que naturalmente estamos de acuerdo es con un impacto de las técnicas y tipología de útiles que se transmitirían desde aquellos núcleos protagonistas y dinamizadores de los primeros trabajos metalúrgicos, sin olvidar que la campiña del Guadalquivir fue verdaderamente, con la presencia de la Cultura Campaniforme, cuando se generaliza el empleo de útiles metálicos en cobre.

Como habitualmente ocurre en otros poblados metalúrgicos del Calcolítico o Bronce, no sería ésta la única actividad económica de importancia que se efectuaría en el poblado, sino que tanto la agricultura como la industria textil, a parte de otras tareas que de momento se nos escapan, debieron constituir en el Cerro del Ahorcado quehaceres corrientes. En cuanto a la agricultura parece plenamente probada por los elementos de hoz en sílex, así como por la gran cantidad y variedad de molinos de piedra detectados «in situ».

En cuanto a la industria textil conviene recordar que una de las puntas de dardo o venablo conserva adherida restos de tejido, lo que junto al pondus de cerámica hallado en el poblado parece confirmar esta actividad artesanal.

En el apartado de apreciaciones cronológico-culturales podríamos valorar este conjunto metálico como perteneciente a un Calcolítico final-Bronce Antiguo. En él las piezas de tradición más antigua serían las hachas de morfología más simple concretamente las que componen los grupos B y C que hunden sus raíces, cuando menos, en un Calcolítico pleno, lo cual no contradice que precisamente éstas, como así parece, pertenezcan a un momento, más avanzado del Calcolítico. Relacionables claramente con un Calcolítico final podrían citarse las hachas del grupo A, los puñales de lengüeta y gran parte de las puntas de flecha y venablo. Mientras que con el Bronce Antiguo habría que relacionar los puñales de remaches, las puntas de flecha de aletas,

así como algunas de las foliáceas, y el hacha número 5 que constituye el grupo D.

En cuanto a la composición y porcentajes metálicos de estas piezas no se ha efectuado, de momento, ningún análisis de los útiles ya elaborados. En detrimento, aportamos aquí el resultado de un primer análisis efectuado a partir de un nódulo de metal. Este fue estudiado en el Laboratorio de Mineralurgia de Riotinto Minera, S. A., donde, según nuestra petición y para que el análisis fuera lo más rápido posible, se solicitó el porcentaje de cobre, arsénico, estaño y plomo. El resultado fue el siguiente: Cu: 91,00 por 100; As: 1,20 por 100; Pb: 0,36 por 100 y Sn: 0,01 por 100. Se puede hablar pues de un cobre arsénico.

Como apuntamos anteriormente, el Cerro del Ahorcado no constituye ni mucho menos un yacimiento aislado en su comarca geográfica natural, sino que representa quizás el caso más notable y espectacular de toda una serie de hábitats del Calcolítico avanzado y Bronce Antiguo de la campiña cordobesa (figura 1). Así en el valle medio de Genil podría relacionarse culturalmente con los siguientes yacimientos: «Camorra de las Cabezuelas» (Santalla, Córdoba), Cerro de los Toros (Palenciana, Córdoba), Santalla (Córdoba) y Cueva del Puntal (Casariche, Sevilla) (López Palomo, 1977, página 47 y siguientes), y en el valle del Guadajoz destacaríamos: además de Ategua (Santa Cruz, Córdoba) (Martín Bueno, 1983), Guta, Los Alminares y Morales (Ruiz, 1987a, página 64 y ss.), todos ellos en Castro del Río, si bien este último habría que relacionarlo como perteneciente a un Calcolítico precampaniforme (Carrilero, Martínez y Martínez, 1982), a pesar del reciente hallazgo de algún fragmento de cerámica campaniforme (Ruiz, 1987b, figura 5,8).

El presente trabajo constituye únicamente la presentación de un nuevo yacimiento de excepcional importancia, así como el estudio de algunos de sus útiles metálicos quedando pendiente para futuras investigaciones y publicaciones los siguientes aspectos:

— Análisis sobre la composición

metálica de la mayor parte de los objetos posibles, así como de los núcleos metálicos no transformados.

— Estudios traceológicos de huellas de fabricación y uso que nos permitan aproximarnos al proceso concreto de elaboración (molde, martillado, etcétera) así como a la utilización funcional o específica).

— Análisis tipológicos de los restantes hallazgos.

— Realización de sondeos o excavación en extensión para tratar de averiguar:

- La existencia de posibles estructuras del hábitat y enterramientos.

- Objetos y estructuras relacionados con el trabajo metalúrgico (hornos, crisoles, escorias, moldes etcétera).

- Existencia de estratigrafía ver-

tical y horizontal en el poblado.

- Muestras para C14.

Todo esto que aún queda pendiente para el Cerro del Ahorcado, debería ser ampliable y relacionable con los demás yacimientos de la Campiña anteriormente citados, en donde se han constatado huellas de trabajo metalúrgico, así como con otros, que sin duda existen pero, que aún están por detectar.

BIBLIOGRAFÍA

Arribas, A., y Molina, F. (1979): *El poblado de los Castillejos*, en las Peñas de los Gitanos, Montefrío (Granada). Granada.

Baldomero, A., y Ferrer, J. (1984): «Las necrópolis en cistas de la provincia de Málaga.» *CPUG.*, número 9. Granada páginas 175-193.

Berdischewsky, B. (1964): *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico*. BPH. VI, Madrid.

Blance, B. (1971): *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*. SAM 4. Berlín.

Cabrero, R. (1988): *El yacimiento calcolítico de Los Delgados. Fuente Obejuna (Córdoba)*. Córdoba.

Carrasco, J.; García, M. y Aníbal, C. (1977): «Enterramiento encolítico colectivo en la 'Covacha de la Presa' (Loja, Granada).» *CPUG.*, número 2, Granada, páginas 105-163.

Carrilero, M.; Martínez, G., y Martínez, J. (1982): «El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La cultura de los siglos en Andalucía occidental.» *CPUG.*, número 7. Granada, páginas 171-207.

Colmenarejo, R., y otros (1988): «Actividades socio-económicas de los habitantes de la Motilla de Santa María del Retamar: aproximación a su estudio.» I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo II. Talavera, páginas 351-360.

Delibes, G., y otros. (1986): *El poblado de Almizaraque* en Homenaje a Luis Siret (1934-1984). Sevilla páginas 167-177.

Ferrer, J., y otros (1980): «El sepulcro megalítico del 'Tajillo del Moro'» (Casabermeja, Málaga) *CPUG.*, número 5 Granada, páginas 81-118.

Ferrer, J. (1987): «El megalitismo en Andalucía central», en varios autores. *El Megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid, páginas 9-29.

Harrison, R. J. (1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. Cambridge, Massachusetts.

Leisner, G., y V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*. Der Süden, Berlín.

Leisner, G., y V. (1956, 1959, 1965): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel Der Westen*, Berlín.

López Palomo, L. A. (1980): «El yacimiento arqueológico de los Castellares en Puente Genil (Córdoba)», *Estado actual de la investigación. Córdoba*, número 8. Córdoba páginas 5-45.

López Palomo, L. A. (1983): «De la Edad de Bronce a mundo ibérico en la Campiña del Genil.» *Actas del primer Congreso Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología*. Córdoba. páginas 67-134.

López Palomo, L. A. (1987): *Santaella. Raíces históricas de la Campiña de Córdoba*, Córdoba.

Lucas, R., (1968): «Otra cueva artificial en la necrópolis 'Marroquies Altos', de Jaén.» *EAE.*, número 62. Madrid.

Lull, V., (1983): *La cultura de El Argar*. Madrid.

Martín-Bueno, M. A. (1983): «Primeros resultados de las excavaciones de Ategua (Córdoba)», en *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, III*, Madrid, páginas 227-233.

Martin, C. (1987): «El poblado de Almirazaque: Los inicios de la metalurgia», en: *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica I*, Madrid páginas 10-22.

Monteagudo, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel München*.

Moreno, A. (1982): «Los materiales arqueológicos del poblado de los Castillejos y Cueva Alta (Montefrío) procedentes de las excavaciones de 1946 y 1947.» *CPUG.*, número 7. Granada, páginas 235-266.

Nájera, T., y Molina, F. (1977): «La Edad del Bronce en La Mancha.» Excavaciones en Las Montañas de Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974) *CPUG.*, número 2. Granada, páginas 251-300.

Rivero, E. (1988): *Análisis de las cuevas artificiales en Andalucía y Portugal*, Sevilla.

Ruiz Lara, D. (1987 a): «Calcolítico y Edad del Bronce en la campiña de Córdoba: aproximación a su estudio.» en *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 2. Córdoba, páginas 61-88.

Ruiz Lara, D. (1987b): «La cerámica campaniforme en el Valle medio del Guadajoz.» en *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 3. Córdoba, páginas 63-80.

Ruiz Domínguez, A., y otros (1983): «El Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén): Fases de la Edad del Cobre.» *CPUG.*, número 8. Granada, páginas 199-249.

Schubart, H. (1975): *Die Bronzezeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel*. Madrid. Fosh., 9.

Schubart, H. (1979): «Acerca de la cerámica del Bronce tardío en el sur y oeste peninsular.» *T. P.*, número 28. Madrid, páginas 153-182.

Schubart, H., y Arteaga, O. (1980): «Excavaciones en Fuente Alamo (I, II y III).» *La Cultura de 'El Argar'*. *Revista de Arqueología*, números 24, 25 y 26. Madrid páginas 17-27; 54-63, respectivamente.

Schule, W., y Pellicer, M. (1966): «El Cerro de la Virgen.» Orce (Granada) *IEAE.*, número 46. Madrid.

Torre de la, F. y otros (1984): «Segunda campaña de excavaciones (1983) en el poblado de la Edad del Cobre de 'el Malagón' (Cúllar-Baza, Granada).» *CPUG.*, número 9. Granada, páginas 131-146.

MATERIALES ESCULTORICOS IBERICOS PROCEDENTES DEL LLANO DE LA CONSOLACION, (MONTEALEGRE DEL CASTILLO, ALBACETE): ESTADO DE LA CUESTION (*)

Encarnación RUANO RUIZ

EL Llano de la Consolación es un despoblado situado en la zona oriental de la provincia de Albacete, cerca de los límites con Murcia y Alicante. Dista dos kilómetros, de Montealegre del Castillo y seis kilómetros del Cerro de los Santos.

De esta zona proceden multitud de fragmentos escultóricos encontrados en distintas excavaciones que comenzaron a finales del siglo pasado y se intensificaron en los primeros años del siglo XX.

Según podemos ver en el plano realizado por P. Serrano, (Fernández Avilés, 1953, página 195) (figura 1) existen varios yacimientos en la zona:

1. Los Castellares.
1.1. Cerrico.
2. Campo de Antón.
3. Haza de Blas.
4. Ermita.
5. Pocio.

En este plano no se incluía el lugar denominado La Viña de Esparza o La Torrecica, que fue excavada por los años cuarenta por J. Sánchez Jiménez.

Averiguaciones hechas en la alcaldía de Montealegre del Castillo y

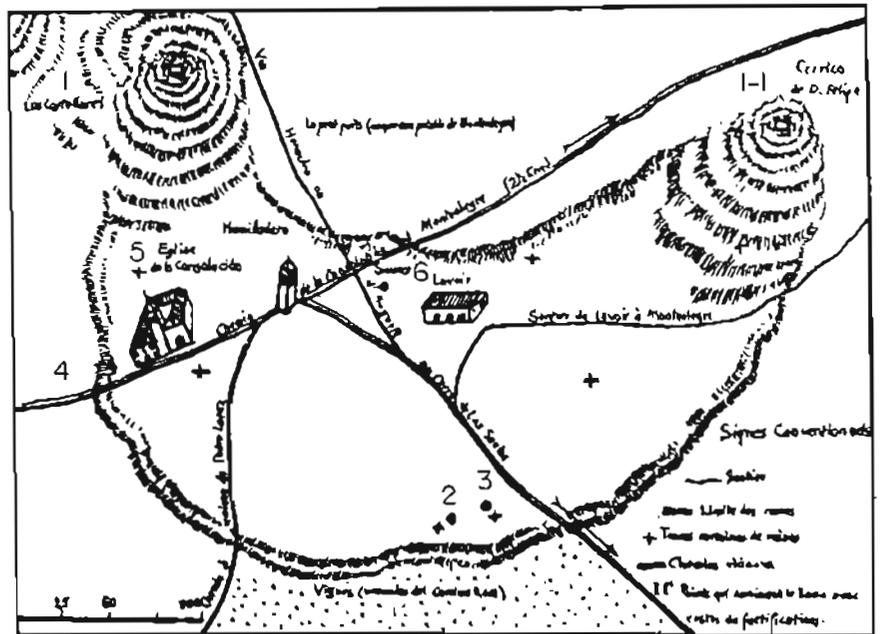


Figura 1. Croquis del Llano de la Consolación (según P. Serrano).

consultado el catastro, parece confirmarse que esta zona coincide con los llamados Campos de Antón y Haza de Blas, terrenos en donde apareció la mayor parte de las esculturas a principios de siglo.

realizó una visita al Llano de la Consolación y, atraído por los restos que allí encontró, propuso al cura de Montealegre, don Antonio José González (gran aficionado a la arqueología), hacer excavaciones en dicho lugar.

Engel menciona las esculturas compradas a González y Serrano procedentes de las excavaciones de 1891. Por los últimos años, P. Serrano escribe en la revista Estudios Antiguos: «La Plaine de la Consolation et la ville iberique d'Ello.» Incluye

NOTA

(*) Agradecemos las atenciones dispensadas por los directores y conservadores de los museos arqueológicos de: Albacete, Murcia, Nacional de Madrid y Saint Germain en Laye (París).

HISTORIOGRAFIA

Sabemos por Engel, (1891, página 194) que el maestro de Bonete

en este artículo un croquis de Llano y situando mediante números los lugares donde se llevaron a cabo las excavaciones realizadas en 1891, (figura 2-4). Relata las excavaciones en el Campo de Blas (señalado con el número 3 en el croquis) y la compra por Engel de las esculturas. Es en este lote donde se incluyó un «capitel» que viajó a París junto con otras piezas de gran categoría artística, como la Gran Dama sedente (acéfala), el fragmento de guerrero (2) o los dos restos arquitectónicos con ovas.

Las piezas mencionadas fueron depositadas en el Louvre y devueltas a España en 1941. Hoy se encuentran en el MAN. (García Bellido, 1942, página 162). El «capitel» y los fragmentos arquitectónicos con ovas, se mencionan por P. Paris (1903, páginas 41-42), y García Bellido (1945, página 16).

En febrero de 1897, Pascual Serrano realiza otras excavaciones en el Campo de Antón, señalado en el croquis con el número 2. Allí se volvieron a encontrar esculturas.

Esta vez las piezas tuvieron mejor suerte y pasaron directamente a la Real Academia de la Historia por meditación de A. Vives. El mismo Serrano dice: «...au point 2. je fis des fouilles en février 1897 et je contraí una tête de cheval, un buste que je ne recuillis pas, parce qu'il était mal conservé, quatorze morceaux de volutes et de corniches aux jolis dessins, des pierres avec des sculptures très intéressantes et urne cinéraire. J'ai fait présent du tout à mon ami et confrère don Antonio Vives, le savant numismate, qui, à son tour, l'a offert à l'Academia de la Historia de Madrid, dont il fait partie...» (Serrano, 1899, página 67).

Se encontraron asociadas a las esculturas urnas funerarias y falcatas.

Curiosamente varios de estos fragmentos escultóricos que conservan actualmente las etiquetas originales, fueron depositados en el Museo Arqueológico Nacional a principios de siglo por la Academia de la Historia, bajo el título de Antigüedades Egipcias, con el número de expediente 1.907/32.

En 1914, Zuarzo y Palacios recibe una Real Orden de 27 de sep-

tiembre que le permite excavar en el Llano de la Consolación. Más tarde realiza en colaboración con J. Sánchez Jiménez excavaciones en esta zona. Los trabajos se prolongaron hasta 1936 y sus resultados nunca fueron publicados.

En los años cuarenta y cincuenta, se realizan otras excavaciones encontrándose en la Viña de Marisparza una necrópolis de gran importancia, con abundante material escultórico (Sánchez Jiménez, 1947, 1952).

En 1953, Fernández de Avilés realiza un estudio de conjunto, tratando de reunir todas las esculturas procedentes de las excavaciones, aunque en él no se incluye la totalidad de las piezas descubiertas (Fernández de Avilés, 1952, páginas 92-96).

Nonell (1970), Nicolini (1977), Marín Ceballos (1980), Fernández Vega (1982), inciden sobre diferentes aspectos relacionados con el yacimiento. En 1980 Teresa Chapa incluye en su libro *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, las esculturas procedentes del Llano, con algunas excepciones que se encontraban en el MAN, procedentes de las excavaciones de P. Serrano.

En 1987, E. Ruano realiza un catálogo de la escultura humana donde aparecen todas las piezas conocidas hasta ahora del yacimiento, si se exceptúa una figurita acéfala en pie, procedente también del legado al MAN por P. Serrano.

EL CONTEXTO DE LAS ESCULTURAS

Desgraciadamente sólo disponemos de los datos anteriormente expuestos en la documentación bibliográfica para conocer las circunstancias de los hallazgos escultóricos, realizados antes de 1946, año en que comenzaron las excavaciones sistemáticas en el Llano de la Consolación dirigidas por J. Sánchez Jiménez, y que permitieron al investigador descubrir una interesante necrópolis: «Lo que reputamos como de máximo interés en esta exploración es el descubrimiento en la Viña de

Marisparza, a 0,65 metros de profundidad del nivel exterior, de una grada de piedra caliza de dos escalones, y que nos hizo suponer eran de acceso a una construcción (¿templo?, ¿sepúlcró?), que sin duda dio el nombre de 'La Torreca' o de 'Las Torrelicas' a este predio.»

«Es de notar que en las hormas o paradas de los bancales circundantes hay muchas piedras que revelan haber formado parte de construcciones antiguas, piedras que en campañas venideras habrán de ser examinadas cuidadosamente.»

«Entre las piedras que rodeaban aquella grada hallamos un trozo de piedra caliza blanda, al parecer fragmentos de una escultura, de tamaño natural, pierna de un toro o caballo y un colgante de collar, de vidrio verdoso, en forma de piña gallonada de 20 milímetros de largo con un agujero en una pequeña asa para suspensión.»

«Junto al basamento o grada, a 90 centímetros de profundidad del nivel exterior, apareció una escultura (la número 4), cuyos vasos helénicos estaban muy destrozados y revueltos con huesos quemados y cenizas. Esparcidos en torno al repetido basamento se encontraban trozos de piedras ornamentadas con ovas, y otros de cerámica ibérica pintada con decoración lineal.»

«A 30 centímetros de profundidad se descubrió una cabeza de ¿guerrero? tamaño sensiblemente natural, escultura de piedra caliza arenisca blanda de arte ibérico exquisito, siendo de lamentar las mutilaciones con que apareció. Por doquier, y a profundidades variables de 30 a 50 centímetros, fueron hallados numerosos fragmentos escultóricos y arquitectónicos, entre aquéllos una garra de león, (Sánchez Jiménez, 1956).

En otro párrafo y después de describir un «túmulo» de 4,80 por 3,50 por 3,20 metros dice: «Entre las piedras de relleno del túmulo con tierra, apareció un trozo de la pata de un toro o caballo esculpida en piedra de la misma clase que las halladas en el exterior, y que seguramente forman parte del monumento cuyas gradas se descubrieron por nosotros en esta campaña, y que parece deducirse fue destruido antes de

la construcción del rectángulo tumular.»

En las excavaciones de 1947 efectuadas por Sánchez Jiménez en la Viña de Marisparza, se encontraron nueve sillares bastantes «regulares casi todos escuadrados de 70 a 80 centímetros de longitud, 24 ó 26 centímetros de anchura y 15 ó 20 centímetros de grueso... sin ningún contexto entre las piedras de un murete de contención, un torso de guerrero en tamaño natural portando a la espalda un pequeño escudo circular, sujeto con dos tirantes aspadados que pasando por los hombros van por debajo de los costados por la cintura a la parte anterior (Sánchez Jiménez, 1952, página 95)».

«En la remoción de tierras en el transcurso de esta campaña, más o menos superficialmente, se han descubierto fragmentos arquitectónicos y escultóricos como queda dicho. Entre tales fragmentos figura una cabeza varonil esculpida en alto relieve y trozos de un antebrazo y mano, también varoniles, que han podido conectarse, más algunos de escultura zoomorfa, semejante a los descubiertos en el año anterior y que puede atribuirse a extremidades de toro o de caballo, de un realismo sorprendente.»

«Han sido relativamente abundantes también los restos áticos, helenísticos e ibéricos de análogas características a los descubiertos el año anterior, que despiertan interés creciente conforme se avanza en la excavación, como se desprende de lo que queda expuesto, por lo que a nuestro juicio, no debiera abando-

narse estos trabajos para realizarlos por completo.» (1952, página 96).

De las palabras de Sánchez Jiménez deducimos que todas las esculturas anteriormente citadas, encontradas en la campaña de 1946 alrededor de la tumba número 4, formaban parte de un monumento funerario que quizá se completara con alguno de los fragmentos escultóricos procedentes de las excavaciones de P. Serrano (1897). Como el friso con ovas, o con el fragmento de animal introducido en el «túmulo».

Los fragmentos encontrados en la campaña de 1947 están muy deteriorados pero confirman la existencia de restos arquitectónicos, esculturas humanas y de animales, dispersos por toda la zona excavada en ese año.

ANÁLISIS DE LOS MATERIALES

No vamos a realizar en este artículo una descripción detallada de los restos escultóricos, puesto que es nuestro propósito sólo resaltar los detalles que pudieran ayudar a valorar la función de las esculturas en el espacio sagrado.

La totalidad del material estudiado, 35 fragmentos, ha sido clasificada en tres grupos:

- I) Fragmentos arquitectónicos.
- II) Esculturas de animales.
- III) Figuras humanas.

Véanse los cuadros explicativos

donde se han reflejado los datos sobre las fechas del descubrimiento, las medidas y el depósito actual.

I. Fragmentos arquitectónicos. (Cuadro número 1)

En total son 11 piezas: tres corresponden a restos de relieves decorados con ovas bajo contario (figuras 3-4), una es un baquetón de gola o cimacio (figura 7), dos pertenecen a columnillas o cilindros estriados (figura 6), una pieza pertenece a un relieve completo con la representación del «Señor de los Animales» entre cuatro équidos (figura 2), y tres a fragmentos de relieves decorados (figura 5).

Las molduras y el dudoso capitel han sido estudiados recientemente (Ruano, 1990), aunque en el estado actual de la investigación nos inclinamos a interpretar la pieza como

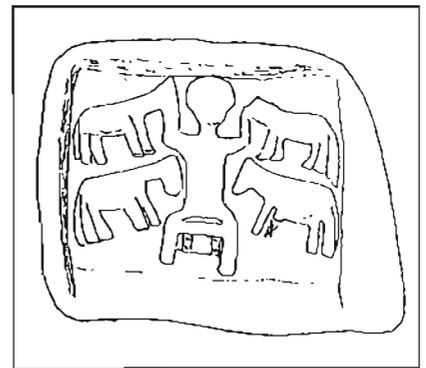
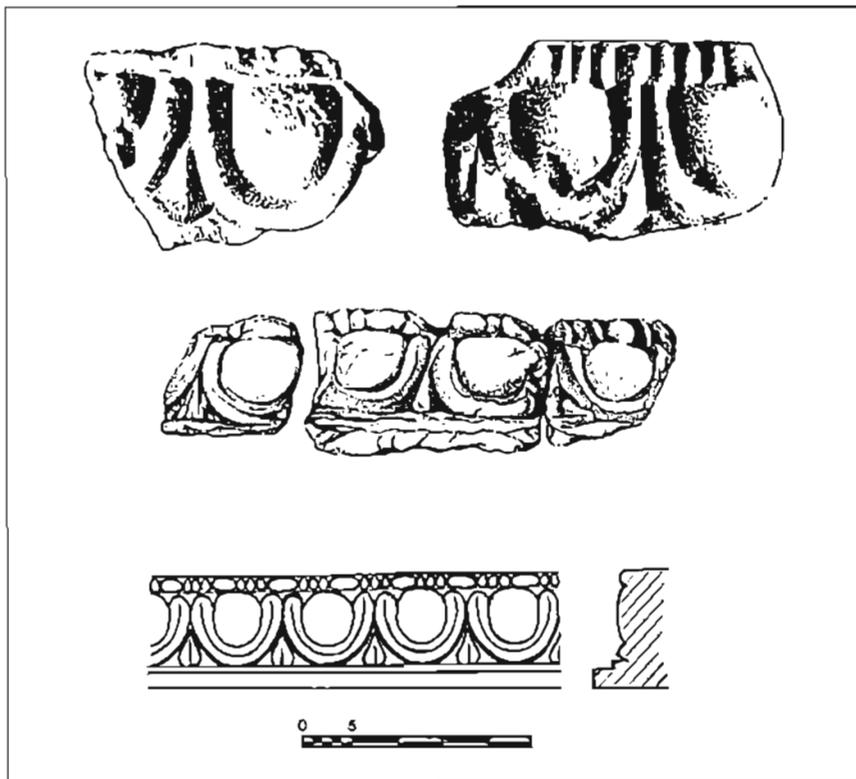


Figura 2. Relieve del «Domador de Caballos». Museo Arqueológico de Murcia (según T. Chapa).

Cuadro 1: FRAGMENTOS ARQUITECTONICOS

Pieza	Excavación	Año	Alt.	Anch.	Gro.	Depósito	Fig.
Relieve	A. J. González	1891	58	73		MAN	2
Moldura	P. Serrano	1897				MAN	3
Moldura	P. Serrano	1987	16	54,5		MAN	4
Relieve	P. Serrano	1987	17	13	11	MAN	5
Relieve	P. Serrano	1897	16,5	14	8	MAN	5
Relieve	P. Serrano	1897	6	11	4	MAN	5
Relieve	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
Relieve	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
Columnilla	Sánchez Jiménez	1946				MAA	6
Columnilla	Sánchez Jiménez	1946				MAA	6
	A. J. González	1891	24	35	18	MAN	7



Figuras 3 y 4. Baquetón o cornisa de gola (Museo Arqueológico Nacional) (según E. Ruano).

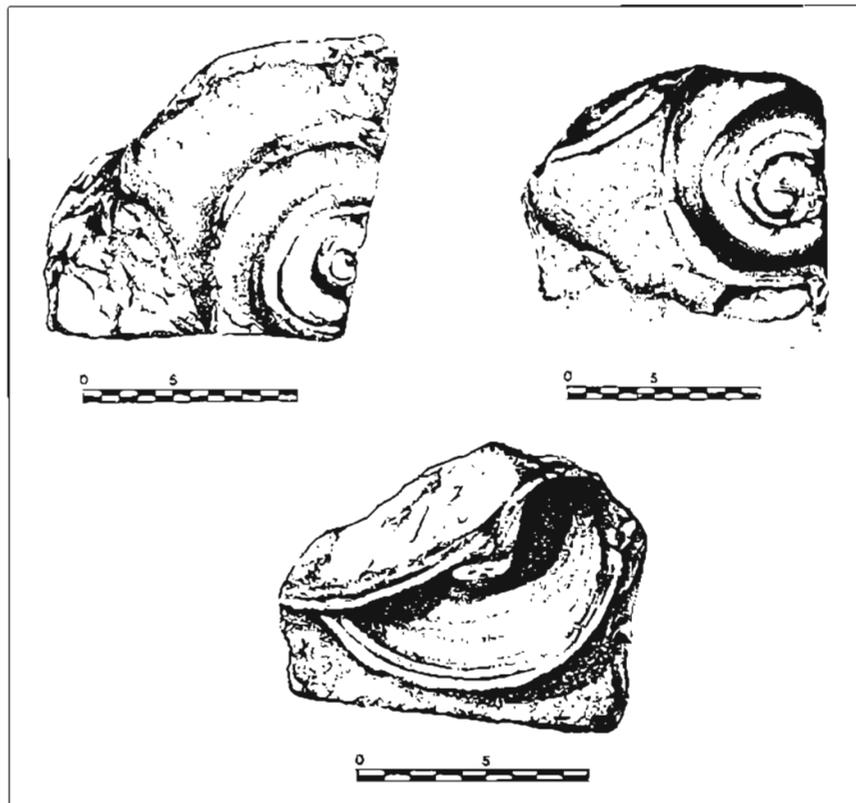


Figura 5. Diversos fragmentos arquitectónicos (Museo Arqueológico Nacional) (según E. Ruano).

un baquetón de gola o cimacio, como luego veremos.

Los cilindros estriados de pequeño tamaño y muy fragmentados, curiosamente emparentan con los hallados por E. Cuadrado en la necrópolis de El Cigarralejo, interpretados como parte de un mueble (1984, páginas 267-290). R. Castelo Ruano cree puede tratarse de fragmentos arquitectónicos (1990). Sea cual sea su funcionalidad resulta curiosa la aparición de estas piezas en ambas necrópolis ibéricas.

II. Esculturas de animales. (Cuadro número 2)

Los fragmentos reunidos (11) corresponden a distintas especies: toros, caballos, leones y esfinges o sirenas.

1) *Toros*. Del yacimiento proceden dos cabezas de toro de muy pequeño tamaño, su altura no sobrepasa los 15 centímetros (figuras 8 y 9).

Por contraste el Museo Arqueológico de Murcia conserva la «grupa» de otro toro de 69 centímetros de altura que pertenece a un animal de grandes dimensiones (figura 10).

2) *Caballos*. Hay constancia de dos caballos. De uno sólo se ha conservado la cabeza y una pata (figuras 11 y 12). Era de gran tamaño. El otro ejemplar de équido casi completo está montado por su jinete, (figura 25).

3) *Leones*. Al parecer pudiera existir en la necrópolis al menos un ejemplar, a juzgar por la garra que se ha conservado de tamaño natural.

4) *Esfinges*. La existencia de dos alas en relieve sugiere la representación de sendas esfinges; aunque no se puede descartar que una de éstas formara parte del cuerpo de una sirena (figuras 13 y 14).

5) Existen dos esculturas de pequeño tamaño de difícil interpretación, (figuras 16 y 17).

III. Figuras humanas. (Cuadro número 3)

El grupo está formado por 11 fragmentos. 10 parecen pertenecer a

esculturas de gran tamaño, y uno parece un ex voto por sus pequeñas medidas. Una figura femenina sentada acéfala, tres masculinas (figuras 18-19-20 y 21) y dos femeninas (figuras 22 y 23). La existencia de cinco cabezas permite considerar la pertenencia a otros tantos personajes, cuyo tamaño podría aproximarse al natural, (la ausencia del tronco y de las extremidades no nos permite otra conjetura).

El tronco de un guerrero y la parte inferior del tronco de otro, (figura 24) nos haría pensar en otros dos individuos. Además de estos personajes contamos con la presencia de un jinete, antes mencionado, y de una pequeña esculturita (figura 25) acéfala. Sería interesante poder reunir los fragmentos dispersos en distintos museos para comprobar si pertenecen a los mismos individuos u a otros.

ENSAYO DE INTERPRETACION

El examen pormenorizado de los fragmentos (cuadros I, II y III) nos permite, no sin reservas, formular alguna hipótesis sobre la funcionalidad de algunas de estas piezas en la necrópolis ibérica. Antes hemos de hacer varias observaciones de carácter general.

Todas las esculturas están realizadas en calizas blandas de fácil talla.

Sólo se aprecian restos de policromía en algunos fragmentos ar-

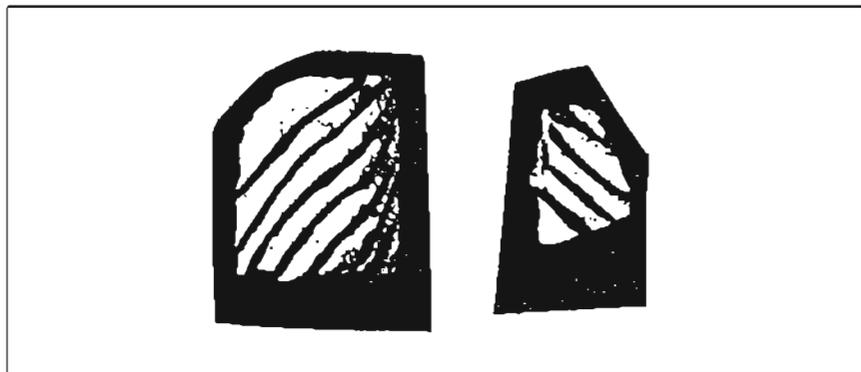


Figura 6. Columnillas estriadas (Museo Arqueológico de Albacete (según Sánchez Jiménez).

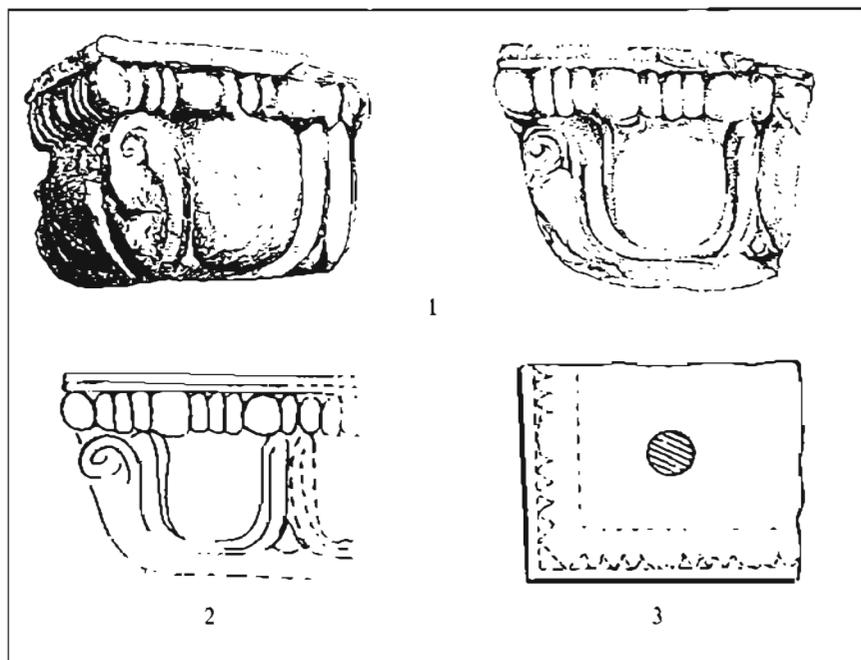


Figura 7. 1. Cimacio (Museo Arqueológico Nacional) (Según García Bellido); 2 y 3 alzado y planta (dibujo Soto).

Cuadro 2. ESCULTURA ZOOMORFA

Pieza	Excavación	Año	Alt.	Anch.	Gro.	Depósito	Fig.
Cabeza de Toro	A. J. González	1891	15	16		MAB	8
Cabeza de Toro	P. Serrano	1897	10	7		MAN	9
Grupa de Toro	A. J. González	1891	69	66	44	MAM	10
Patas de Toro	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
Cabeza de Caballo	Engel	1891	35	51	23	MSGSL	11
Patas de Caballo	P. Serrano	1897	21	24	23,5	MAN	12
Alas de Esfinge	P. Serrano	1897	21	31	11,5	MAN	13
Alas de Esfinge	P. Serrano	1897	19	20	10,5	MAN	14
Patas de León	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
Grupa Indet.	P. Serrano	1897					15
Grupa Indet.	P. Serrano	1897	25	18	16	MAN	16
Frag. Varios	P. Serrano	1897				MAN	17



Figura 8. Cabeza de toro (Museo Saint-Germain en Laye, París).

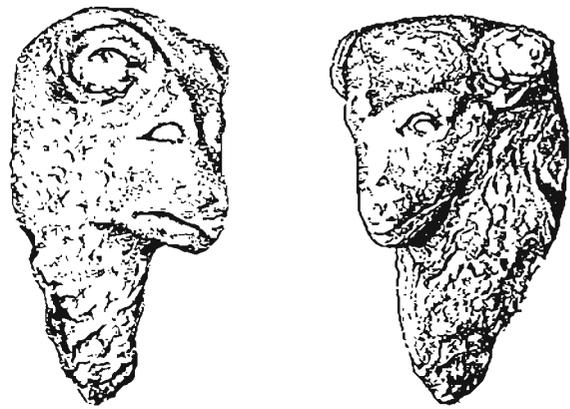


Figura 9. Cabeza de toro (Museo Arqueológico Nacional) (dibujo Soto).

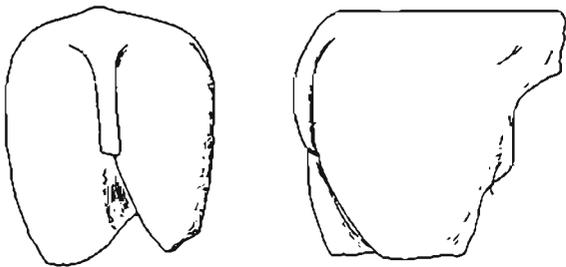


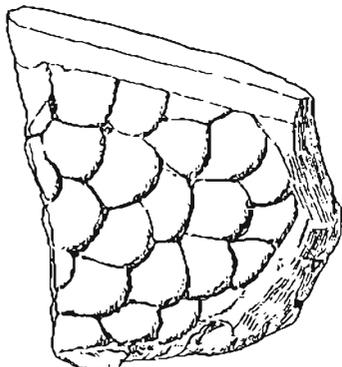
Figura 10. Grupa de toro (Museo Arqueológico de Murcia) (según T. Chapa).



Figura 12. Pata de toro (Museo Arqueológico Nacional) (foto MAN).



Figura 11. Cabeza de caballo (Museo Saint-Germain en Laye, París) (según T. Chapa).



Figuras 13 y 14. Alas de esfinges (Museo Arqueológico Nacional) (según T. Chapa).



Figuras 15 y 16. Pequeños ex votos de animales inidentificables. Toros (¿) (Museo Arqueológico Nacional) (dibujo Soto).

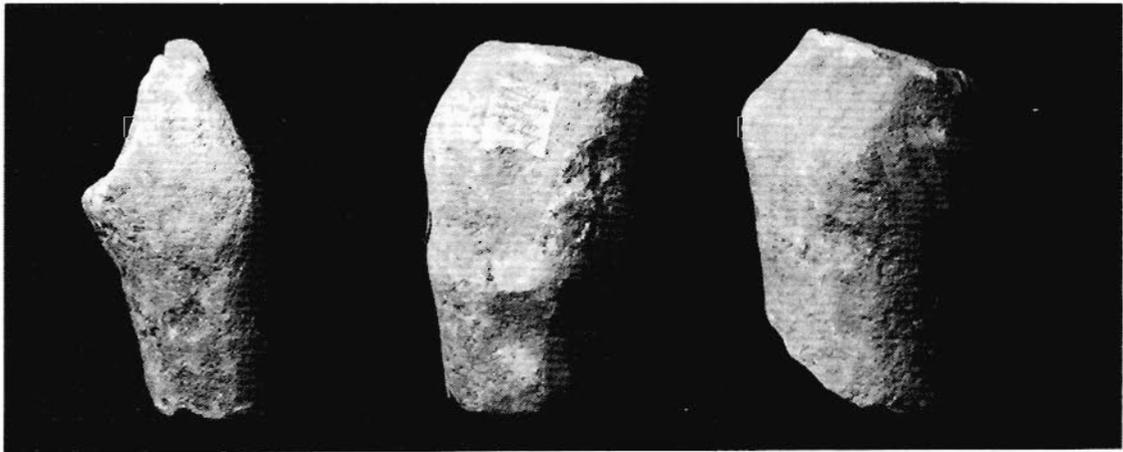


Figura 17. Fragmentos de animales (Museo Arqueológico Nacional) (foto MAN).

Cuadro 3. FIGURAS HUMANAS

Pieza	Excavación	Año	Alt.	Anch.	Gro.	Depósito	Fig.
Cabeza Masculina	Engel	1902	23,5	17	21,5	MSGSL	18
Cabeza Masculina	Engel	1891	20,5	16,3	20,6	MSGSL	19
Cabeza Masculina	Engel	1891	19,4	11,8	14,8	MSGSL	20
Cabeza Masculina	Sánchez Jiménez	1946	25			MAA	21
Cabeza Masculina	Sánchez Jiménez	1947				MAA	
Cabeza Femenina	A. J. González	1891	22,5	16,5	7,2	MAN	
Cabeza Femenina	Mercado Antig.		22,5	16,5	7,2	MAB	
Tronco Guerrero	Sánchez Jiménez	1947			Tamaño Natural	MAA	
Tronco Guerrero (¿)	A. J. González	1891	40	32,5	29,8	MAA	
Jinete	A. J. González	1891	50	47	12,5	MSGSL	22
Sedente Acéfala	A. J. González	1891	100			MAN	23
Estante Acéfala	P. Serrano	1897	12,5	5,9		MAN	24
Brazo	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
Frag. Varios	Sánchez Jiménez	1946				MAA	
		1947				MAA	



Figura 18



Figura 19



Figura 20



Figura 21

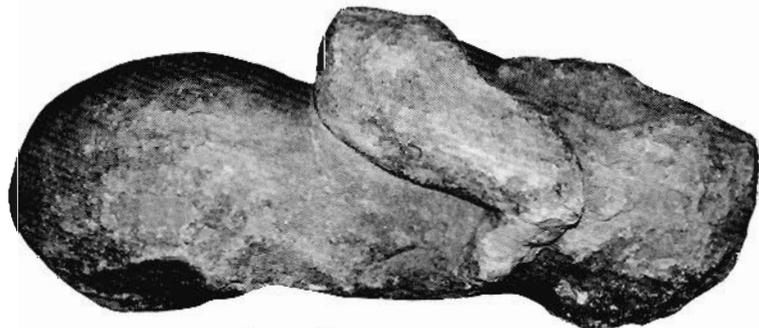


Figura 22

Figuras 18, 19 y 20. Cabezas masculinas (Museo Saint-Germain en Laye, Paris) (foto. MSGSL). Figura 21. Cabeza masculina (Museo Arqueológico de Albacete) (según Sánchez Jiménez). Figura 22. Jinete (Museo Saint-Germain en Laye, Paris.)

quitectónicos (figuras 3 y 4). Los colores azul y rojo han quedado depositados en algunas esquinas de las molduras.

Las esculturas presentan gran diferencia de tamaño y de estilo. La mayoría de los fragmentos corresponde a figuras que se acercan al natural. Sólo los «ex votos» de animales y de una figurita humana son de menor formato.

El taller del Llano de la Consolación, así nos atrevemos a llamarlo, realizó obras escultóricas ibéricas con inspiración del mundo grecooriental, siendo una de las características más acusada, la interpretación del pelo mediante mechones planos y curvados, (Nicolini, 1977, página 35).

La dama sedente acéfala permite adivinar a través del ropaje, su cuerpo y el brazo derecho flexionado sobre el pecho. Esta característica requiere amplios conocimientos técnicos por parte del artista que la esculpió, quien representó el trono con gran detalle. La cabeza del caballo (figura 11), denota la misma capacidad técnica del artista.

Todos los fragmentos arquitectónicos son la interpretación ibérica de temas clásicos y tienen un canon volumétrico recientemente valorado (Ruano, 1990).

La distinta naturaleza de los fragmentos escultóricos hace difícil la situación de los monumentos de la necrópolis. Pese a la ya demostrada ausencia de Santuario (Marín Ceballos, 1979-1980) hay piezas cuya funcionalidad se nos escapa, como la presencia del relieve con el «Señor de los Caballos» o los pequeños ex votos pétreos (estos últimos bien pudieran haber formado parte del ajuar de algunas tumbas).

En el estado actual de la investigación, no podemos poner en duda los distintos edificios que se levantaron en las necrópolis ibéricas. A partir del descubrimiento de Pozo Moro, Almagro-Gorbea ha reconstruido numerosos monumentos situados en necrópolis ibéricas en otras ocasiones las reconstrucciones se han hecho en colaboración de otros estudiosos: Cruz Pérez (1981) o Ramos Fernández (1986). Page del Pozo, García Cano e Iniesta San Martín (1987), P. Lillo (1990), esta-



Figura 23. Dama sedente (Museo Arqueológico Nacional) (foto MAN).

blecen las hipótesis de nuevos monumentos para el SE peninsular. R. Castelo Ruano reconstruye por vez primera las hornacinas en paramentos, formulando la posibilidad de altares para la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia, 1990).

En el Llano de la Consolación existieron monumentos, según Almagro-Gorbea (1983, páginas 410-413) y según Blánquez «como mínimo un monumento turriforme (tipo IV a.) y posiblemente más de un pilar-estela a juzgar por la abundancia de fragmentos escultóricos y arquitectónicos (tipo IV b.), (todos ellos según nuestra clasificación)», (1988, página 19).

Ambos autores tienen sobradas razones en sus afirmaciones, ¿pero cómo interpretamos la construcción a partir de restos tan fragmentados?

Según nuestras propias observaciones hipotéticamente podríamos suponer la existencia de un gran edificio con gradas (dos o tres escalones) donde se situarían las esculturas cuyos fragmentos estaban situados en lugares próximos, encontrados por Sánchez Jiménez a distintas profundidades (esculturas de tamaño natural, piernas de toro o caba-

llo, trozos de ornamentos con ovas, cabeza de guerrero (?) y garras de león. Cabría la posibilidad de que estos fragmentos se incrementaran con algunos de los encontrados en las «rebuscas» de principios de siglo.

Este gran edificio presidiría el espacio sagrado y alrededor se situarían otros monumentos de menor tamaño.

Dos pilares-estela podrían estar decorados respectivamente con los fragmentos de las figuras 3, 4 y 7, con ovas bajo contrario. Situados como baquetón de gola (figura 25) o como cimacio. La ausencia de la esquina no nos permite establecer el tamaño de este pilar-estela. El otro pilar-estela se podría reconstruir a partir de la figura 7. El orificio central y la forma troncocónica sugiere el asiento sobre el pilar y la posibilidad de llevar un remate en la superficie superior. Parece descartarse por el momento la función de capitel, (Ruano, 1990) (figura 26).

Los sillares con esfinges o sirena (¿) sugieren un paramento de esquina donde pudieron estar colocadas (monumento turriforme) (¿). Aun-

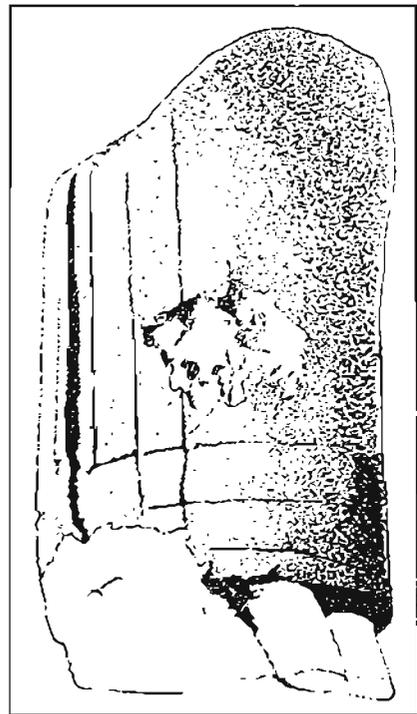


Figura 24. Dama acéfala (¿). (Museo Arqueológico Nacional) (dibujo Soto).

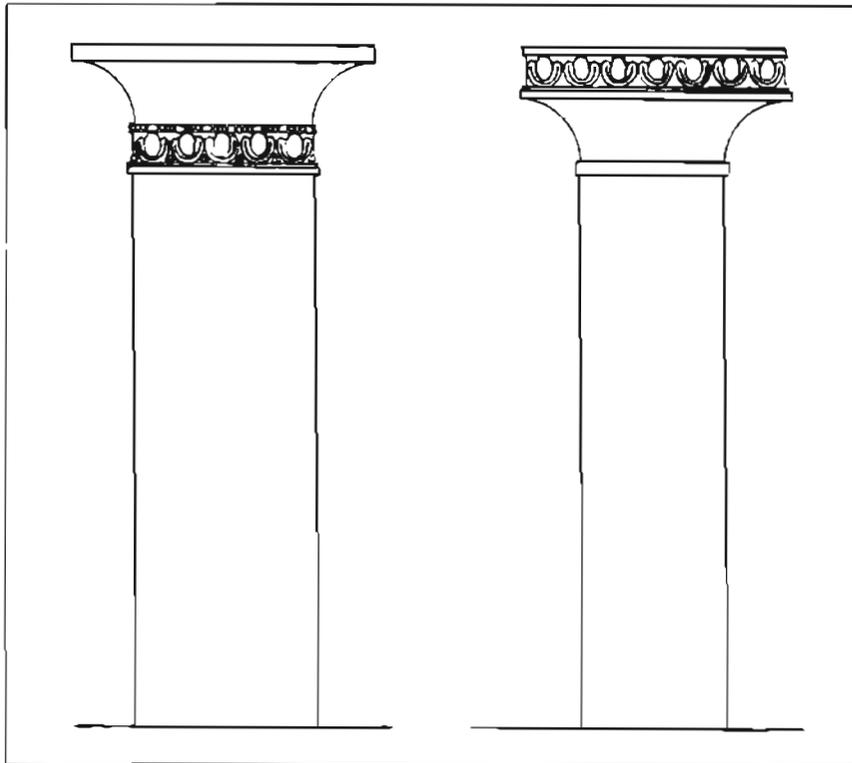


Figura 25. Baquetón de gola o cimacio (según E. Ruano).

tesis, y sólo poseemos informaciones sectarias que no nos permiten dataciones absolutas. Bien es cierto que son muchos los materiales que han aparecido en el Llano de la Consolación y que proporcionan fechas altas que nos llevan a finales del siglo VI o principios del V, (Mélida, 1919, página 113; García Bellido, 1943, páginas 163-164; García Bellido, página 36; E. Cuadrado, 1985, página 194; E. Cuadrado, 1986; J. Blánquez, 1988, página 19), cronología que va muy bien con las fechas propuestas por los distintos autores para las esculturas, (P. Paris, 1903, página 138 y 264; García Bellido, 1943, página 160; T. Chapa, 1980, página 331; Nicolini, 1977, página 51; E. Ruano, 1987, volumen II).

CONCLUSIONES

El croquis que efectuó P. Serrano del Llano sitúa a los Campos de Antón y Blas relativamente cercanos a la ermita de La Consolación. No hemos podido localizar exactamente estos campos puesto que en la actualidad no existen propiedades con este nombre. Sin embargo, contrastando el croquis realizado a principio de siglo con el catastro de la Villa de Montealegre, comprobamos que la Viña de Marisparza no está lejos de los campos mencionados, donde se sacaron las primeras esculturas.

Recordemos que parte del material procedente del Haza de Antón se había encontrado con urnas cinerarias y falcatas, y que la Viña de Marisparza era una necrópolis.

La proximidad de los tres campos nos llevaría a considerar la existencia de una necrópolis con varias fases constructivas.

Los restos escultóricos procedentes del Campo de Blas y de Antón, poseen distinta calidad artística y diferente funcionalidad, y denotan una destrucción intencionada; recordemos el fragmento arquitectónico con ovas y la pata de animal reutilizada.

El relieve con el «Domador», la pequeña figura humana y los frag-

que pudieron ir colocadas en cualquier zona de dicho parámetro.

El caballo y el toro y el jinete no parece posible por su tamaño que formaran parte de los pilares estela. La aparición en los Villares Hoya Gonzalo de un nuevo tipo de monumento situado directamente sobre la tumba abre nuevas posibilidades interpretativas para esta clase de esculturas (información oral de J. Blánquez).

La figura sedente aunque no podemos determinar su situación en el ámbito sagrado es frecuente en las necrópolis, y sería la Gran Diosa funeraria, (Ruano, 1987, tomo III, página 226).

APROXIMACION CRONOLOGICA

Desgraciadamente nos seguimos moviendo en el terreno de las hipó-

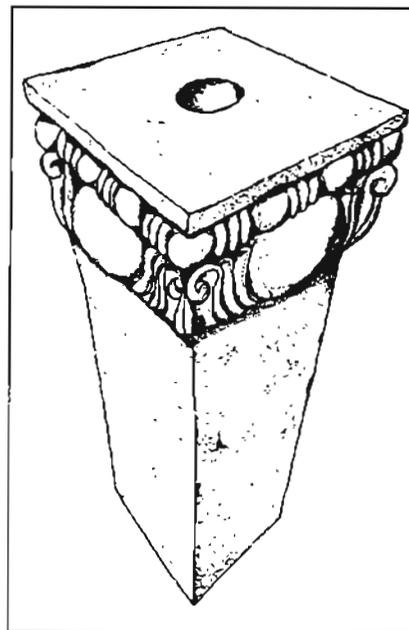


Figura 26. Pilar-estela con orificio central (2) (según E. Ruano).

Cuadro 4

Aproximación numérica de las esculturas procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete).

Fragmentos arquitectónicos	11
Animales	11*
Figuras humanas	13*
Total	35

*Existen muchos fragmentos inidentificables.

mentos zoomorfos, son ex votos de acusado esquematismo, donde el artesano ha enfatizado aquello que más interesaba al cliente.

Según nuestras hipótesis, tanto los fragmentos arquitectónicos como algunos escultóricos, formaron parte de monumentos levantados en

la necrópolis. Al parecer uno de estos monumentos sería de más categoría y alrededor existirían pilares-estela y paramentos con sillares o animales exentos situados sobre tumba.

Todo lo expuesto nos llevaría a ratificar la existencia en el Llano de

la Consolación de élites sociales en época antigua, con poder adquisitivo para costear ricas tumbas.

Esperamos la revisión y publicación de las excavaciones de 1914 a 1936, y la realización de nuevas campañas en el Llano de la Consolación que confirmen o modifiquen las conclusiones aquí propuestas.

BIBLIOGRAFIA

- Almagro Gorbea, M. (1980): «El monumento ibérico de Pino-Hermoso, Orihuela, Alicante». *TP* 57, páginas 345-359.
- Almagro Gorbea, M. (1982): «El monumento de Alcoy. Aportación preliminar a la arquitectura funeraria ibérica.» *TP* 39, páginas 161-220.
- Almagro Gorbea, M. (1983a): «Arquitectura y sociedad en la cultura ibérica.» *Coll. Int. Architecture et Société de l'archaïsme grecque à la fin de la République Romaine*. Coll. de l'École Française de Rome, número 66, páginas 387-414.
- Almagro Gorbea, M. (1983b): *Pilares-estela ibéricos*. Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, Ministerio de Cultura. Madrid, T. III, páginas 7-20.
- Almagro Gorbea, M. (1983c): «Pozo Moro, un monumento funerario ibérico orientalizante.» *Madrider Mitteilungen*, número 24, páginas 177-293.
- Almagro Gorbea, M. (1983d): *Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas*. Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia, 1981, Zaragoza, páginas 725-740.
- Almagro Gorbea, M. (1987): «Las damitas de Mogente», *APL*, volumen XVIII, páginas 199-228.
- Almagro Gorbea, M. (1988): *El pilar-estela ibérico de Coy (Murcia)*. Homenaje a Samuel de los Santos. Diputación Provincial de Albacete, Albacete, páginas 125-128.
- Almagro Gorbea, M., y Cruz, M. L. (1981): «Elementos de pilares estela ibéricos en Los Nietos (Murcia)». *Saguntum*, 16 páginas 137-148.
- Almagro Gorbea, M., y Ramos Fernández, A. (1986): «El monumento ibérico de Monforte del Cid.» *Lucentum V*, páginas 45-63, Alicante.
- Blázquez Pérez, J. (1988): *Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico*. Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua. Santiago de Compostela, páginas 5-38.
- Castelo Ruano, R. (1990): «De arquitectura ibérica: los elementos arquitectónicos y escultóricos de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia).» *Memoria de Licenciatura*, Madrid.
- Catalogue. (1982): *Sommaire illustré des collections du Musée des Antiquités Nationales de Saint Germain-en-Laye*, Paris.
- Cuadrado, E. (1984): «Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo, (Mula, Murcia).» *TP* 41, páginas 251-290.
- Cuadrado, E. (1985): «Las necrópolis ibéricas del Levante español.» *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre mundo ibérico*, Jaén, páginas 185-202.
- Cuadrado, E. (1986): *El problema de los restos arquitectónicos de las necrópolis ibéricas*. Homenaje a don Antonio Beltrán, Zaragoza, páginas 567-579.
- Cuadrado, E. (1987): «La necrópolis ibérica de El Cigarralejo, (Mula, Murcia).» *BPH*, número 23, Madrid.
- Chapa Brunet, T. (1980a): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra* Tesis doctoral. Madrid, 2 volúmenes.
- Chapa Brunet, T. (1980b): «Las esfinges en la plástica ibérica.» *TP* número 37, páginas 309-344.
- Chapa Brunet, T. (1985): «La escultura zoomorfa ibérica.» *Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos*. Madrid.
- Chapa Brunet, T. (1986): «Influjo griego en la escultura zoomorfa ibérica.» *Iberia Graeca Serie Arqueológica*, número 2, Madrid.
- Engel, A. (1981): «Rapport sur une mission archeologique en Espagne.» *Nouvelles archives des missions scientifiques et littéraires 1892*, páginas 111-219.
- Fernández de Avilés, A. (1953): «Excavaciones en el Llano de la Consolación, 1891-1946.» Homenaje a Isidro Ballester Tormo, *APL* número 4, páginas 195-209 más VIII láminas.
- García Bellido, A. (1935): «Una cabeza ibérica arcaica del estilo de las Korai attic.» *NEAA*, número XI, páginas 165-178.
- García Bellido, A. (1936): *Los hallazgos griegos de España*, Madrid.
- García Bellido, A. (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas reintegradas a España en 1941*, Madrid.
- Lillo, P. (1990): *Los restos del monumento funerario ibérico de El Prado (Jumilla, Murcia)*. Homenaje a Jerónimo Molina García, páginas 135-161.
- Marín Ceballos, M.ª C. (1979/1980): «El supuesto santuario clásico del Llano de la Consolación.» *Habis* 10-11, páginas 135-161.
- Nicolini, C. (1977): «A propos de l'archaïsme ibérique: Trois têtes du Llano de la Consolación au musée de Louvre.» Homenaje a García Bellido, *RVM*, volumen XXVI, número 109, páginas 35-54.
- Nonell, C. (1970): *Restos arquitectónicos ibéricos en España*. Madrid.
- Page del Pozo, V; García Cano, y Iniesta San Martín, A. (1987): *Diez años de excavaciones en Coimbra de Barranco Ancho, Jumilla, Murcia*.
- Ruano Ruiz, E. (1987): *La escultura humana en piedra en el mundo ibérico*, 3 volúmenes, Madrid.
- Ruano Ruiz, E. (1990): *Algunos fragmentos escultóricos poco conocidos procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)*. Homenaje a E. Cuadrado (en prensa).
- Sánchez Jiménez, J. (1947): «Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete de 1942 a 1946.» *IM* número 15.
- Sánchez Jiménez, J. (1952): «Llano de la Consolación, Albacete, La Torreca, campañas de excavaciones de 1947.» *NAH*, cuadernos 1 y 2. Madrid, páginas 92-96, lámina XXI, figura 2.
- Serrano Gómez, P. (1899): «La Plaine de la Consolation et la ville ibérique d'Ello.» *Revue des études anciennes* 1. 1899, páginas 63-71.

LOS CISTOFOROS Y SU SIGNIFICADO

FERNANDEZ URIEL, P.- VAZQUEZ HOYS, A. M.⁴

Departamento de Prehistoria e Historia Antigua
UNED. Madrid

INTRODUCCION

Los contactos culturales, religiosos y comerciales que existían entre el Próximo Oriente y el área egeo-oriental desde la Edad del Bronce están constatados por las fuentes históricas, existiendo una larga tradición de relaciones entre helenos y semitas ya desde época minoica (1). Muchos años después, en época helenística, esta unidad de Oriente, con profundas interrelaciones con el mundo greco-egeo y egipcio, seguía vigente, como una constante histórica, y la política económica de los reinos Seléucida y Atalida llegó a afectar profundamente al mercado del mundo mediterráneo oriental.

I. EL ORIGEN DE LOS CISTOFOROS Y LOS MOTIVOS DE SU EMISION

Se podría decir que, mientras la influencia del ascendente imperialismo romano afectaba negativamente al poder político de los monarcas helenísticos, no ocurría lo mismo en el panorama económico y mercantil. Las actividades comercial y artesana en las principales ciudades como Rodas, Efeso, Pérgamo, Antioquía, Tralles, etcétera..., seguía floreciente.

Por su parte, Roma había potenciado el restablecimiento de antiguas cecas helénicas que habían perdido su poder de acuñación desde Alejandro y los primeros monarcas helenísticos. Esta media, como apunta Rostovtzeff (2) lejos de resultar una anarquía monetaria «que

sin duda hubiera perjudicado al mercado del mundo helenístico, daría lugar a que se adoptara casi unánimemente una política monetaria uniforme, siguiendo el patrón argénteo rodio (unos 120 gramos de peso estándar para la moneda base), de sistema ático (dracma y tetracra).

Aunque posiblemente en un principio, tras la creación de los reinos helenísticos, se impuso la política económica de los Seléucidas en los mercados de Mediterráneo oriental, existió una gran apertura y concordia entre los mismos, favorecida por un sistema unitario de moneda. Demuestran esta prosperidad y relación mercantil, según Regling (3), los numerosos tesoros encontrados pertenecientes a esta época, en los que, aunque predomina la moneda monárquica seléucida, incluso en dracmas y tetracras póstumos de Alejandro y Lisímaco, aparecen también junto a monedas acuñadas en cecas de ciudades griegas e islas egeas, Asia Menor, Anatolia e incluso de los reinos de Lidia y Ponto.

Algunas de estas monedas llevan contramarca seléucida (áncora, cabeza de Helios y, bajo Trifón, su propio emblema: el casco macedónico). Es importante constatar que en estos tesoros monetarios, a pesar de su carácter internacional y su largo período de circulación, no se encuentran las monedas ptolemaicas, apareciendo, en cambio, cada vez más, las monedas atalidas, especialmente las de Eumenes y Atalo II.

Es posible que desde los tiempos de Antíoco III, los reyes seléucidas mantuvieran un concierto económico con el atalida Eumenes II y sus sucesores, estableciéndose una gran relación mercantil entre el mundo

anatólico interior y el litoral helenizado. Esto originó, con toda probabilidad, la decadencia del comercio ptolemaico. Ya bajo Ptolomeo III Evergetes (246-221) se produce un cambio en las aportaciones exteriores, no contrarrestado por una expansión económica interna y una disminución de los gastos, lo que ocasionó la decadencia económica y la caída de la circulación monetaria lágida. Esta mala política económica desembocó en un empobrecimiento notable del valor de su moneda de plata, y aunque se trató de competir con el sistema monetario seléucida que estaba en auge, las monedas ptolemaicas de plata y oro comenzaron a desaparecer de la circulación, como demuestran los tesoros monetarios de la época, que a pesar de contener monedas muy diversas y que habían circulado durante muy largo tiempo, no contienen, por lo general, monedas ptolemaicas. En cambio, se encuentran cada vez en mayor número las monedas dinásticas atalidas (4).

II. LAS PRIMERAS EMISIONES

Ante la fabricación de tetracras autónomas por las ciudades de Misia, Etolia y Jonia, y tras las paces de Magnesia (189 a.C.) y Apamea (188 a.C.) entre Roma y Antíoco III, con la aparición de una nueva situación económica en el Egeo y la interrupción de las series dinásticas de plata, se vio la necesidad de reforzar la unidad monetaria para mantener las buenas relaciones comerciales en el mundo griego oriental.

Tras esta citada Paz de Apamea, Pérgamo se convirtió en el Estado más poderoso de Anatolia. Ello debió decidir a sus reyes a promocionar unas nuevas monedas, mencionadas frecuentemente por las fuentes en los últimos siglos antes de Cristo e incluidas por los numismatas entre las piezas de plata de Asia Menor. Son los llamados cistóforos, acuñados por algunas ciudades de Asia Menor (figura 1).

Estos cistóforos no eran monedas emitidas por el monarca, por lo tanto no eran monedas «reales», sino ciudadanas, ya que se emitían en ceas de ciudades que, aunque comprendidas en el dominio real de Pérgamo o, al menos, dentro de su área de influencia política y económica, eran diferentes de la moneda dinástica atálida.

Según Cl. Preaux, esta acuñación tenía como fin ser la moneda de plata pesada internacional de Asia Menor y, al menos, fue la moneda de mayor circulación durante un tiempo en esta región (5).

Contribuyó a su expansión, sin duda, la caída de Rodas en el año 167 a.C. Según Robert (6), Rodas estaría en la cumbre de su poder económico en torno al 175 a.C. decayendo en torno al 168, tras las reformas económicas que siguieron a la batalla de Pidna. Sabemos por Polibio las preocupaciones rodias sobre la sanción romana a su Estado por parte de Roma (7): «El pueblo rodio ha perdido sus ingresos, su libertad de expresión, la igualdad política, ideales por los que ha estado dispuesto a sufrir cualquier cosa.» Sin embargo, los orígenes y los motivos que impulsaron la creación del cistóforo son objeto aún en nuestros días de una polémica por parte de diversos historiadores del mundo helenístico.

Para Barclay Head (8), la caída de Rodas, en el 167 a.C. a la que nos hemos referido y el brusco declive de su comercio que se ocasionó a partir de entonces, inspiraron a Eumenes II la idea de suplantarse la moneda de Rodas que circulaba en Asia Menor por otra nueva, una especie de «moneda panasiática», basada en el patrón monetario rodio, acuñada en las principales ciudades bajo su mando. En ella, los diferen-

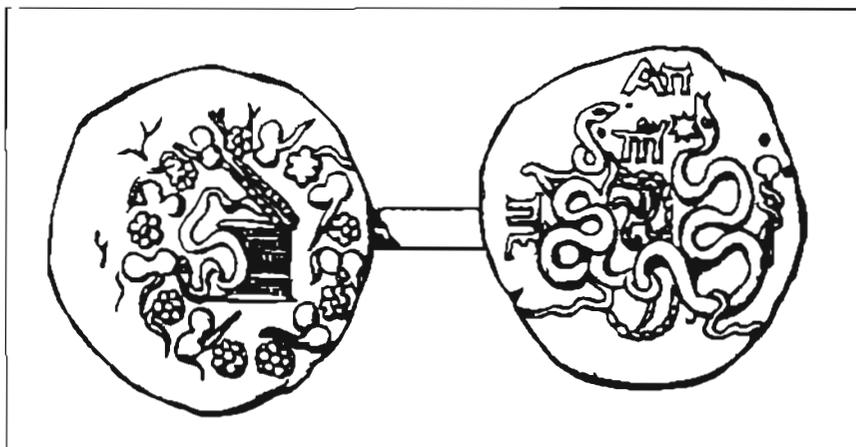


Figura 1. Cistóforo de Pérgamo, sg. Lenormant figura 1559. La cista mística entreabierta deja escapar una serpiente, en medio de una corona de hiedra en el anverso. En el reverso, el gorgios o arco entre dos serpientes entrelazadas. Según Clemente de Alejandría, Protrep. 2., la serpiente no era la guardiana de los hieros, sino el emblema animado de Dionysos Bassareus o Sabazios, como el mismo dios.

tes lugares de emisión están señalados por marcas accesorias, como en el monetario contemporáneo de la Liga Aquea.

Para este autor, esta empresa estaría alentada por Roma, que intentaba entonces arruinar el comercio rodio, erigiendo Delos como puerto franco bajo la administración de Atenas, reabriendo las minas de plata de Macedonia, por lo que los inicios de su circulación se encontrarían entre los años 160-150 a.C. (9). Pero en opinión de Lenormant, los cistóforos son anteriores al menos en veinticinco años a esta fecha, según las noticias de Livio sobre los triunfos romanos en Asia. Según este autor (10) la emisión comenzó después de la fabricación de tetradracmas autónomos de las ciudades de Misia, Etolia y Jonia y probablemente, según podemos suponer por sus tipos, por influencia de las grandes corporaciones semirreligiosas, semiteatrales, y también un poco políticas, como debieron ser las *Dionysiakoi Technitai*, que tuvieron gran importancia en Asia Menor bajo los Atálidas.

El carácter chthónico y misterioso de Dionysos le hizo ocupar un lugar preeminente no sólo en la poética y en la teología religiosa sino también en las ceremonias oficiales y en la devoción popular griega. Por ello, su culto y su íntima conexión con Demeter y Perséfone se celebraban con grandes fiestas en primave-

ra, en las que se representaban sus misterios en escenas, a la vez religiosas y teatrales, con gran pompa. La preparación y organización de estas grandes festividades adquirió gran popularidad e importancia en el mundo griego (Eleusis, Lerna, Sición, Arcadia, Jonia). Corrían a cargo de unas corporaciones semirreligiosas dedicadas a mantener el culto real. Son las ya citadas *Dionysiakoi Technitai*, que llegaron a adquirir gran poder y prestigio en Asia Menor durante esta época.

Para N. F. Parise, estas emisiones surgieron como respuesta a la introducción de la plata «stephanephoros», es decir, la acuñación ateniense llamada «estilo nuevo», anteriormente datada en el año 196 a.C. (11) cuya difusión estaba favorecida por la creación del puerto franco de Delos. Todo ello encajaría con el nuevo equilibrio establecido tras la batalla de Pidna.

Estas opiniones sobre la cronología inicial de los cistóforos son aún dudosas. Los numismatas opinan que las emisiones más antiguas de estas monedas podrían datarse en torno al año 200 a.C. y aun antes, iniciándose las acuñaciones quizás en Pérgamo (figura 1), aunque también se encuentran emisiones antiguas en Esmirna y Efeso (12). La más antigua mención de estas monedas hecha por los autores antiguos se remonta a la guerra de Roma contra Antíoco el Grande de Si-

ria, a principios del siglo II a.C., cuando, según Lenormant, en este momento los cistóforos constituían la mayor parte del numerario que circulaba en Asia Menor y en algunas partes de Grecia. Se cita gran cantidad de cistóforos en los botines obtenidos por diversos generales romanos. Así en el triunfo de *Manius Acilius Glabrio* sobre Antíoco y la Liga Etolia (Livio XXVII, 46), en el 190 a.C.; en el de *L. Aemilius Regillus* en su victoria sobre la flota del rey de Siria (Livio XXVII, 58) y también en la de *L. Cornelius Scipio Asiagenes* después de su victoria definitiva, en el 188 a.C. (13).

Dos años después, cuando *Cn. Manlius Vulso* recibió el triunfo tras su campaña contra los Gálatas, expuso con el botín de su armada, entre otras monedas, 25.000 cistóforos (Livio XXXIX, 7).

Para Momsem (14), estas cifras dadas por Livio son una conversión de otras monedas al sistema de cistóforos, en lugar de tratarse de estas monedas, y los cistóforos sólo comenzaron a emitirse tras la creación de la provincia romana de Asia, posiblemente para facilitar la circulación monetaria en dicha provincia.

Indudablemente, todas las ciudades que acuñaban cistóforos de plata en sus propias cecas no podían tener suficiente metal para lograr emitir una moneda buena y respetada fácilmente en el mercado.

Es de suponer que los reyes atálidas, dueños de importantes minas de plata, fueran quienes suministrasen el metal. De esta manera lograban un doble objetivo:

- a) Dar salida a esta plata.
- b) Contribuir a sostener un sistema monetario uniforme que facilitara el comercio, sin herir susceptibilidades en la política internacional, en especial entre los monarcas seléucidas. De esta forma, como sugiere C.B. Welles, se ofrecía como suplemento a la moneda seléucida otra moneda que, aunque dirigida y financiada por los monarcas atálidas, no era su moneda real, sino que aparecía como neutral e internacional (15).

Precisamente este carácter de neutralidad al que aspiraron las pri-

meras emisiones de los cistóforos obligaría a que ningún poder político, al menos de forma oficial, se ocupara de su acuñación monetaria. Por ello, los cistóforos siguiendo en cierto modo algunas tradiciones griegas, fueron emitidos bajo la advocación de diferentes divinidades: Artemisa, Demeter y Dionysos, y sobre todo, con la imagen de la serpiente. Para Lenormant, explicando estos tipos, la emisión de los cistóforos se hizo por influencia de las grandes corporaciones semirreligiosas, semi-teatrales y políticas a las que hemos aludido arriba: Las *Dionysiakoi Technitai*.

Según Cl. Preaux y Hansen, E. (16), se conocen dos importantes cofradías en el reino de Pérgamo: los *Philetairoi* de Tespies (OGIS 311) y los *Atalistai* de Teos (OGIS 326). Al menos estos últimos no son militares sino actores, *technitai*, de Dionysos (OGIS 325). La relación

de estos actores con los reyes se explica, según Preaux, porque en las fiestas reales se hacía llamar a estos artistas, pero las conexiones de los Atálidas con Dionysos y sus *technitai* han de ser entendidas también por el interés mutuo de ambos con Dionysos y la glorificación y exaltación de la monarquía y, desde luego, con un indudable poder económico (17).

También los Lágidas, como los Atálidas desarrollaron un «dionisismo real», y muchas asociaciones de *technitess* de Dionysos servían también al culto de sus soberanos, bien entendida de una manera griega, e incluso los Atalistas de Teos habían dedicado cerca del teatro un Attaleion o sede del culto a los Atálidas (18).

Desconocemos hasta qué punto estas corporaciones llegaron a contribuir en las primeras emisiones de los cistóforos, pero su poder econó-



Figura 2. Camafeo del cardenal Carpegna (Louvre). Proserpina con espigas y cápsulas de adormidera y Baco joven en un carro tirado por centauros. Se había identificado a Dionysos con el Iaco de Eleusis, al que se hacía hijo de Deméter, a quien se representaba como un niño. Así pues, Baco-Dionysos aparece dos veces en el ciclo de Eleusis: como joven esposo de Core en los dominios infernales, que vuelve a la tierra en las fiestas de Atras, y como niño mediador de los misterios en las Grandes Eleusinas. Siguiendo la tradición más vulgar, el Dionysos cretense era hijo de Deméter según Diodoro II, 63. Así nació la idea de hacerle hermano de Core al mismo tiempo que su esposa. Müller-Wieseler tomo II, pl. X, número 116. Sg. D. Saglio, figura 719.

mico y su influencia en la política atálida es evidente por estas emisiones monetarias. Esta dimensión económica se puede añadir al carácter religioso y social que tenían las asociaciones de comerciantes en el mundo helenístico, cuyo papel cosmopolita era evidente en el mundo comercial. Entre los templos y las bancas privadas y públicas en este momento parece que existió más colaboración que competencia, lo que viene a demostrar una vez más, la íntima conexión entre poder político, económico y religioso en el mundo antiguo, sobre lo que insistiremos más adelante (19).

Un posible antecedente de estas acuñaciones, influenciadas, si no dirigidas, por los *Dionysiaikoi Technitai* se encontraría en la ciudad de Cízico, donde existía una corporación religiosa de similares características. Aquí se emitió una moneda donde se mostraba la unión de Kore y Dionysos joven en un carro, arrastrado por centauros, en medio de una pompa báquica, precedidos por Eros. En esta misma escena se muestran espigas y adormideras, como la célebre escena representada en el camafeo del cardenal Carpegna, actualmente en el Museo de Louvre (figura 2) (20).

III. EL SISTEMA MONETARIO Y LOS TIPOS DE ACUÑACION

Los cistóforos, según Lenormant, pertenecen al sistema monetario rodio, basado en el dracma rodio de peso ligero, derivado del antiguo sistema monetario asiático. Por lo general, el peso del cistóforo está entre 12,5 gramos y 12,8 gramos. Son, por tanto, tetradracmas, según la unidad de 3,200 gramos aproximadamente, hecho que confirma plenamente la comparación de Festo (21) entre el valor del talento de los cistóforos y la moneda romana: «*Talentum atticum est sex milium denarium, rhodium et cistophorum quattuor milium et quingentorum denarium.*» Por lo tanto, un cistóforo era igual a cuatro dracmas ro-



Figura 3. Vaso de sardonice de la Biblioteca Nacional de París llamado «Copa de los Ptolomeos». Probablemente procede de Asia Menor. En medio de gran cantidad de objetos, preparados para celebrar la fiesta de Baco, como máscaras y vasos, aparece la cista mística, de la que escapa una serpiente. Sg. D. Saglio, figura 1195.

dios = tres dracmas áticos = tres denarios romanos. Su sencilla adaptación al sistema ático facilitó sin duda su pronta aceptación y su circulación en los mercados del Asia Menor.

Estas tetradracmas llevan el nombre de «cistóforos» porque tiene por tipo generalmente en su anverso, la Cista Mística, emblema esencial de los misterios dionisiacos, que está entreabierta y deja escapar una serpiente, rodeada de una corona de hiedra provista de corimbos. En la otra cara llevan *gorytós* (arco en su carcaj) entre dos serpientes cuyas colas se entrelazan, con las cabezas levantadas. El didracma (o demicistóforo) y el dracma llevan la *leonté* o piel del león de Nemea con la clava de Hércules en el anverso rodeada de una corona de pámpanos y el racimo de uvas en el reverso. También existen en la serie de los cistóforos trióbolos o hemidracmas, (figura 5) rodeada de una corona de pámpanos en el anverso y en el reverso un ramo de uvas con sus hojas (22).

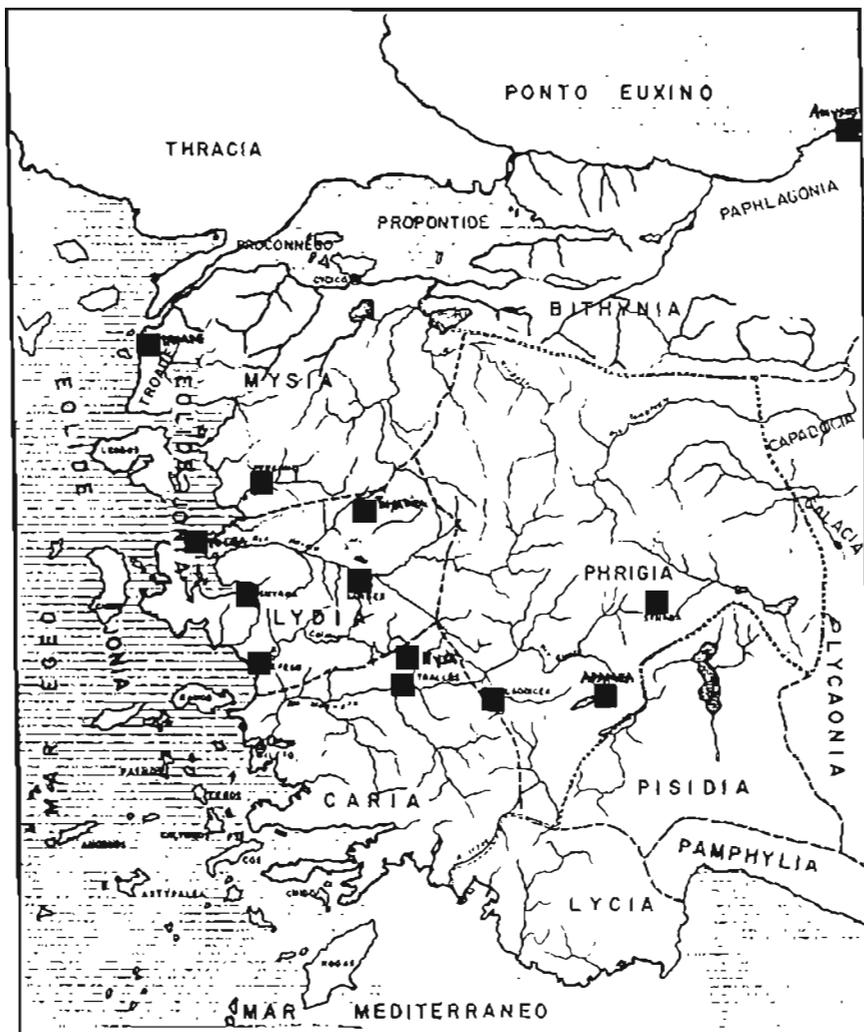
IV. LUGARES DE EMISION

La amplia difusión de los cistóforos queda demostrada por los varia-



Figura 4. Cista y serpiente sagrada. Misorium o plato de plata, descubierto en Rusia, en el distrito de Perm y conservado en la col. G. Sirogonoff de San Petersburgo. Una ménade que levanta la tapa de una cista, situada sobre una especie de altar redondo, da de beber a una serpiente sagrada. Sg. Lenormant, Fr., figura 1596.

dos lugares en los que se emitieron, aunque siempre dentro del marco del Mediterráneo oriental y más concretamente en el área de Asia Menor y el Egeo Oriental (mapa 1). No sólo se acuñaron en las grandes ciudades como Efeso, Pérgamo y Esmirna, sino también en ciudades más pequeñas, de provincias alejadas de Pérgamo como Caria, Ponto, Paflagonia o Creta. Estas ciudades tuvieron sus propias cecas y acuñaron sus propias monedas de



Mapa 1. Principales centros de emisión de cistóforos en Asia Menor.

plata. Los diferentes lugares en que se acuñaron varían según los autores (mapa 1) (figuras 6 A, B, C, D; figura 7). Serían, para Pinder:

- Misia: Parium, Adramitium y Pérgamo.
- Jonia: Esmirna y Efeso.
- Lidia: Thiaria, Sardes y Tralles.
- Frigia: Apamea y Laodicea.
- En Nysa, en las fronteras de Caria (23).

En general, todas son ciudades comprendidas en el dominio de los antiguos reyes de Pérgamo.

Según Schmidt (24) se añadirían Synada, Apolonia, Estratonicea y Focea. Pero también conocemos, según Plant, en el Ponto, acuñaciones de cistóforos en Amyzus, en Fenicia, en Sidón, en la Eólida, Tróade y también en Paflagonia y Creta (25).

Cuando Atalo III dejó en herencia su reino a Roma, los cistóforos se convirtieron en la moneda oficial y local de curso legal de la nueva

provincia de Asia. Se los distingue de las anteriores emisiones a partir de aquí porque llevan los nombres y los símbolos de las ciudades que las emiten, los nombres y monogramas de los magistrados monetales y la fecha de la Era en que se creó la provincia proconsular.

V. SIGNIFICADO RELIGIOSO

Aunque brevemente, por las características de este trabajo, no podemos dejar de aludir a los tipos iconográficos que se eligieron para ser grabados en anverso y reverso de los cistóforos. Estas figuras tienen importancia en nuestra opinión ya que las monedas no eran solamente parte de una transacción comercial, sino que ponerlas bajo la advocación de un dios determinado podía significar la garantía de los depósitos de los diferentes templos como veremos abajo (26). Tampoco debía herirse susceptibilidades, ya que estaban dedicadas a un amplio espectro de gentes de toda clase y condición, tanto a nivel social como espiritual. Por ello, los tipos elegidos para unas monedas a las que se quería dar la máxima difusión debían tener una significación universal, «internacional», y, aunque los nombres de las diversas divinidades elegidas como tipos no fuesen el mismo en los diferentes países, sus imágenes debían corresponder a la misma divinidad. Así, se eligieron



Figura 5. Medio cistóforo, acuñado en Tralles. En el anverso, ramo de uvas en un pámpano. En el reverso, la clava de Hércules y la piel de león de Nemea. Sg. Lenormant, figura 1560.

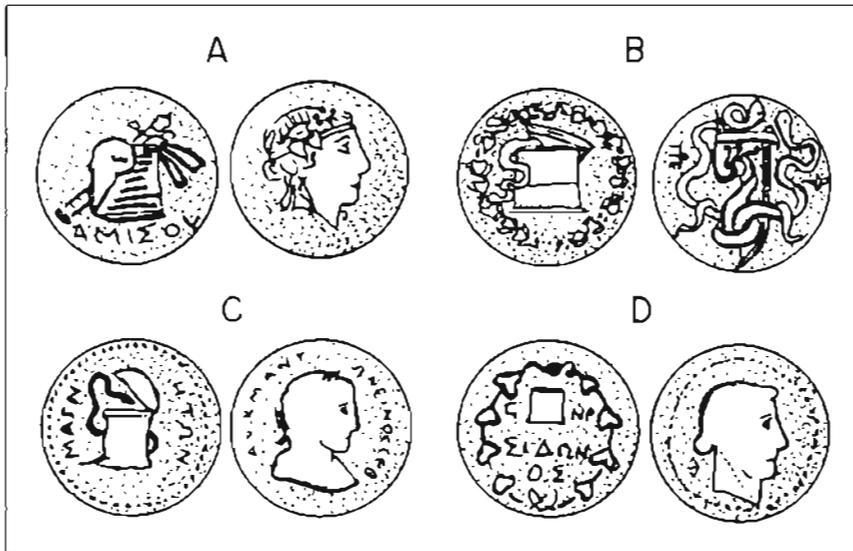


Figura 6. A: Cistóforo procedente del Ponto, Amysus. Reinado de Mitridates Eupator (163-120 a.C.). Anverso: cabeza del joven Diónyosos. Reverso: cista mística cubierta con la piel de pantera y detrás un tirso, objetos ambos relacionados con los ritos de Diónyosos. Sg. Plant, R., número 92083. B: cistóforo procedente de Misia, Pérgamo (200-130 a.C.). Anverso: Cista mística con la serpiente, rodeada de una corona de hiedra. En el reverso, arco en su funda con serpientes entrelazadas alrededor. Tetradracma. 165-195 gramos. Sg. Plant, R. números 2084. C: Cistóforo procedente de Jonia, Magnesia. Anverso: busto de Caracalla. En el reverso, cista mística con la serpiente. Sg. Plant, R., número 2085. D: Cistóforo procedente de Fenicia, Sidón (64-63 a.C./116-117 d.C.) Anverso: cabeza del joven Diónyosos. Reverso: la cista mística rodeada de una corona de hiedra. Sg. Plant, R., número 2086.

figuras que eran lo suficientemente conocidas en todo el área del Egeo y el Próximo Oriente, divinidades a las que no dudamos en calificar de «internacionales».

Entre estas divinidades, cuyo culto estaba ampliamente extendido por el mundo egeo-oriental destacan Artemis, Herakles, Demeter y Kore y sobre todo la hoja de vid, símbolo para Grecia y Roma de Diónyosos y también la serpiente. Como veremos más abajo, estas divinidades, al parecer tan dispares, están unidas por un tema común: La serpiente que las acompaña.

a) Diónyosos

El culto místico de Diónyosos, quizá a partir de la reforma religiosa de Epiménides, tuvo una profunda conexión con los misterios eleusinos, asociándose a Demeter y a su hija Kore o Perséfone, a la que se unía como hermano y esposo. Representado Diónyosos como un joven varonil, a veces barbado, (quizás por influencia de Herakles), así como dios

infernol, chthónico, se le confundía con Hades pero también recibía una clara influencia del Sabazios frigio, cuyo culto tiene carácter orgiástico y está asimilado con frecuencia en el mundo griego a Diónyosos (27). Según la leyenda, Zeus pasaba por haberse unido a Perséfone en forma de serpiente para engendrar Sabazios, y la serpiente era el animal sagrado de este dios y símbolo esencial de los misterios dionisiacos. La serpiente, además, está unida a la historia de Diónyosos desde sus mismos orígenes. Recordemos que en la leyenda griega, su madre, Semele, era hija de Cadmo y Harmonía, metamorfoseados en serpientes (28). Y que muerta Semele, Zeus salvó al feto cosiéndolo en su propio muslo hasta su nacimiento, tras el cual «le coronó con coronas de serpientes». Desde entonces, las Ménades, nodrizas de animales salvajes, se ciñen tal presa en sus cabellos trenzados (29). Y según una versión del destino de Diónyosos, propagada especialmente por los órficos, cuya autenticidad ha sido defendida por Dods, los Titanes tomaron al dios

recién nacido por orden de la celosa Hera, esposa de Zeus, y trataron de destruirle, transformándole, entre otros animales, en serpiente, y tras ser despedazado y salir de su sangre una granada, (también el fruto de Tammuz-Adonis-Rimnón), fue resucitado por su abuela Rhea (30). En los viajes de Diónyosos, cuando el dios viajaba en el barco de unos marineros tirrenos (31), éstos quisieron venderle como esclavo, pero entre otros prodigios que el dios realizó para impedirlo, los remos se convirtieron en serpientes.

b) La cista mística

La cista mística representada en los cistóforos servía para conservar los objetos sagrados y misteriosos utilizados en las ceremonias de iniciación del culto dionisiaco. Precisamente las más antiguas representaciones que tenemos de esta cista dionisiaca se encuentran en los cistóforos de plata a los que venimos aludiendo, siendo descrita bellamente en una obra de Catulo (32). En ellos se ve la cista, a menudo abierta, de la que sale una serpiente. Recordemos entre otros, el de Amysus, en el Ponto, que presenta la cista mística cubierta con la piel de pantera y un tirso, emitida durante el reinado de Mitridates Eupator (120-63 a.C.) y un cabeza de Diónyosos joven en el anverso. También la llevan los tetradracmas de Pérgamo, de 165-195 gramos de peso (200-133 a.C.), cuyo tipo repitió



Figura 7. Cistóforo procedente de Adramyitium. Sg. Lenormant, Fr., números 1545 y 1558.

gran número de ciudades: Efeso y Esmirna en Jonia; Thiattyra, Sardes y Tralles en Lidia; Apamea y Laodicea en Frigia; Nysa en Caria, etcétera... (33) (figuras 6 y 7, mapa 1).

En época romana, los cistóforos se mantuvieron durante algunos años. Así los de Magnesia, en Jonia, que emiten también el tipo de cista mística y serpiente y Sidón, en Fenicia (34).

c) La serpiente

La serpiente es un animal polivalente, unido a estos cultos de divinidades chthoníacas y de la fecundidad, de la salud como Asclepios e Hygia y a gran cantidad de héroes y semidioses, siempre como un animal benéfico, como una divinidad menor, dispensador de bienes, salud, profecías y casi divino, considerado como inmortal porque renueva su piel en primavera y renace cada año, como la vegetación.

Otras veces representa los poderes demoníacos, negativos, al mismo demonio que se opone a la divinidad principal de un panteón. También está ligada al mundo funerario, a la tierra y a la muerte. A menudo simboliza el Universo. Y también está unida a la idea de resurrección (35). Por ello, un análisis exhaustivo de su significación excedería los límites de este trabajo, además de nuestras posibilidades por el momento, ya que su multiplicidad y polivalencia dificultan enormemente la comprensión de su significado (36).

Recuerda M. Meslin al referirse a la simbología religiosa, que el simbolismo de la serpiente es uno de los más importantes de la historia de la humanidad y refiere cómo a un simbolismo fundado en los caracteres de un animal se une un cierto número de valores religiosos opuestos (37). A menudo, la serpiente aparece ligada al mundo de ultratumba, como símbolo de la muerte y como símbolo del mal. Su aspecto es repulsivo y se la asocia, generalmente, con la idea de un genio del mal, de las tinieblas, de un ser que proviene de la tierra.

Representa a veces el poder real, como en Egipto, y es objeto de cul-

to en numerosos santuarios de Grecia. Guarda las tumbas y se la asocia también con el espíritu de los muertos. Representa la fuerza fecundante de la tierra cuando es un símbolo fálico, extraña paradoja que la hace andrógina. Y, digamos, cerrando ya el círculo de estas múltiples significaciones (que no hemos agotado ni mucho menos), que también representa al sol, es el símbolo solar. Y la serpiente que se muerde la cola es el reflejo de la eternidad. Conocemos asimismo, por algunos textos clásicos, su conexión con elementos relacionados con la muerte, el sueño eterno y las creencias en la resurrección, es profética y está relacionada con la magia.

Pero también, en general, casi todos los autores están de acuerdo al afirmar el carácter funerario de la serpiente, y a menudo la vemos representada en estelas y aras funerarias. Pero es también la imagen benefactora del Buen Dios del *Agathos Daimon*, y su presencia significa la riqueza y la prosperidad de las casas, de los hombres que las habitan y de los pueblos y naciones que la adoran (38). Examinaremos algunos de estos valores de la serpiente:

c.1. *Serpiente-salud-fuerza-vida eterna*. La serpiente era el animal simbólico del dios de la medicina en parte del Próximo Oriente, como en Grecia y Roma. En Hatra este dios era Ba'al Shamim, que tiene como animal acompañante una serpiente (39).

Y también acompaña la serpiente al Asclepios sumerio, Ningizzida, dios chthoníaco e infernal, adorado sobre todo por Gudea de Lagash. Este dios secundario cayó en el ol-



Figura 8. Beto consagrado a Shadrafa procedente de una moneda de Siria, fechado en torno al 216 d.C. Sg. Seyrig en Syria 1949, páginas 17-28 y Du Mesnil du Buisson en MUSJ, Beirut, número XXXVIII, página 144, figura 1.

vido después de la época neosumeria, pero no la serpiente, que pasó al repertorio iconográfico de Oriente. Desde época arcaica, la serpiente está asociada a la fertilidad y a la abundancia.

Ambos dioses parecen ser el precedente del dios de la ciudad siria de Palmira, Shadrafa, dios de la salud, al que se representa a menudo con una larga lanza, alrededor de la cual se enrolla una serpiente (40) (figura 8).

Para Février (41), este dios puede relacionarse con Ningizzida, Reshef y Herakles, por sus atributos, el león y también la serpiente, que a veces acompañan a estos dioses, como vemos en el cuadro 1:

También entre las fuentes para el estudio de Shadrafa conocemos una inscripción, de Leptis Magna, bilin-

Ningizzida	Melkart	Cilindro	Ninurta
Sumer	Estela de Amrit su tipo deriva del Melkart chipriota que ha tomado el lugar de un Reshef sirio Ba'al de Tiro	Sello de Akkad, dios con piel de LEON y arco	Vencedor del LEON
Fertilidad Dios vencedor su animal: GRIFO			
Marduk Dios por excelencia de la victoria su animal es el GRIFO			Héroe persa vencedor del LEON

Cuadro 1. Dioses relacionados por sus atributos.

güe, dedicada en púnico a Shadrafa y en latín a Liber Pater, identificado con Diónyos en Roma. Y conocemos también en Dionysos chtónico, dios que muere y resucita, señor de la vida y de la muerte, como Deméter y Kore, que confiere a sus fieles, por medio de los cultos místéricos (en los que se muestra la cista mística de la que sale una serpiente), la inmortalidad (42).

En un bajorrelieve del templo de Ba'al en Palmira, en la parte izquierda, se ve la figura de Herakles, con la maza y la piel del león de Nemea. Este dios, en esta localidad, y desde antes de la época helenística, se identificó con Ból, que era también un dios de la salud (43). Y no olvidemos que a veces, también en la mitología griega, Diónyos y Herakles están unidos.

c.2. *La inmortalidad: serpiente-Apolo*: también Apolo Hierapolitano, como cuenta Macrobio, en el siglo V d.C. (*Saturnalia* I,17,67) del que describe una imagen que se veneraba en el gran templo de Hierápolis, en Siria, tiene doble relación con las serpientes. Se le representaba con barba. Detrás de él se encuentran águilas a punto de levantar el vuelo. Ante sus pies, una imagen femenina, a derecha y a izquierda de la cual se ven estatuas femeninas rodeadas por una serpiente (44). En la espalda lleva un manto que Macrobio describía como *velamentum gorgoneum*, en cuyo centro se aprecia una cabeza de Gorgona, con el cabello anudado bajo el mentón y dos pequeñas alas en lo alto, con toda la superficie del manto cubierta de escamas es decir, a juzgar por la imagen, «de piel de serpiente (escamoso)», lo que significaba, para Du Mesnil du Buisson, detentar la inmortalidad divina, pues se creía que la serpiente era un animal inmortal, ya que mudaba su piel todos los años y renacía siempre joven, episodio que vemos en la leyenda de Gilgamesh: cuando la serpiente se apodera de la Planta de la Vida, muda sus escamas y renace (figura 9).

c.3. *Las diosas: la fuerza, la naturaleza, la fecundidad: Anat-Ashtart-Atenea-Minerva-Artemis-Diana*. Este manto recuerda a la égida de los griegos, también recubierta de esca-



Figura 9. Estatua encontrada en Hatra, identificada con Ba'al Shamim. Anverso: a los pies de dios, la tierra, Ge, esposa de Urano, levanta los brazos, iniciando un rito mágico para obtener la lluvia. Reverso: el manto de piel de serpiente con la Gorgona en el centro. Sg. Du Mesnil du Buisson en MUSJ, Beirut, XXXVIII, pl. I.

mas, que es un atributo de Zeus y de su hija Atenea-Minerva (figura 10).

También desde la época arcaica, la serpiente fue uno de los atributos de esta diosa. Su égida estaba recubierta de piel de serpiente y estaba rodeada de serpientes vivas que se arrojaban sobre sus enemigos. También sus lugares de culto son muy parecidos en Fenicia y en Atenas. En los dos había un olivo, a cuyo tronco se enrolla una serpiente, tanto en Tiro como en la Acrópolis (45).

La Atenea Niké adorada en Tiro sin duda derivaba de Anat y hay que hacer hincapié en que en las monedas de esta villa ella está simbolizada por una gran lechuza que tiene bajo sus alas los cetros de Osiris y de los faraones. Era la protectora de los Ptolomeos (46).

Otra divinidad oriental relacionada con la serpiente es Anat-Ashtart. La diosa Anat, hija de El en Ras Shamra (Ugarit) es llamada en los textos «La virgen Anat». Du Mesnil du Buisson (47), la identifica con la Atenea griega. En el templo de Bei-

san, Anat estaba simbolizada por numerosas serpientes (48).

A menudo la diosa Ashtart es escoltada por numerosos animales atributo, entre ellos peces, escorpio-



Figura 10. Estatua de Minerva en mármol, de 200 centímetros de altura. Depositada en el Museo de Nápoles.

nes, palomas, serpientes o perros. Ello ha hecho que se la confundiese con Artemis cazadora, a la que Homero llama *Pótnia Therón* o «Reina de las bestias». Esto es, para este autor, un contrasentido iconográfico que se perpetúa hasta nuestros días (49) (figura 11).

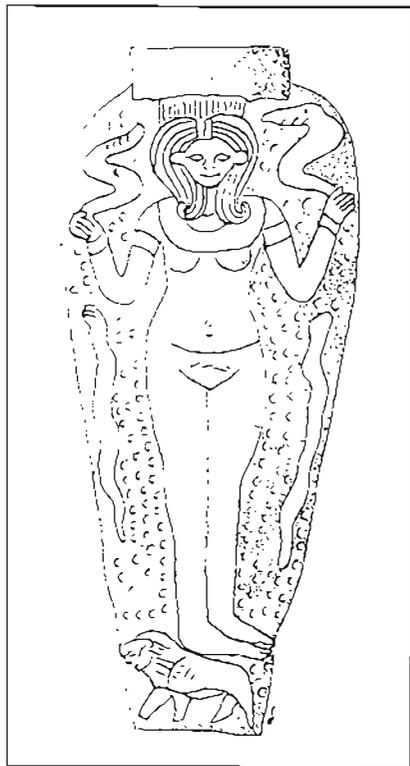


Figura 11. Pendiente de oro procedente de Ugarit (Siria), que representa a la diosa Astarté. Fechado en torno al 1500 a. C. Depositado en el Museo de Louvre.

c.4. *La fecundidad: el Agathos-Daimon:* además, la serpiente es el *Agathos Daimon*, el buen genio dispensador de bienes y dador de riqueza, tan popular en Oriente durante época helenística como en Roma, al que vemos frecuentemente representado en los lararios de Pompeya (50) (figura 12).

c.5. *Como tipo numismático:* la serpiente aparece también como tipo en diferentes monedas griegas desde época temprana hasta bien avanzada la época romana, acompañando a diferentes dioses como Asclepios, Mercurio, alrededor del *omphalos* de Delfos, la cabeza de Atenea, Apolo, etcétera... (51).

Vemos pues, que las divinidades cuyas imágenes son representadas



Figura 12. Moneda de Egipto, Alejandría (54-68 d. C.). En el anverso: busto de Nerón Claudio. En el reverso: la serpiente Agathos Daimon con cápsulas de adormidera. Tetradracma.

en los cistóforos están relacionadas, de una manera u otra, por la mitología o la iconografía, con la figura de la serpiente. Esto explicaría su presencia en las monedas, por ello, durante la dominación romana de Oriente siguió utilizándose la serpiente en los cistóforos, un tipo que era familiar tanto a los ciudadanos romanos como a los griegos y orientales. Y, aunque es difícil averiguar hasta qué punto la serpiente es representada en los cistóforos por sí misma, como genio protector o como símbolo benefactor de las divinidades protectoras de la ciudad en que se acuñaba dicha moneda, el hecho de su presencia hace evidente su importancia a nivel internacional, hasta el punto de ser un tipo constante en los reversos, mientras las diferentes divinidades aparecen en las diversas ciudades, pero no de forma continuada.

El significado religioso de los cistóforos queda, pues, patente, en las estampaciones monetarias de sus caras. Además de la citada cista mística y la serpiente, ciertas emisiones de cistóforos representaban en sus anversos a diferentes divinidades: la cabeza del joven Dionysos, en Amyssus y Sidón; en otras monedas, como las emitidas en Lidia, aparece la cabeza de Deméter, rodeada de sus atributos: espiga y adormidera o simplemente se encuentran los atributos y símbolos de estas divinidades: espigas, racimos de uvas, la clava de Hércules...

Mención especial y de indudable significación merecen las primeras emisiones de los cistóforos de Efeso (52) que nos proporcionan algunas de las representaciones más antiguas de Artemis, diosa protectora de la ciudad. En algunas emisiones,

la figura de la diosa ocupa toda la superficie del anverso, con su característico *polos* y *epelides* y sus emblemas. En el reverso aparece la cista mística rodeada de dos serpientes entrelazadas. En otras emisiones, el busto de Artemis se encuentra a la derecha de la cista mística.

VI. SIGNIFICADO ECONOMICO

Junto a la indudable importancia del significado religioso que encontramos en los tipos de los cistóforos, es indudable que estas emisiones monetales, como toda moneda, tenían como trasfondo unos claros fines económicos que no podemos desestimar.

A medio camino entre la significación religiosa y económica de los cistóforos, debemos tener presente, una vez más, que las monedas fueron puestas bajo la advocación de determinadas divinidades, cuya devoción y prestigio llenaba todo el área del Egeo. Sus templos fueron, en múltiples ocasiones, garantes de los depósitos bancarios, cuyas operaciones económicas jugaron un papel importante en la economía de la Antigüedad.

Según Bogart (53), como lo hicieron los santuarios en la antigua Mesopotamia, también los templos griegos se ocuparon de operaciones bancarias y a menudo se les ha denominado «banqueros sagrados».

Entre los más ilustres se encuentra el Artemisión de Efeso. La seguridad de sus depósitos era tal que muchos autores griegos, desde Aristófanes en el siglo V a Elio Aristides en el siglo II d. C. hacen un elogio de ella. También los templos de Hera en Samos, Apolo en Delfos, Atenea Lindia en Rodas, de Atenea Alea en Tegea y otros tenían cámaras de depósito y cajas fuertes a disposición de sus fieles. Otros santuarios, como el templo de Apolo en Délos, han prestado sus fondos disponibles a Estados y a particulares. Las mismas operaciones se atestiguan para el templo de Zeus en Olimpia, de Artemis en Sardes, de Atenea en Priene e Ilión, de Apolo,

Atenea y Artemis en Halicarnaso y también otros santuarios menores, como los de Mirrinonte en el Atica, el de Distos cerca de Eretria, el de Apolo en Cartaia, en la isla de Céos, etcétera... han hecho fructificar sus fondos prestándolos a interés. También algunos templos emitieron monedas, acuñando sus depósitos de plata, que llevan su efigie o su leyenda. Por ejemplo, los de Olimpia y Heraia, el Apolo de Didyme, en Mileto y las emisiones de la Amphictionia de Delfos. Según Bogaert (54), 24 templos griegos se ocuparon de operaciones bancarias y solamente de tres: Delfos, Efeso y Priene, se atestiguan depósitos y préstamos. Hay más precisión para el de Efeso, ya que Artemidoro de Efeso (siglo II a.C.) y Dion Crisóstomo (40-112 d.C.) afirman que los depósitos permanecían intactos en las cámaras acorazadas del Artemisión y que la ciudad no los tocaba (55).

También los atenienses, tras el desastre de la expedición a Sicilia de Alcibiades, tomaron préstamos del santuario de Atenea. Y recuerda también Bogaert algo a nuestro parecer, de capital importancia: que desde el punto de vista económico, operaban más como capitalistas que como banqueros. Y que su papel en la vida económica de la antigüedad no debe ser desestimado (56).

Más adelante, el mismo autor indica que no existen pruebas documentales de préstamos sagrados de Artemis en Efeso antes del año 85 a.C. aunque han podido realizarse ya desde el siglo V a.C., pero se inclina a pensar que los préstamos por parte de Artemisión del Efeso no son anteriores a la época helenística (57).

En cuanto a los templos griegos en general, los préstamos se atestiguan desde el siglo VI (58). Estos trabajaban con sus propios capitales y a la vez que con los de fundaciones piadosas que se les otorgaban.

En este radio de acción, en torno al Egeo y a la costa de Asia Menor, donde se encuentra una gran parte de estos importantes templos que realizaban operaciones «bancarias», circulaba el cistóforo. Tal coincidencia nos parece que no puede de-

berse sólo a una casualidad. Y tal vez es posible aventurar que se debió a la conjunción de factores políticos, religiosos y económicos.

Si tenemos en cuenta, como dice Bogaert, el poder capitalista de los templos y su papel en la vida económica de la Antigüedad, y el valor religioso del cistóforo, la conexión entre ambos parece clara (59).

También, los cistóforos, además de conseguir la uniformidad de la moneda en el mercado de Asia Menor y dar salida a la plata atálica, los reyes Atálidas, los Seléucidas e incluso las ciudades y los pequeños reinos aliados a los mismos, aspirarían a otras ventajas de carácter comercial. Por ello, los numismatas apuntan la existencia de la política mercantil tras estas operaciones monetales.

Todo ello hace presumir la existencia de un pacto de tipo económico entre los monarcas Seléucidas y los Atálidas de Pérgamo.

En esta época, el Imperio Seléucida dominaba una gran parte del mercado del Mediterráneo oriental, tras la decadencia macedónica y el declive del comercio ptolemaico. Sin embargo, los reyes sirios necesitaban suplir con urgencia el vacío que dejaban estas potencias en el mercado internacional.

Los reyes Atálidas proporcionarían una rápida y segura difusión de una moneda de plata que reemplazaría en su circulación a la de los Ptolomeos. Exigiría a cambio, de los reyes Seléucidas, que les facilitarían el acceso al comercio caravanero árabe, indio y chino, que llegaba a Oriente por sus territorios hacia Pérgamo y otras ciudades bajo su influencia, teniendo acceso a sus rutas comerciales tanto por tierra como por mar (60).

Aunque conocemos los esfuerzos de los Ptolomeos para atraer el comercio caravanero, especialmente el árabe, controlado por los nabateos de Petra, hacia Egipto y la indudable importancia de Alejandría, las grandes vías comerciales provenientes de Oriente atravesaban Asia Menor hasta los emporios anatólicos de Esmirna, Efeso, Tralles y Mileto.

Cuando Siria pasó a formar parte del Imperio Seléucida, creada la vía de Palmira, las caravanas fueron

controladas por la política económica de los reyes seléucidas y, por ende, de los Atálidas. Esto explicaría la expansión geográfica de los cistóforos, que se extendieron desde el Ponto a Fenicia (mapa 1). Y el pacto comercial, al mismo tiempo que beneficiaba a Pérgamo y sus aliados, evitaba el progreso comercial de los puertos rivales: Rodas, Alejandría y Delos.

La política económica de los Atálidas fue, sin duda, acertada: logró una gran prosperidad para el reino de Pérgamo, demostrada por la riqueza de su capital y las actividades artística y cultural de sus reyes, que hicieron de Pérgamo una de las ciudades más florecientes del mundo antiguo.

VII. LOS CISTOFOROS EN EPOCA ROMANA

Cuando Atalo III dejó en testamento su reino al pueblo romano (167 a.C.), los cistóforos cambiaron. Y con el curso del tiempo, de monedas ciudadanas pasaron a ser la moneda oficial y local de curso legal en la nueva provincia romana de Asia.

Esta moneda es diferente de las emisiones anteriores, distinguiéndose ahora por llevar impreso el nombre y símbolo de sus lugares de emisión, así como el nombre y monograma del magistrado monetario y la fecha de la Era en que se creó la provincia proconsular.

Por todo ello, se puede decir que pasó, de ser una moneda helenística y ciudadana, a ser una moneda romana y provincial, aunque se permitió mantener ciertos caracteres peculiares.

Hacia mediados del siglo I a.C. se introdujeron modificaciones en la fabricación de los cistóforos:

a) Se escribe en latín el nombre de los procónsules de las dos provincias donde se acuñaban las monedas, de la provincia de Cilicia en la que estaba comprendida Frigida, y de la provincia de Asia, que comprendía Misia, Jonia y Lidia.

Entre estos nombres de procónsules está el de M. T. Cicerón, que

figura en los cistóforos de Apamea y Laodicea (figura 13, cistóforo proconsular de Cicerón, acuñado en Apamea). En el cistóforo de Laodicea figura con el título de *imperator* que se hizo atribuir tras una pequeña victoria en una escaramuza con sus soldados (61). Según las noticias de sus cartas, parece que estas monedas no eran bien recibidas por los banqueros romanos.

b) Además, sobre los cistóforos proconsulares de la provincia de Asia, en lugar del arco en su estuche (*gorytos*), las serpientes rodean ahora entre sus pliegues un símbolo que cambia cada año (62): un águila legionaria, un trílope sobre el que se ve una águila legionaria, un edículo períptero, etcétera...

c) Tras estos cambios se llega a los tetradracmas que mantienen en el anverso, en la corona de hiedra, la cabeza de Marco Antonio en lugar de la cista mística y en el reverso, entre las dos serpientes, la cabeza de Octavia, o bien en el anverso las dos cabezas unidas de Antonio y Octavia y en el reverso las dos serpientes rodeando la cista mística y sobre ella una imagen de Baco (figura 14)

d) Tras la derrota de Marco Antonio, Octavio hizo acuñar dos monedas:

— Un trióbolo o hemidracma del sistema de los cistóforos que lleva en el anverso su cabeza y en el reverso una victoria de pie sobre la cista que rodean las dos serpientes, con la leyenda *Asia Rezepta* (figura 15)

— Un tetradracma que lleva en el anverso la cabeza de Octavio con la leyenda *IMP(erator) Caesar DIVI FILIUS CONSUL VI LIBERTATIS P(ropuli) R(omani) VINDEX* y en el reverso, en una corona de olivo, una figura de la Paz, con un caduceo y tras ella la cista abierta de la que escapa una serpiente (figura 16)

e) Las dos monedas citadas anteriormente son las últimas, para Lenormant, a las que se puede designar con el nombre de cistóforos. Después de la organización completa del poder imperial, la provincia de Asia no perdió de repente el derecho a tener su propia moneda de plata. Hasta el reinado de Hadriano se continuó acuñando tetrac-

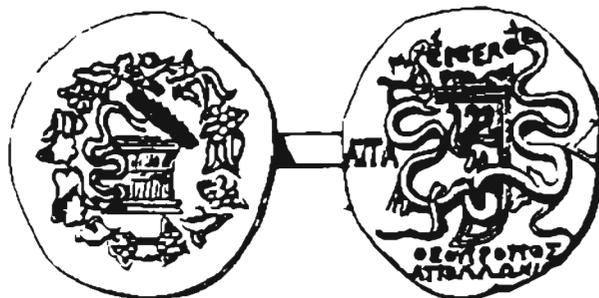


Figura 13. Cistóforo proconsular de M.T. Cicerón, acuñado en Apamea. Sg. Lenormant, Fr. figura 1561. Los mismos tipos aunque con marcas diferentes son los analizados por Kleiner, F.S. en «The Last Cistophori of Apameia», en Greek Numismatic and Archaeology cit. pl. 14.

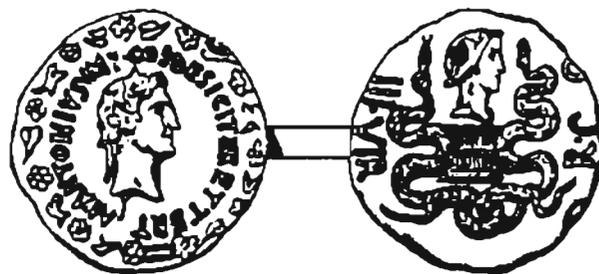


Figura 14. Cistóforo de Antonio y Octavia. Sg. Lenormant, Fr. figura 1562.

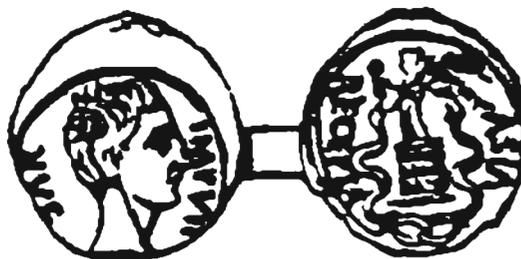


Figura 15. Octavo de Cistóforo de Octavio. Sg. Lenormant, Fr. figura 1563.



Figura 16. Cistóforo de Octavio, cuya efigie figura en el anverso. En el reverso, en una corona de olivo, está representada la Paz (Pax), con un caduceo en la mano derecha y tras ella, la cista mística entreabierta de la que escapa una serpiente. Sg. Pinder, Cistophor. pl. III, número 4, Lenormant, Fr. figura 1564.

mas pertenecientes al mismo sistema de peso que los cistóforos. Pero la cista, que era ya algo casi secundario en las monedas de Antonio y Octavia, desapareció completamente de los tetradracmas imperiales, equivalentes siempre a tres denarios. Estas monedas, salvo en el peso y su naturaleza, ya nada tenían de griegas y eran completamente parecidas a las acuñadas en Roma. Las leyendas son completamente latinas: en el anverso se ve la cabeza del *Princeps* reinante y en el reverso

tipos varios, pero siempre subordinados a la efigie de éste.

La serie se interrumpió algún tiempo durante los gobiernos de Nerón y Vespasiano, que intentaron sustituir por estas piezas los dracmas y didracmas, llevando la indicación de su valor y talladas sobre el patrón un poco diferente que se usaba en el taller provincial de Cesarea de Capadocia. Pero la tentativa no dio resultado y tras Vespasiano, se volvió a fabricar los tetradracmas del antiguo patrón (64).

En época de Hadriano se procedió a controlar los cistóforos que aún existían y circulaban en la provincia de Asia. Los que habían perdido mucho peso fueron retirados. Los que estaban usados pero cuyo peso era aún aceptable, se volvieron a marcar y siguieron en circulación. Después de Hadriano ya no se acuñaron tetradracmas provinciales, pero la utilización de los antiguos continuó en el interior de la provincia al menos hasta la gran crisis del siglo III (65).

NOTAS

(1) Sobre los contactos egeo-orientales cfr. Poyato Holgado, C., y Vázquez Hoys, A. M.: *Introducción a la Arqueología ***. Bronce Medio y Reciente*. Madrid, Ed. Ramón Arceles 1989, *passim*. Cfr. el conflicto entre un dios del ciclo y un monstruo marino como reflejo de las relaciones comerciales en Del Olmo Lete, G.: *Mitos y leyendas de Canaán según la tradición de Ugarit*. Ed. Cristiandad, Madrid, 1981, para este autor, reproduce, sin duda un contraste o crisis natural vivida con especial intensidad y urgencia por las gentes de Ugarit o tradicionalmente recibida y transmitida en su ámbito, cfr. Virolleaud, Ch.: *Légendes de Babylone et de Canaán*, París, 1949, páginas 75-85; Obermann en *Jaos* 57, 1947, páginas 205-206; Gese, H.: «Die Religionen Altassyriens», en Gese, H.; Hofner, M., y Rudolph, K.: *Die Religionen Altassyriens, Altarabians und der Mandäer*. Stuttgart 1970; también Caquot, A.; Szymer, M., y Herdner, A.: *Textes ugaritiques I: Mythes et légendes*. París 1974, páginas 114-117, 187 y siguientes. Para Vine, K.: *The Establishment of Baal at Ugarit*. Dis. 1965, Michigan, páginas 192-195 y *passim*, el mito tiene un sentido histórico y refleja el ascendiente político-social logrado por los comerciantes amorreos, llegados a Ugarit, sobre los nativos, con la ayuda de los emigrantes del Egeo.

(2) Rostovtzeff, M.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa Calpe 1967, tomo II, página 710.

(3) Regling, K.: «Münzenwesen» en *RE* XVI, 471 y 475.

(4) Rostovtzeff, *op. cit.*, página 710.

(5) Preaux, Cl.: «Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-145 a. J. C.)». Ed. Nouvelle Clío, Presses Univ. de France 1978, tomo I, página 291.

(6) Robert, L.: «Études de Numismatique Grecque», 1951, página 143 y siguientes.

(7) cfr. Polibio XXX, sobre las preocupaciones rodias, XXX. 4; sobre la sanción

a Rodas por parte romana cfr. Polibio XXX, 31:

1934; id.: «Hellenistic Tarsus», *Mélanges de l'Université de St. Joseph*. Beirut 1962, páginas 41-76; id.: «The Ptolemaic Administration of Egypt», *Journal of Juristic Papyrology* 3, 1949, páginas 21-47; id.: «The role of the Egyptians under the first Ptolemies», *Bulletin of the American Society of Papyrologyst* 7, 1970, páginas 405-510.

d'une esquisse des opérations de banque en Mésopotamie. A. W. Sijthoff, Leydo 1966, páginas 43-63.

(27) Sobre Sabazioz cfr. Jonhson, S. E., en ANRW II, 17, 3, páginas 1583-1613 y en las páginas 1316-17 del mismo tomo la última bibliografía sobre este dios.

(28) Eurípides, *Bac.* v. v. 1330-1339 y 1354-1362; Apolodoro III 5,4; Ovidio, *Met.* IV, 563-603; HYG. *Fab.* 6.

(29) Eurípides, *Bac.* 100-101.

(30) García Sanz, O.: *Baco en Hispania. Economía y religión a través de las fuentes epigráficas, arqueológicas y literarias.* Tesis Doctoral inédita. Madrid 1989, página 13.

(31) Aunque según Tucídides IV, 109 eran de Lemnos y una parte del Atica.

(32) Catullo LXIV.

(33) Plant, R.: *Greek coin types and their identification.* Seaby Pu., London 1979, número 2083. También los números 2084, 2085, 2086, página 116: «Jars and vases»: Basquet, box, etcétera.

(34) Jonia, Magnesia. Número 2085 de Plant, *op. cit.* Emitidos de 198-217 d.C. En el reverso llevan la cista mística y serpiente. En el anverso el busto de Caracalla. En Fenicia, Sidón emite de 64/3 a.C. 116/7 d.C. el mismo tipo, con cabeza de Diónyos en el anverso. Plant *op. cit.*, número 2086.

(35) Burton Rusell, J.: *The Devil's Perceptions of Evil from Antiquity to Primitive Christianity.* London 1987; Geidion, S.: *El presente eterno. Los comienzos del Arte.* Ed. Alianza, Madrid 1981, página 118; Eliade, M.: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, I. Madrid 1978, página 471; Tovar, A.: *Vida de Sócrates.* Alianza Universidad. 1984, páginas 259-275. Véase, también entre otros, Dumézil, G.: *La religión romaine archaïque.* París, Payot, 2.ª ed. 1987, páginas 55, 56, 60, 61, 119, 300-301, 362-369, 505-507, 600-601; Grimal, P.: *Diccionario de la Mitología griega y romana.* Ed. Paidós, Barcelona, 1982, página 213; H. G. Gundel: *Weltbild und Astrologie un den griechischen Zauberpapyri.* Munich 1968, página 78, *op. cit.* por Fernández Marcos, N.: «Motivos judíos en los papiros mágicos griegos» en *Religión, superstición y magia en el mundo romano.* Departamento de Historia Antigua. Servicio de Publicaciones. Universidad de Cádiz. Cádiz 1985, páginas 101-127, página 115, número 69.

(36) Vázquez Hoys, A. M.: «La serpiente en el mundo antiguo I. La serpiente en las religiones mediterráneas», en *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología* número 14, diciembre 1981, páginas 33-39; id. Bru Romo, R.: «The representation of serpent in Ancient Iberia», *International Conference of Archaeology and Fertility Cult in Ancient Mediterranean.* Malta, 2-5 septiembre 1985, ed. Malta 1986, páginas 305-314; id.: «From earth to heaven: The snake and the indoeuropean religious change», *The transformation of European and Anatolian culture, 4500-2500 B.C.* organized by the Indo-

European Studies Program, University of California, Los Angeles in conjunction with University College, Dublin. 15-21 septiembre 1989. En prensa; id.: «La serpiente en las religiones antiguas: ¿Genio o Demonio?» *Actas del Congreso de la Asociación Arys.* Departamento de Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid, diciembre 1989. En prensa; Vázquez Hoys, A. M.: Muñoz García-Vaso, J.: «La serpiente en las representaciones mitraicas», *Espacio, Tiempo y Forma.* Serie Historia Antigua, número 2, 1990, en prensa; Vázquez Hoys, A. M.: «Los cultos a la serpiente en la Península Ibérica», *IV Congreso Galaico Miñota.* Lugo, 26-29 septiembre 1990, en prensa.

(37) cfr. Meslin, C.: «Hermeneutica des symboles religieux» en Ménard, J. E. (ed.): *Le symbole.* Faculté de Théologie Catholique, Strasbourg 1975, páginas 24-32, página 26.

(38) Frazer, J.G.: *El folklore en el Antiguo Testamento.* Fondo de Cultura Económica, México 1981. «La caída», páginas 26-49; caída del hombre 26-27, 29, 30-31, 540, 541; la serpiente muda piel. 30, 44, 46, 47; inmortal, 30, 40-42, 46, 48, en arca Deucalión, 93; espíritus del agua adoptan su forma 341.

(39) Du Mesnil du Buisson: «De Shadrfa, dieu de Hastra, aux Ite. et IIIe siècles après J.C.», en *Mélanges de l'Université Saint Joseph* 38, 1962, páginas 143-160; Sobre la serpiente de bronce cfr. Kaufmann, Y. *The Religion of Israel* páginas 83, 137, 147-48, 237, 286. Sobre los beneficios del veneno de las serpientes cfr. Folch Andreu, R.: «Las serpientes y sus venenos. Medicamentos que con ellos se han preparado». *Farmacia nueva* números 273, 274, 275, 1959.

(40) Starcky, J.: «Autour d'une dédicace palmyrénienne a Sadrafa et à Du'Anat», *Syria* 26, 1949, páginas 43-85, página 73, venerado sobre todo por Gudea, príncipe de Lagash (Cfr. Van Buren, D. la monografía sobre el dios sumerio de la fertilidad, en *Iraq* I, 1934, páginas 60-89; también en la misma revista Frankfurt, H. páginas 8-17 y Coppens, J.: La connaissance du bien et du mal et le Péché du Paradis», página 71; Cfr. Van Buren, E.D.: «Entwined serpents», *Archif für Orientalforsch.* X, 1935-36, página 54 y passim.

(41) Février, J.G.: *Religion des Palmyréniens*, cit. por Starcky *op. cit.*, página 68.

(42) La inscripción de Leptis Magna ha sido publicada por G. Levi della Vita en *Basor* 87, octubre 1942, página 29 y siguientes. Se trata de una inscripción muy interesante, ya que es bilingüe y está dedicada «al Señor Shadrfa», que en el texto púnico corresponde a *Liberio Patri* en latín (Liber Pater, la antigua divinidad itálica de la fecundidad, más tarde identificada con Diónyos, cfr. Levi della Vita, en *Basor* 87, octubre. 1942, página 31. Sobre el Diónyos Chtónico cfr. Metzger, H. BCH 1946, página 296. La serpiente está tam-

bién asociada a Diónyos, cfr. Picard, Ch. en BCH 1946, páginas 257-258). En Leptis Magna, Sadrafa es el patrón de la ciudad al mismo tiempo que Heracles-Melkart, según señala G. della Vita, por lo que debió venir a Africa con los primeros colonos fenicios.

(43) Du Mesnil du Buisson, C. de: «De Shadrfa, dieu de Palmyre, à Ba'al Shamim, dieu de Hatra, aux Ite. et IIIe siècles après J.C. *Mélanges de l'Université de Saint Joseph*, Beirut, 38, 1962, páginas 143-160, página 149.

(44) Seyrig, H. *Syria* 1949, páginas 17-28. Las águilas figuran también a veces a los lados del *omphalos* de Delfos sg. Seyrig, en *Syria*, 1949m figura 3, página 29. En el reverso de la medalla un águila tiene a la divinidad, según Du Mesnil du Buisson, un símbolo de inmortalidad, en algunos casos, una serpiente, cfr. Du Mesnil du Buisson C, de: «De Shadrfa, dieu de Palmyre, a Ba al Shamim, dieu de Hatra, aux Ite. et IIIe siècles après J.C. *Mélanges de l'Université de Saint Joseph*. Beirut, 38, 1962, páginas 143-160, página 146.

(45) Cook, *Zeus*, III, parte I, 1940, páginas 749-763, figuras 539-540, Para Tirc, ver Nonno, *Dionysiaca*, canto XL, trad. Marcellus, V, página 150.

(46) Du Mesnil, *Études*, página 136.

(47) Du Mesnil, *Études*, páginas 48-53.

(48) Du Mesnil du Buisson, *Études sur les dieux phéniciens*, París, 1973, página 136; Vincent, L. H.: «Les fouilles américaines de Beisan», en *Revue Biblique* XXXVII, 1928, páginas 123-138; id.: «Le Ba'al cananéen de Beisan et sa parèdre», *Revue Biblique* XXXVII, 1928, páginas 506-543.

(49) Du Mesnil, *Études*, página 218.

(50) Según Cook (Cook, *Zeus*, 112, 1125) *Agathos Daimon* o «Buen Espíritu», era, originariamente, el antepasado masculino, llamado así de una forma eufemística. Era dispensador de fertilidad y riqueza, una suerte de Plutón o Zeus Chthonios; cfr. *Plut. Timol.* 47 *Cornut* 27; *AEL. Var. Hist.* IX, 39; *PAUS.* IX, 39, 4; Tenia como símbolo la serpiente o el falo, como los *Genii Locorum*, emblemas ordinarios de fecundidad según E. Saglio. Según Suidas y Hesiquio (s. v. *Agathou Daimonos*), y Diodoro (*DIOD.* IV, 3; *ATHEN.* II, 7, 384; XV, 692f, 693e; *ARISTOPH. Equ.* 85) los antiguos tenían la costumbre de hacer una libación al Buen Espíritu después de comer. Le estaba dedicado el segundo día del mes y en Atenas sobre todo, el día en que se gustaba por primera vez el vino de la nueva cosecha. (*PLUT. Symp. qu.* VIII, 10.3). Puede aparecer también en plural, y según los datos arqueológicos fue adorado en Atenas, Beocia, Tespías, Tebas, Orcómenos, Levadeia, Tegea, Epidauró, Delos, Tera, Rodas, donde existía una asociación religiosa (ROSS, *Insc. Graec. Ined.* III, número 282) llamada *Agathodaimonistai*, bajo su advocación, cuya organización era la de los *thyasos*, en Sicilia (Siracusa y Palermo) y también en Alejandría (Según el PseudoCalístenes, I, 32, (Cod.

A); en Milasa (por una inscripción: CIG 2700b c) y Caria (también por una inscripción; cfr. Mitropoulou *op. cit.*, página 168).

Existía posiblemente una relación entre el culto de Alejandro Magno, héroe fundador de la ciudad de Alejandría y el del *genius loci*, el Agathodaimon de Alejandría, representado en forma de serpiente (cfr. Dunand, F.: «Les représentations de l'Agathodaimon», BIFAO. 67, 1969, páginas 9-48; tab. Taylor, L. R.: «The cult of Alexander at Alexandria», *Class. Phil.* 2, 1927, páginas 162-169; Kaerst, J.: «Die Begründung des Alexander und Ptolemaeer Kultes in Aegypten», *Rhein. Mus.* 52, 1897, páginas 51-58; Wilcken, U.: «Die Entstehung des hellenistischen Königskultes», *Sb. Berlin* 28, 1938, página 307 y siguientes; Visser, E.: *Götter und Kulte im ptolemäischen Alexandrien* 1938; Nilsson, M. P.: *Gesch. d. Griech. Rel.* 2, II; Fraser, P. M.: *Ptolemaic Alexandria*. 1972, citada por Goukowsky, P.: *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre 336-270 a. J.C.I.: Les origines politiques*. Nancy 1978, página 331.

El *Agathos Daimon* (el egipcio Knep) era adorado como patrón de Alejandría (Nock, A.D., *Conversion*. 1933, página 40)

En las monedas de Nerón del Egipto romano aparece una larga serpiente y una inscripción. Así, Nerón proclama que él es el Nuevo *Agathos Daimon* (cfr. Zoega, *Num. Aegypt.* tav. II, 9 y XII; Lenormant, *Trésor de numism. Iconogr. rom.* pl. XVI, 2; Sabatier, *Iconogr. imp.* XI, 20; cfr. Gerhard, «Ueber Agathodaemon und Bona Dea», *Abhandl. der Berlin. Akademie* 1847; id. *Gesammelte Abhandl.* 1868, tomo II, página 21; Preller, *Griechische Mythologie* I, segunda ed. página 482.

En forma de *Agathos Daimon* se representó también a Antinoo, el favorito de Adriano, según una estatua descubierta en la villa Adriana, conservada en el Museo de Berlín. Orr, D.G.: «Roman Domestic Religion of the Household Shrines», *ANRW* 17.2.1978, páginas 1592-1603; Harmon, D.P.: «The Family Festivals of Rome», *ANRW* 17.2.1978, páginas 1593-1603, para las serpientes en los cultos familiares.

(51) Plant, R. *op. cit.*, página 98.

(52) Sobre las primeras emisiones de los cistóforos de Efeso cfr. Fleischer, R.: *Artemis von Ephesos und Kultstatuen aus Anatolien und Sirien*. Leiden 1973, páginas 38-41 y taf. 50-53.

(53) Bogaert, R.: *Les origines antiques de la banque de dépôt. Une mise au point d'une esquisse des opérations de la banque en Mésopotamie*. A. W. Sithoff, Leiden 1966, páginas 43-63. Id.: *Banquiers et banquiers dans les cités grecques* página 130, número 3, nota 26. Sobre los banqueros sagrados cfr. página 130, número 3.

(54) Bogaert, *Les origines antiques, op. cit.*, página 131.

(55) Esirabón XIV, I, 22; Dion Crisóstomo XXXI, 54-55.

(56) Bogaert, *op. cit.*, página 131

(57) Bogaert, *op. cit.*, página 135.

(58) Cicerón, *De Legibus* II, 16; Blinkenberg, Chr.: *Die Lindische Tempelchronik*, Bonn 1915, página 4 = Lindos II, Berlin, Copenhague 1941, número 7B.

(59) Se conocen también diferentes monedas «sacerdotales». Como la serie de tetrádracmas áticos acuñados por la ceca de Babilonia, con las figuras de Ba'al-tars en el anverso y en nombre del sátrapa Maceo en arameo, autorizada por Alejandro Magno. Su circulación sería local prevalentemente, acuñada en relación con el templo de Bel-Marduk. Su emisión continuó en Babilonia bajo Seleuco y en menor medida en Susa y Ecbátana, en relación, según la hipótesis de una moneda sacerdotal, con los templos de Artemisa-Nana y Ene-Anaitis. Cfr. Parise en Bianchi-Bandinelli ed. *Historia y civilización de los griegos* tomo VIII, *op. cit.*, página 97.

(60) Bogaert, R.: «El comercio internacional y la banca», en Bianchi-Bandinelli, R.: *Historia y civilización de los griegos* tomo VIII, páginas 67-90, sobre todo páginas 76-87.

(61) Cicerón, *Ad fam.* II, 10; V, 20; *Ad Att.* II, 8 y 16; XI, 1.

(62) Barclay Head, *Chronology sequence of the coins of Ephesus op. cit.*, página 73.

(63) Kleiner, F. S.-Noe, S. P.: «The

Early Cistophoric Coinage», *ANSNS* 14 New York 1977.

(64) Plant, *op. cit.*, número 2326. Isla de Caria. Cos. 98-117. D. C. Cabeza de Trajano en anverso/Rev. Trípodas con serpiente enrollada; número 2422. Sicilia, Lilibeo. C. 241 a.C. Anverso Trípodas y a su alrededor serpiente/Cabeza de mujer velada; número 2462. Misia, Pérgamo. 193-217. Rev. Serpiente rodeando trípodas/Busto de Julia Domna. AE 23. Sobre las monedas helenísticas cfr. Boehringer, C.: *Zur chronologie mittel hellenistischer münzserien 220-160 v. Chr.* Berlín 1972. Sobre los Lápidas cfr. Milne, J.G.: «The currency reform of Ptolemy II» *Ancient Egypt* 1928, páginas 37 y siguientes; Preaux, Cl.: *L'économie royale des Lagides*. Bruxelles 1939; Reinach, T.: «Du rapport de valeur des métaux monétaires aux temps des Ptolomées», *Revue Études Grecques* 1928, 41, páginas 121; Sobre la economía capadocia en general cfr. Morkholm, O.: «Some Cappadocian Problems», *Num. Chron.* VII, 2, 1962, páginas 407 y siguientes; id.: «Some Cappadocian Die-links», *Num. Chron.* VII, 4, 1964, páginas 21 y siguientes; Simonetta, B.: «Notes on the coinage of the Cappadocian King», *Num. Chron.* VII, 1, 1961, páginas 9 y siguientes; Lewis, D. M.: «The Chronology of the Athenian new style coinage», *Num. Chron.* VII, 2, 1961, páginas 107 y siguientes; Sobre los Atálidas, cfr. Hansen, E.V.: *The Attalids of Pergamon*. Ithaca-Londres 1971, sobre los cistóforos cfr. páginas 216 y 475. «Remarks on some Cappadocian Problems.»

(65) Cfr. Kleiner, F.S.: «The Late Cistophori of Apameia», *Greeks Numismatic and Archaeology*. Essays in Honor of Margaret Thompson. Ed. by O. Morkholm and N. M. Waggoner. Ed. N. R. Wetteren, Belgium 1979, páginas 119-130. pl. 12-14. Kleiner, F. S.: «The dated cistophori of Ephesus», *ANSMN* 18, 1972, páginas 17-32; Pinder: «Ueber kaiserlichen Silbermedaillons der röm. Provinz. Asia», *Mém. de l'Acad. de Berlin* 1855, 572-631; Regling, K.: «Ein Kistophorenschatz aus der Provinz Brussa», *Frankfurter Münzzeitung* 34, Frankfurt 1932, páginas 506-10.

HIPOTESIS SOBRE LA RECONSTRUCCION DEL ARCO ROMANO DE MERIDA

Luis BERROCAL RANGEL
Universidad Autónoma de Madrid

ATRAVESADO en la moderna calle, este conocido monumento parece tan alto como enigmático, porque a diferencia del teatro, del anfiteatro o de los restantes famosos edificios emeritenses, difícilmente se puede concebir su antigua utilidad.

Construcción gigantesca, era tradicionalmente considerada como un arco por el que pasaban los generales tras sus victorias, un arco triunfal cuya construcción se adjudicaba al primero y más famoso de los hispanos que ostentaron el título de *imperator*: Trajano.

Toda descripción detallada del monumento debe comenzar por explicar que de su forma original apenas queda nada, limitándose sus restos al propio arco o, usando más correcta terminología, al *fornix*, término latino para el sistema de cubrimiento con dovelas, mientras la palabra *arco* servía para denominar la construcción formada por un *fornix*, un aparato decorativo y una inscripción (1). Con sus dovelas y apoyos se presenta como una bella bóveda de cañón, en la que ni enjutas, ni entablamento; ni friso, ni ático han sobrevivido a los avatares del tiempo (lámina 1).

La altura conservada alcanza 14,7 metros, si contamos los casi dos metros que están actualmente enterrados bajo la calle, mientras la anchura entre los límites de los bastiones (éstos se internan en las construcciones de las casas modernas colindantes) es de 13 metros y el grosor de 5,7 metros de los cuales casi cuatro cubren la bóveda de cañón. La luz es de 8,67 metros y el arco en sí lo componen 23 dovelas.

Su construcción muestra una buena obra de sillería de granito, sin

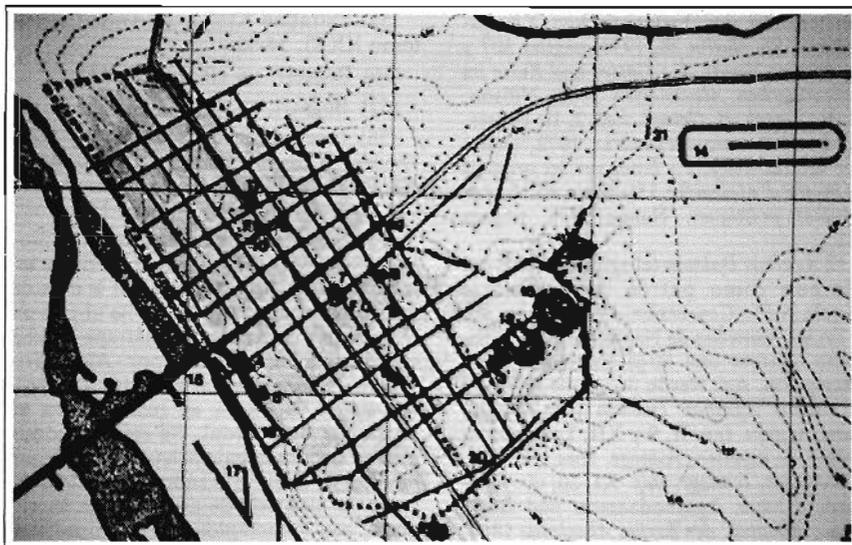


Lámina 1. Plano de Augusta Emerita, con el entramado de las cloacas conocidas y las principales construcciones conservadas. FC: Foro Colonial. FP: Foro Provincial. Con el número 10 está señalado el «Arco de Trajano».

hormigón que la cimente, excepto en la base. Estos sillares están perfectamente desbastados y acoplados, y no presentan señales de almohadillado.

Casi nada resta de los diferentes elementos decorativos. Cabe citar entre el peralte del Arco y las impostas de arranque, unos restos poco apreciables de pilastras en relieve. Además, las paredes del intradós en los pies derechos presentan un rehundimiento rectangular «que debía lucir relieves o inscripciones», en palabras de Mérida (2).

En las zonas exteriores, integradas en las casas lindantes, son apreciables huecos regularmente dispuestos, que demuestran que el arco estuvo recubierto de placas, posiblemente de mármol. Asimismo en los frentes exteriores, donde los agujeros se unen a grapas de plomo

para la sujeción de sillares, subsisten restos de los agarres de esta cobertura en casi todas las dovelas. Sólo durante las excavaciones realizadas en su base se documentaron, en el arranque de los pies derechos, las citadas placas de mármol blanco. Estos trabajos sirvieron para certificar que el arco se alzaba sobre una plataforma escalonada, a modo de *crepidoma*, que interrumpía el pavimento de una ancha calle. Esta calzada, hacia el norte, se ensancha «considerablemente debajo de las casas actuales, cual si correspondiera a una gran plaza», según informaba Macías (3).

En estas excavaciones, dirigidas por Mérida, se documentó una gran cloaca, que atravesaba perpendicularmente el Arco, corría bajo la citada calle, al sur y continuaba hacia el norte en dirección al río Al-

barregas, haciendo un quiebro como la misma vía. La cloaca desemboca junto al puente sobre este río, salida de las calzadas hacia el norte y hacia el oeste.

La constatación de la misma calle, más al sur, en la esquina entre las actuales Santa Eulalia y Forner, donde se documentó un pavimento con losas de diorita azul, traídas de las cercanías de la actual localidad de La Garrovilla, y la existencia de un porticado lateral de sencillas columnas de granito, así como la recia trama que mantienen las calles modernas, respetando el trazado romano y el paso junto al tradicionalmente creído Foro, hizo que ambos arqueólogos sospechasen que se trataba del *Cardo Máximo* de la Colonia (4), eje longitudinal principal de las tramas urbanas realizadas según los cánones romanos.

Obras recientes de restauración, encaminadas a liberar las estructuras incrustadas en las casas vecinas, permiten ver, al menos en uno de sus lados la existencia de una pequeña puerta, rematada por un Arco escarzano, de aspecto ciertamente tardío. Este dato posibilita concebir al Arco flanqueado por dos pequeños vanos laterales, en origen diseñados para permitir el paso de peatones en tan concurrida vía.

Es éste uno de esos escasos y hermosos ejemplos en que un elemento no define su entorno urbano, sino, por el contrario, es el área la que define al elemento.

Así, creemos que la constatación de la relación Arco-*Cardo Máximo* fue la que indujo a Mérida y a Márcias a iniciar conjeturas sobre la función de nuestro monumento.

Descartada por los eruditos su uso como simple Arco de triunfo, no cabe duda que ornamental y conmemorativo debió ser, a juzgar por los mármoles, ubicación y dimensiones.

Sin embargo sería A. Schulten, esta vieja personalidad que nos cautivó con su «Tartessos», quien, en una de las monografías con las que tocó algunos de los temas punteros de la Arqueología Española, modeló una primera interpretación urbanística de *Augusta Emerita* y en ella dio explicación al misterioso Arco.

Schulten, impresionado por las

teorías de moda a comienzos del siglo sobre la fundación de una *Roma Quadrata*, intuyó que siendo creada, Emérita, por y para los licenciados eméritos de las legiones V y X, debía, en su planta original, haber reflejado el esquema campamental supuesto para la Roma primitiva y comprobado en tantas ciudades creadas a partir de campamentos militares estabilizados.

La constatación de los dos ejes clásicos, aunque algo desviados de la orientación canónica, que se cruzan por encima de plaza de España, en un área de especial incidencia en hallazgos de edificios públicos definida como foro y de unas posibles puertas en los extremos de ambos ejes, permitieron postular una *Emerita Quadrata*, con forma más bien rectangular.

Dichas puertas serían: la llamada «de la Villa» y la del Puente sobre el Anas, en el *Decumanus*; el Arco de Trajano y un supuesto Arco conocido como Cimbrón en el *Cardo Máximo* (5). Nuestro monumento sería, así, puerta norte del recinto murado fundacional.

Del Arco Cimbrón se suponían dos grandes macizos situados entre las calles Bastimentos y Cimbrón, en el extremo opuesto del *Cardo*. Sin embargo lo que la tradición consideró como arco, a causa de la posible referencia filológica a las cimbras, ha sido descartado recientemente por Alvarez Martínez, quien ha demostrado que el nombre y los restos pertenecen al antiguo solar de una familia apellidada Cimbrón y documentada en Mérida en el siglo XVI.

La hipótesis de Schulten se mantuvo durante las siguientes décadas, pese a un artículo firmado por un relevante arqueólogo británico, Ian Richmond que, publicado en su país en 1930, sería esclarecedor para las investigaciones actuales (6).

Con una serie de razonamientos, extraídos de una corta visita a Mérida, Richmond postulaba por la fundación de una *Augusta Emerita* grande desde los comienzos.

Una de sus razones se debía a la necesidad de crear un bastión propagandístico que mostrara la fuerza de Roma a los peligrosos y bárbaros lusitanos. En ella se encuadra-

rían los levantamientos de monumentales construcciones como el teatro, el anfiteatro o nuestro mismo Arco. Mérida tendría la gran extensión que posteriormente nos muestran sus murallas del siglo IV d.C. sobrepasando las 80 Ha., y por tanto el llamado «Arco de Trajano» no sería puerta de la muralla, hoy localizada un centenar de metros más al Norte, aprovechando las condiciones y ventajas defensivas de la colina del Calvario.

Las excavaciones realizadas durante la última década en varios tramos de la muralla, así como la clara datación de monumentos como el teatro, anfiteatro, templo «de Diana», puentes, etcétera, que demuestran ser obras augusteas (7), dieron la razón a este investigador.

El Arco de Trajano sería por tanto un adorno de la calle principal de la ciudad y por su posición, mostraría el poderío romano a los lusitanos, célticos y vettones que procedentes del norte y oeste entrarán en ella.

Hoy no cabe duda que respondía, parcialmente, a este objetivo, pero el conjunto de sus funciones tardaría aún en esclarecerse. Este momento vendría condicionado por un conocimiento mínimo de la estructura urbanística de la Colonia, nivel que no se ha alcanzado hasta la década de los setenta, cuando se potenciaron excavaciones y estudios, a raíz de la celebración del bimilenario de la fundación colonial.

Ya Almagro Basch, en su famosa *Guía de Mérida*, apuntaba que la concentración de hallazgos arqueológicos en torno a la plaza del Parador, antigua de Santiago, podría responder a más razones que las simplemente fortuitas. La idea de la ubicación en esta zona de un segundo Foro, destinado a los asuntos y cultos provinciales de la Colonia, dado su carácter de capital de la Lusitania, cuajó durante la celebración del simposio del Bimilenario en 1975 (8) y ha sido Alvarez Martínez en sus recientes publicaciones quien se ha encargado de reafirmar esta posibilidad (figura 1).

Para este autor, el Arco de Mérida hay que verlo en la función que Mansuelli da a ciertos arcos, como definidores de un recinto concreto,

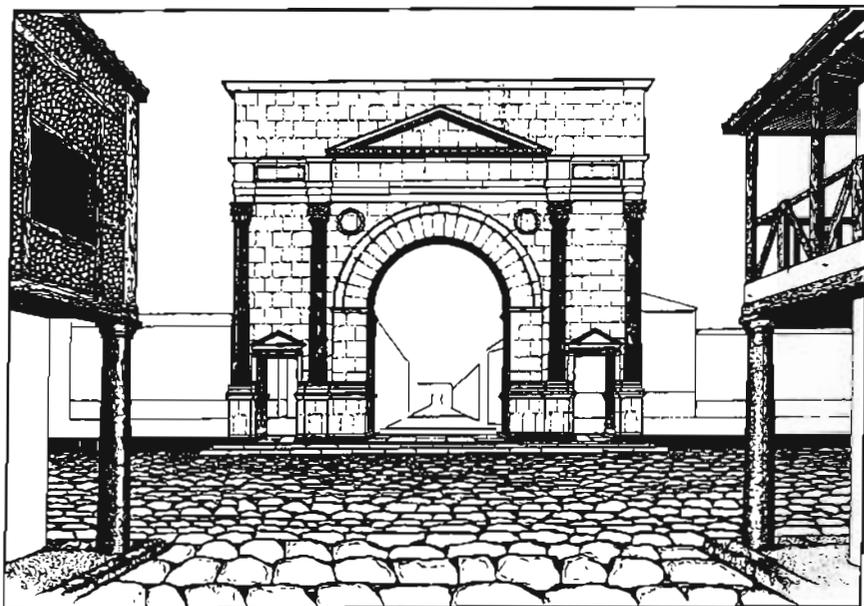


Figura 1. Reconstrucción hipotética del Arco.

como delimitadores de primer orden, de unidades urbanísticas establecidas a propósito.

La importancia del Arco estriba precisamente en su ubicación sobre una de las vías principales, el *Cardo Máximo*, dando paso e informando, a los viandantes procedentes del centro de la Colonia, del acceso a una de las principales áreas de la ciudad, el Foro Provincial. Así cobran sentido las constataciones acerca del pavimento que se extiende hacia el norte, hechas por Macías medio siglo antes.

Sin embargo es importante indicar que el podio escalonado sobre el que se construyó el Arco cortaba el acceso rodado al Foro y la calzada tenía que desviarse hacia el oeste para permitir la circulación de salida y entrada por el norte.

El Arco en este caso enfatiza, por su disponibilidad de paso, la oposición de los conceptos externo-interno, sin que el área definida como interna esté físicamente consagrada, sino que presenta caracteres evidentes de una homogeneidad, tal como es el caso del Foro Provincial, que se diferenciará del resto de la trama urbana mediante su conformación exclusivamente por edificios públicos, bien políticos, religiosos, culturales o económicos, que en *Emerita* no conocemos suficientemente pero entre los que se encuentran el tem-

plo de la calle Holguín, posible capitolio, el templo o basílica de Laborde y el templo a la Concordia de Augusto (9).

Pero a la vez, el Arco cumple una segunda función dentro de la trama urbana en cuanto se coloca en la vía que une los dos *fora*, característica propia en Roma de los arcos de época ligeramente posterior, como el de Tiberio (Septimio Severo) situado en el punto de unión entre el Foro Romano y el Capitolio o el de Tito, erigido entre el Foro y el Valle del Coliseo, epicentro de la edificación flavia.

Ejemplos de esta práctica se encuentran en las ciudades italianas, especialmente durante el siglo I de nuestra era, y cabe citar monumentos como los arcos de Germánico y Druso el Menor en el mismo Foro de Augusto, o los más semejantes al nuestro: el Arco de Tiberio que da acceso, en la *Via Mercurio*, al área foral pompeyana, y los arcos simétricos de la entrada misma a la plaza, o el Arco de Druso, en Spoleto, que cumplen, entre otras (10), funciones análogas al emeritense.

Además del enriquecimiento urbanístico y social que daba esta construcción honorífica al Foro Provincial y al *Cardo Máximo*, debía desempeñar también otros objetivos, comunes a todo monumento romano de esta índole:

a) Afirmar el poder de la Civilización Romana entre los pueblos bárbaros, razón que había llevado a Augusto a crear una ciudad «modelo» en las tierras más occidentales de su Imperio.

b) Exaltar la familia imperial, es decir la *Gens Augusta*, dentro de la política de divinización de la persona imperial, frente al cargo consular de la República.

c) Servir de base a una inscripción explicativa con función propagandística.

d) Motivar creencias y sentimientos de respeto y protección mediante la representación de símbolos apotropaicos, como el mismo concepto de arco, sobre una base y un medio arquitectónico de tradición templar. Estos conceptos, rápidamente perdidos se mantienen, aunque muy diluidos, durante el período augusteo.

Hablar sobre la cronología del Arco de Mérida es entrar en una cuestión absolutamente oscura. Es descartada su fecha trajanea por todos los autores, ya desde Mérida, y a partir de este investigador, se considera que sus dimensiones y parsimonia aparente, son más apropiadas del estilo augusteo.

La teoría de la «*Emerita Grande*», reforzada por la datación temprana de la mayoría de los monumentos de la ciudad, permite sostener esta cronología, que, todo hay que decirlo, no tiene, actualmente, fundamento arqueológico directo.

La adscripción a Trajano parece venir de la fama que este emperador ha tenido en España y de los numerosos arcos y obras que durante su gobierno se construyeron, entre ellos el de Alcántara, uno de los pocos con fecha conocida desde antiguo, gracias a su inscripción.

Así hay que tener en cuenta que también se consideró trajaneo el puente sobre el Albarregas, hoy fechado, con unanimidad, como Augusteo, por su concordancia con el primer tramo del puente sobre el Anas (11).

También los conocimientos sobre la ubicación del Arco Honorífico como elemento urbanístico exento, en lugares concretos como Roma, permiten mantener una fecha cercana al cambio de Era. Así se constata-

ta en esta ciudad, una profusión de arcos en época de Augusto y Tiberio, concentrados entre el Palatino y el Foro, las áreas tradicionalmente consagradas a las manifestaciones más altas de la vida cívica y sólo más tarde con los arcos de Claudio junto al Teatro de Pompeyo; de Tito, junto al Circo Máximo y de Domiciano, al ingreso del *Iseon Campense*, estos monumentos tenderán a ubicarse en zonas de gran reclamo popular pero dedicadas a funciones menos selectas: lúdicas, espectáculos e incluso con dudosa ortodoxia, para cultos orientales (12). Por otra parte, se constata que la mayoría de los arcos augusteos son arcos de localización forense.

Sus medidas y proporciones, tan semejantes al Arco de Augusto en Rimini abogan por una fecha temprana y nos han permitido, con todas las salvaguardias inherentes, realizar un intento de reconstrucción visual de nuestro monumento (13).

El resultado final (figura 2), que en modo alguno pretende ser concluyente, refleja los conocimientos expuestos con anterioridad, unidos a los extraíbles de una clara semejanza con la Puerta-Arco de Rimini (lámina 2), y otros arcos augusteos, que aun cumpliendo funciones diferentes, no cabe duda respondieron a normativas arquitectónicas similares, o idénticas en algunos casos.

Las medidas del Arco de Rimini, el más antiguo de los fechados con seguridad (27 a.C.), son de 17,6 metros de altura, 15 metros de anchura y cuatro metros de grosor, abovedado, representado el mayor de los conocidos (14), sólo equiparable, con mucha aproximación al de Mérida.

Su esquema general (lámina 3), como el mismo Mansuelli indicó, se basa, junto al de otros ejemplos augusteos (Susa, Pola o Filippi), en el triángulo equilátero, norma que también cumple el emeritense (1), como las proporciones entre la altura del *fornix* (A') y del edificio en general (A) que es de uno a dos en Rimini y Mérida, aceptando los 18 metros supuestos, mientras que en la relación entre la altura de los pies derechos (a') y la del *fornix* propia-

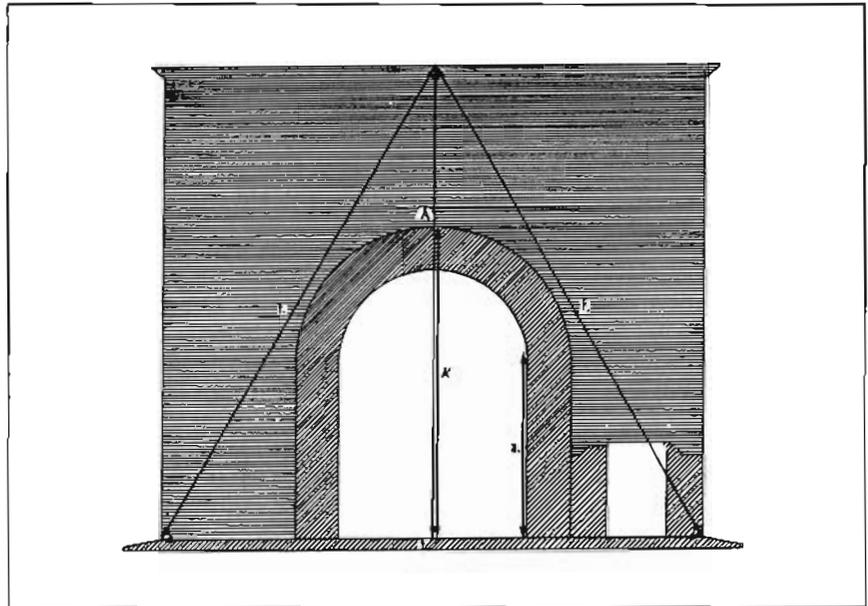


Figura 2. Esquema con las dimensiones proporcionales. En rayado horizontal, las dimensiones propuestas; en oblicuo, los restos romanos conocidos.



Lámina 2. Restos visibles del llamado «Arco de Trajano».

mente dicho (A'), es de tres a dos, coincidiendo en esto con los arcos augusteos de Susa, Pola, St. Rémy, etcétera. Medidas y proporciones apuntan por tanto a una fecha del cambio de Era.

Sobre la decoración que debió tener hemos seguido las indicaciones de De María en su estudio del citado Arco de Rimini y otros contemporáneos, así como las de Gualandi

sobre el aparato figurativo de los arcos augusteos (15).

El problema que condiciona la arquitectura de los arcos, como el resto de los edificios en esta época es la adecuación del sistema abovedado a la tradición arquitrabada griega.

Ejemplos como el segundo arco de Augusto en el Foro (19 a.C.), donde dos vanos adintelados flanqueaban un tercero, central y arqueado, tuvieron poco eco por la escasez de arcos con más de un *fornix* mientras la solución más aplicada en los arcos aislados de Occidente, a partir del de Aosta (25 a.C.) y testimoniada en los de St. Rémy, Pola, sobre el Ródano en Arlés, etcétera, fue la colocación sobre las caras frontales, directamente flanqueado el *fornix*, de un par de semicolumnas, así como de una columna de tres cuartos en cada esquina.

Se lograba así, como gran coherencia formal, dar una gran autonomía al orden arquitrabado y restituir, al menos ópticamente, la función portante de las semicolumnas, podio y entablamento.

Dentro de este esquema, el arco de Rimini presenta un pequeño frontón triangular que completa así la apariencia de templo con que se quiere dotar a estos primeros monumentos. Todo esta estructura

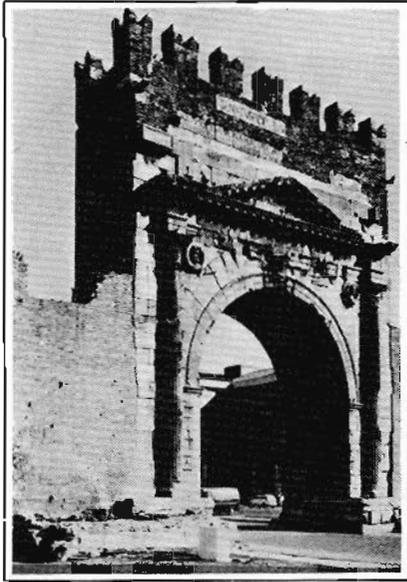


Lámina 3. La Puerta-Arco de Rímíni.

pseudofuncional se abandonaría más adelante, imponiéndose la columna exenta desde Domiciano, que dejaba clara su función exclusivamente decorativa y propagandística.

Dentro del esquema arquitrabado se usaron los diferentes órdenes sin canon aparente, de manera que se mezclan las semicolumnas corintias con un friso dórico en los ejemplares de Aosta y Arlés, o bien las semicolumnas frontales jónicas con las corintias angulares del posible augusteo de Aquino e incluso las dóricas y las corintias del de Augusto del año 19 a.C. Pero no obstante, por coherencia se ha preferido el orden corintio, mayoritario para los elementos pseudosustentantes y se ha dejado entablamento y friso en blanco, aceptando la posibilidad de que éste llevara decoraciones esculpidas e inscripciones.

Son abundantes los frisos decorados con motivos fitomorfos y naturalistas (arco de Augusto del 19, de Arlés, Pola, Efeso, etcétera), reminiscencia de la arquitectura templar, pero pronto se abandona esta práctica por el panel figurado corrido a lo largo de todo el monumento (16), sistema que pudo ser el aplicado en Mérida.

Respecto a la articulación del entablamento, en Rímíni y Pola se observa un retraimiento de la zona central en favor de las laterales,

mientras que el de Aosta presenta la disposición contraria que será copiada durante el siglo I d.C. como se ve en los ejemplos de Orange, Tito en Roma, etcétera. De todas formas, para De María esta solución es ciertamente rara durante los gobiernos de Augusto y Tiberio y creemos que sería más natural suponer que el Arco emeritense respondiera al mismo esquema que el de Rímíni.

Uno de los puntos más conflictivos de esta reconstrucción está en la configuración de los vanos laterales. La afirmación de su existencia, probada por sus restos, no implica necesariamente la contemporaneidad con el *fornix* central, aunque resulta más difícil de creer que sean obras de una remodelación posterior.

Pese a que los arcos con varios *fornices* no son frecuentes hasta el siglo II d.C., ejemplos como el Augusto del 19 a.C., el de Saintes (17-19 d.C.) o el tiberino de Orange muestran como la ejecución de arcos con varios vanos no era extraña a los arquitectos de este momento. Sobre el cubrimiento de los dos pequeños vanos laterales hemos optado por el sistema adintelado, más acorde con la tradición griega y republicana, como nos muestra el ejemplo del de Roma, que la abovedada del avanzado Arco de Orange. Sin embargo, investigadores emeritenses, como Alvarez Martínez o De la Barrera, prefieren esta segunda opción.

Por último, debemos referirnos a la decoración esculpida que sobre las placas de mármol debía lucir este Arco. Sobre este punto tal como indica Gualandi, es muy difícil opinar, sin restos que nos guíen, pues la ornamentación variaba según la función principal del arco, mostrando frisos y frontones decorados con temas bélicos, en los arcos triunfales; conmemorativos y de propaganda en los honoríficos o religiosos y civiles en los integrados en obras públicas de uso esencialmente pacífico, como la Puerta de Rímíni.

Los motivos eran específicos de la razón constructiva de cada monumento, y por ello y dado el carácter urbanístico del estudiado, suponemos que debiera mostrar algún clipeo con representaciones de dioses

protectores de la Colonia, como las cabezas del Júpiter-Amón del pórtico del Foro Colonial y sin duda figuraciones de la familia Augusta, cuyas esculturas, por qué no, debieron coronar el atrio. Estatuas de Octavio Augusto, Agripa o Publio Carisio pudieron no ser extrañas a esta estructura.

NOTAS

(*) Agradecemos a los doctores Benda-la Galán, Alvarez Martínez y De la Barrera, la aportación de datos inéditos y sugerencias críticas, cruciales en la realización de las presentes hipótesis.

(1) Mansuelli, G. A. (1979): «Fornix e Arcus. Note di terminologia.» *Studi sull'Arco Onorario Romano*, página 16.

(1954): «El arco honorífico en la Arquitectura Romana.» *AESPA.*, 27. páginas 107 y siguientes.

(2) Mérida, J. R., (1925): *Monumentos Romanos de España*. Comisaría Regia del Turismo y cultura Artística, página 128.

(3) Macías, A., (1929): (2). *Mérida Monumental y Artística*. Barcelona, páginas: 65-67.

(4) Macías, A., (1929): (2). *op. cit.*: 2, página 67.

(5) Scülten, A., (1922): *Mérida. Das Spanischen Röm.* «Deutsche Zeitung für Spanien.» Barcelona, páginas 2 y siguientes.

(6) Richmond, I. A., (1930): «The First Years of Emerita Augusta.» *Archaeological Journal*, LXXXVII, páginas 98 y siguientes.

(7) Alvarez Martínez, J.M. (1981): *El Puente y el Urbanismo de Augusta Emerita*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

(8) Almagro Basch, M., (1979).

(9) Berrocal Rangel, L., (1987): «La Urbanística de Augusta Emerita (II).» *Revista de Arqueología*, 72, páginas 32-33.

(10) Scagliarini, D. (1979): «La situazione urbanistica degli archi onorari nella prima età imperiale.» *Studi sull'Arco Onorario Romano*, páginas 29 y siguientes.

(11) Alvarez Martínez, J. M., (1983): *El Puente Romano de Mérida*. Monografías Emeritenses, 1.

(12) Scagliarini, D. (1979): *op. cit.*: 9, páginas 31-33.

(13) Berrocal Rangel, L., (1987): *op. cit.*: 9, página 43.

(14) De María, S. (1979): «La Porta Augustea di Rimini nel quadro degli archi commemorativi coevi. Dati strutturali.» *Studi sull'Arco Onorario Romano*, página 76.

(15) Gualandi, G., (1979): «L'apparato figurativo negli archi Augustei.» *Studi sull'Arco Onorario Romano*, páginas: 93 y siguientes.

(16) De María, S., (1979): *op. cit.*: 14, página 88.

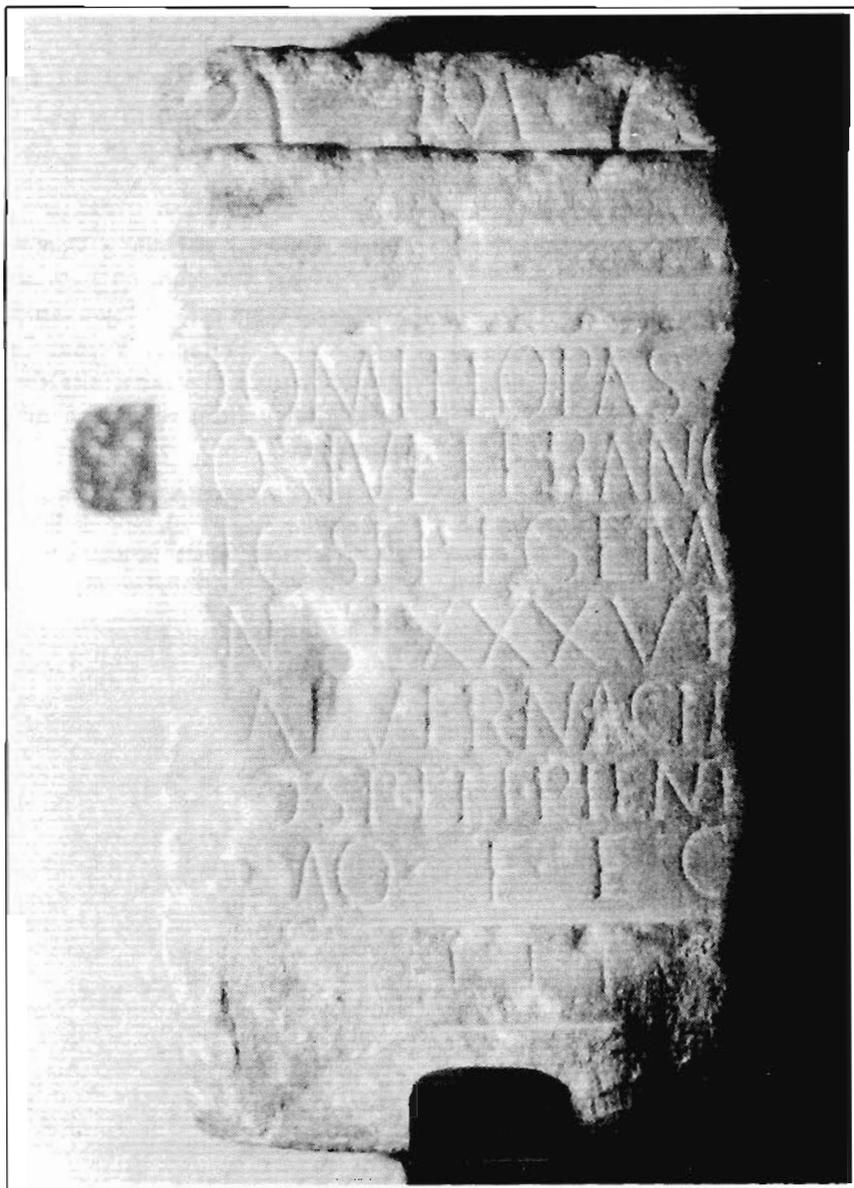
NUEVA APARICION DE UNA INSCRIPCION EMERITENSE: CIL II 489

J. L. GAMALLO BARRANCO-H. GIMENO PASCUAL

EN diciembre de 1989 con ocasión de una visita al Castillo de Las Navas del Marqués (Avila) para comprobar *in situ* la supuesta romanidad de una inscripción situada en la primera torre a la izquierda de la entrada principal, bajo el balcón cercano al gran mirador de doble arco carpanel (1), el director del Castillo nos comunicó el hallazgo de una inscripción en las obras de acondicionamiento realizadas en la planta superior del torreón derecho, en 1981, donde actualmente está el bar y en el que se conserva colgada de la pared. Una vez vista comprobamos que se trataba de *CIL II 489* de Mérida, de la que no se tenían noticias desde el siglo XVI. Como otras piezas que estaban en el Castillo (2) tuvo que ser llevada por don Pedro de Avila, conde del Risco y primer marqués de las Navas, Contador de Carlos I (3).

Se trata de un árula de mármol blanco (figuras 2 y 3), pulida en todas sus caras. El estado de conservación es bastante bueno en general aunque tiene desperfectos en el lado izquierdo. Está compuesta de parte superior, cuerpo central y parte inferior.

La parte superior está formada por un coronamiento rectangular que presenta dos volutas incisas en los extremos frontales y posteriores. La primera línea del texto se sitúa en el coronamiento y aprovecha las volutas frontales para inscribir la primera y última letras. El desgaste de las esquinas afecta a las mismas.



De la parte inferior del coronamiento arranca una moldura formada por un toro, una escocia y un listel plano que dan paso al cuerpo central con el campo epigráfico. El texto ocupa su totalidad sin que existan márgenes. El borde izquierdo está roto desde la l. 2, y afecta a la primera letra de las l. 3-6 que falta y a partir de la l. 6 falta la primera letra y afecta a la segunda l. 8, quizá a dos. En la parte izquierda a la altura de la l. 5 hay una perforación circular moderna producida probablemente por un percutor mecánico, en el momento de su aparición en las obras.

En la parte inferior del cuerpo central una moldura compuesta de un listel plano, un toro y una escocia dan paso a un pequeño zócalo. Esta zona es la peor conservada y presenta un mayor desgaste especialmente en el lado izquierdo, y afecta a la l. 9 inscrita en la moldura. Las molduras de la parte superior e inferior corren por los lados y parte posterior.

Medidas: 34 x 19 x 11-9,5; campo epigráfico: 18 x 17,5. Letras: l. 1: 2,5; l. 2,3,4,5,6 y 8: 2; l. 7: 1,5; l. 9: 1,4. Capital cuadrada alargada de buena factura con ápices y pies; la P abierta, G con la panza curva y el trazo horizontal bastante alto, la T con el travesaño horizontal oblicuo con extremos muy prolongados, el superior es abierto hacia arriba y el inferior hacia abajo, de tal forma que en la T de l. 3 el superior casi

roza la parte inferior de la O de l. 2 y el inferior se prolonga por el espacio que hay entre los dos primeros trazos horizontales de la E que la precede. En l. 7 nexa NT.

La *ordinatio* es buena en general. Las interpuntuaciones, triangulares, combinan una separación silábica de las palabras (l. 2, 3 y 6), con las normales de abreviatura o separación de palabras (l. 2, 4, 6, 7, 8 y 9), sólo sería incorrecta la situada en l. 7 detrás de la F.

Texto:

	D	M	S
	DOMITIO	• PAS	•
	[.]ORI	• VETE	• RANO
	[.]EG	• SEPT	• GEM
5	[.]N	+ LXXXVI	
	V	AL VER	• NA
	[.]OSPITI	• PIENTI	
	[.]MO	• F	• EC
	[-c.4-]	T	• T
			• L

D(is) M(anibus) s(acrum) / Domitio Pas / [t] ori veterano / [l]eg(ionis) Sept(imae) Gem(inae) /^s [a]nn(orum) LXXXVI / Val(eria) Vernac<u>->la / [h]ospiti pienti[s/s]imo fec(it) / [h(ic) s(itus) e(st)] s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)

Se trata de la inscripción funeraria de *L. Domitius Pastor*, veterano de la *Legio VII Gemina*, suficientemente conocida y estudiada por distintos autores (4).



NOTAS

(1) El texto de esta inscripción, fue fabricado en época renacentista, como otras muchas que están también en el interior del Castillo. El primer marqués de Las Navas, figura destacada de la corte de Carlos I, se sitúa dentro de la corriente humanista española, de ahí su afición a la recogida de antigüedades y a la fabricación de inscripciones con textos inspirados en la literatura clásica latina como el presente: Maglia/Qvondam, perteneciente a *Eneida*, l. 421 «*miratur molem Aeneas, magalia quondam*. Esta cita de Virgilio encaja muy bien con el ambiente agreste en el que está enclavado el Castillo. Sorprende que J. R. Mérida- R. Vives. «Las navas del Marqués. Apuntes epigráficos.» *BRAH* 25, 1984, páginas 471-472, la consideren auténtica, cuando a simple vista está claro que ni la forma ni la ejecución de las letras pueden ser romanas (figura 1). Además como el resto de las inscripciones modernas del Castillo es de granito, cuando las procedentes de Mérida son de mármol.

(2) Las restantes inscripciones que había en el Castillo fueron trasladadas a fines del siglo pasado al Museo Arqueológico Nacional donde se conservan, excepto dos, *CIL II* 554, que fue trasladada en 1940 por M. Almagro al Museo Arqueológico de Barcelona y *CIL II* 2332, de Peñafior, actualmente en paradero desconocido.

Mérida

- CIL II* 470 = *EE IX* 16.
- CIL II* 496. En l. 2/3 *ARESTAEI*; en l. 5 *PR++IS*. La primera cruz representa un trazo vertical; la segunda una posible T.
- CIL II* 518.
- CIL II* 554.
- CIL II* 468k.
- EE VIII* 24.
- EE VIII* 25.
- EE VIII* 26.
- EE VIII* 42.
- Cápera
- CIL II* 813.
- Peñafior
- CIL II* 2332.

(3) Sobre la historia de don Pedro de Avila y de su Castillo ver F. Pérez-Mínquez. «El Castillo de los Marqueses de las Navas.» *BRAH* 97, 1930, 745-815.

(4) Cf. además de *CIL II* 489, J.M. Roldán. *Hispania y el Ejército romano. Contribución social a la historia de la España antigua*. Salamanca, 1975, página 461, número 632; P. le Roux. *L'Armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'Invasion de 409*, Paris 1982, página 229, número 201; G. Forni. «La popolazione di Augusta Emerita.» *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Badajoz, 1982, página 69.

PRESUNTA CALZADA ROMANA POR EL PRIORATO DE UCLES

Félix-Manuel MARTINEZ FRONCE

EN un trabajo de reciente aparición (1) hemos pretendido añadir algunas aportaciones complementarias a un anterior y concienzudo estudio (2), relacionado con los viales que pudieron desarrollarse a lo largo y ancho de la hoy provincia conquense, referidos a época de romanización, pero la limitación territorial al entorno tarraconero, presupuestada en el tema, nos condicionó el no incluir otro camino más, del que presumíamos indicios, topados en nuestra previa recopilación de antecedentes, así como por los análisis cartográficos efectuados con tal motivo.

Y como entendemos que pudiera resultar de interés el conocimiento público de nuestras conjeturas al respecto, pasamos a manifestarlas.

Para situar geográficamente al lector se ha montado una ilustración de doble contenido; la parte inferior derecha comprende la zona más oriental del territorio que viene a identificarse como Mancha toledana, y allí quedan reflejados los caminos romanos, motivo de estudio por diversos autores. Así, singularizados con su nomenclatura, y mediante trazo grueso, se representan los que han sido razón de análisis por parte de Palomero (3) y, con línea más débil, los apuntados por Almagro (4) como existentes otrora por estos parajes. Una acotación birrectangular viene a dejar determinada la parte que —dentro de la jurisdicción subordinada a la Orden de Santiago— constituía los límites occidentales de aquella entidad jurídico-religiosa que, más tarde, se conoció bajo el distintivo de Priorato de Uclés.

Esta última área queda reproducida, a mayor escala y con una serie de referencias topográficas, en la parte superior, tratando con ello de bosquejar gráficamente cuanto se expondrá y considerará de modo pormenorizado a renglón seguido.

En primer lugar, nos hemos planteado las razones de orden general que pudieran haber aconsejado un trazado como el que pretendemos señalar, máxime, cuando la correspondencia habría de considerarse ya realizada, si seguimos a Almagro (5), quien menciona una vía arrancando desde el sur —concretamente señala a Cástulo, cercano a la actual Linares— y proyectándola para hacerla subir, por Despeñaperros hasta Laminium (Daimiel) y Villarrubia de los Ojos (ésta ya reseñada en nuestro mapa). Desde aquí hasta Segóbriga marcado queda el itinerario por Villanueva de Alcardete, continuando, bien por Villamayor de Santiago o, por contra, siguiendo IB.2 e IB, sucesivamente, tal como establece Palomero (6).

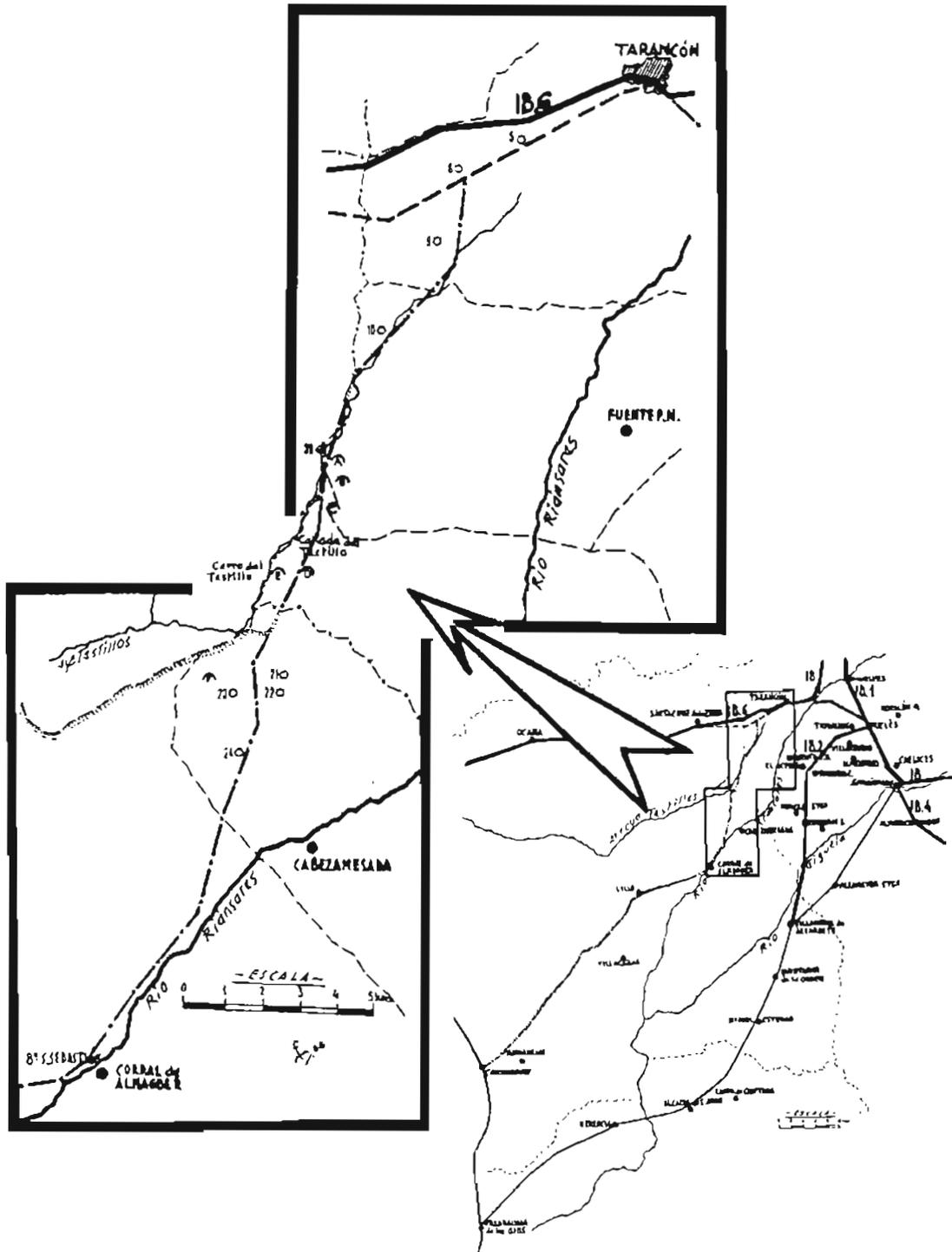
Una circunstancia nos viene en apoyo de ello: si Segóbriga tenía una marcada importancia política (de ahí que Plinio la destaque como cabeza o principio de la Celtiberia), su red de comunicaciones —tan completa hacia el resto de las orientaciones— no podía estar circunscrita con destino al suroeste por un solo vial. Previsiones estratégicas demandan, pues, la existencia de un par que refuerce las posibilidades de intercomunicación entre ambas zonas, y hacia ese paralelismo nos orientamos.

Por ello, elegimos otra ruta más al noroeste, a una sensible equidistancia

de la anterior (30 kilómetros como máximo y 17 kilómetros como mínimo), para la cual nos basta con prolongar el discurrir por la calzada Lamini-Toleton hasta la reflejada en la «Tábulas Peutingeriana» (7) como mansión Consabron, tras la intermedia Moroin y, desde allí, establecer el nuevo itinerario que —remontando las planicies manchegas toledanas— venga a desembocar en IB.6. Puede que la misma estuviera considerada como de carácter secundario, más no obsta para prestarle atención, en un intento de nuevas aportaciones al temario objeto de nuestro interés.

Algún lector se preguntará el por qué precisamente de esta preferencia por el trazado marcado, y hemos de responder que la decisión está fundamentada en ser la única línea del contorno, en la cual se han podido observar determinadas circunstancias sobre la existencia de servidumbres, que vienen a condicionar otras proposiciones ante estudios similares, en los cuales se bajaran presunciones basadas en ellas, razón por la cual venimos también a aplicarlas aquí y ahora con idénticos fines. En consecuencia, entremos, sin más dilaciones, a la puntualización de nuestros presupuestos.

En el estudio anterior —referenciado con (1)— sugeríamos una poco sensible corrección de trazado para IB.6, que en la presente ilustración reproducimos, como allí, mediante línea discontinua. Siguiendo la misma, desde Tarancón, pasado el pozo del Castigo (reseñado con —5—) y casi frente al pozo Dulce (número 6 del plano) se oca-



Croquis de situación y desarrollo relativo a la presunta vía romana.

siona el cruce con un camino, que la hoja 607 del Mapa Geológico de España, edición 1946, denomina «de la Fuente de Pedro Naharro», haciéndolo nacer en las tapias de Belinchón.

Aquí, precisamente, fijamos el arranque del vial que proponemos, siguiendo tal camino carretero —delimitación, a la vez, de los polígonos catastrales de rústica identificados con los números 29 y 26, a izquierda y derecha, respectivamente, guardando la orientación de marcha, se entiende—; prosigue hasta tropezarse con la senda de Santa Cruz, internándose de seguido por la parte nordeste del polígono 23, dejando, a la diestra, el pozo número 9, llamado también Dulce, como el anterior, y viniendo a concurrir con otro camino de ruedas que conduce hasta el paraje conocido por La Tarancona.

La anterior coincidencia se produce en un declive del terreno que viene, en orientación NE/SO, —desde no lejos del pozo Mella— configurando una cañada, llamada de Santa Cruz de la Zarza en la hoja 632 del MTN a escala 1:50.000, 2.ª edición, 1977, o de Santa Ana en el mapa provincial (Toledo) del Instituto Geográfico Nacional, a escala 1:200.000, 1.ª edición 1978. En consecuencia, se corrige el discurrir sur por el mismo terreno que el accidente aludido, apurando el término de Tarancón para entrar en el de la Fuente de Pedro Naharro, por su esquina más noroccidental, en donde muestra su continuidad la línea de agua pareja con la existencia, a la derecha de la marcha, del pozo número 10, que consta sin nomenclatura cartográfica.

A continuación, bordea el sitio llamado Cañada de La Cana para, a renglón seguido, marcar divisoria interprovincial Cuenca/Toledo y fundirse con un corto tramo de la vía pecuaria de distinguida figura en la ilustración, debiendo constituir un testimonio residual del entramado caminero que posibilitó el tránsito estacional de la trashumancia secular.

Tal muestra nos ha inclinado, considerándolo un factor positivo más, a establecer el discurrir precisamente por aquí, puesto que el bi-

nomio de superposición utilitaria calzada/cañada ha sido analizado por diferentes tratadistas y, generalmente, reconocido como un fenómeno económico de ósmosis en el reaprovechamiento de servidumbres aplicables a los desplazamientos dentro de un mismo territorio.

Nuestro pretendido tránsito va buscando, por las laderas de la vaguada, un nuevo acuífero —ahora de manantío, no de extracción— llamado Fuente de Frescogalla y que informado queda bajo el número 30. A partir de aquí, se nos ofrece la frecuente aparición de un nuevo accidente geológico; toda una sucesión de refugios naturales subterráneos, cuevas que hemos situado y cuya nomenclatura se corresponde con: A) de la Almagra, B) del Regañón, C) de Rocón, D) del Pajarero, todas ellas existentes a la izquierda de la descripción y, a mano contraria, E) Cueva de Plaza.

No tenemos conocimiento de posibles prospecciones en las mismas que nos pudieran haber informado sobre su probable habitabilidad en tiempos primitivos, más si nos confirman la fiable prosecución de la vereda pecuaria advertida con anterioridad, dado que una de las exacciones a satisfacer por los ganados viajeros era la conocida precisamente con el nombre de «cuevas», en razón a su uso al paso por tales terrenos.

Es de señalar que nos encontramos en un área que reclama determinada atención como posible núcleo de interés arqueológico y —consecuentemente— indicada para abonar el trazado que venimos pormenorizando. Toda ella gira en derredor de un mismo nombre: Textillos.

En nuestro gráfico queda reflejado determinando a tres elementos geográficos: cañada, cerro y arroyo. Mas existe un cuarto, antiguo núcleo habitado que fue nominado de idéntica manera y cuya radicación puntual silencia la hoja 632 del MTN. Entre los antecedentes obtenidos, Corchado (8) registra su cita, como despoblado ya, en el Fuero de Santa Cruz, concedido por el siglo XIII (1241), situación poblacional confirmada tres centurias des-

pués (18 de febrero de 1576), cuando la misma villa despacha la «Relación» (9) ordenada por Felipe II y, en la respuesta número 56, se hace inventario de tres parajes yermos en el término, señalando en primer lugar al que nos ocupa.

Aunque Corchado, en un intento de situación, lo menta lindero con Horcajo de Santiago, ubicándolo bajo las coordenadas de 39° 53'N y 0° 34'E, hemos dejado de representarlo en el plano porque, al tratar de disponer su sitio exacto en los trabajos previos de cartografía, el meridiano de Madrid señalado nos viene a determinar la posición de tal punto dentro del municipio horcajeño y muy aproximado a la vertical de E) Cueva de Plaza. Para incluirlo en el término pretendido habría que aplicar una corrección de 20" hacia el O, lo cual nos llevaría hasta los pies del cerro con igual nombre.

Aparte de ésta, que pudiéramos calificar como anecdótica puntualización, en esa misma glosa Corchado proporciona una apoyatura, yo diría que fundamental, como respaldo a nuestra intuición acerca de la derrota elegida, al aseverar el discurrir por las proximidades del despoblado de un antiguo «carril de la plata», designación esta bien conocida como vía romana de comunicación, en particular por el «camino» que enlazaba las minas onubenses y la submeseta norte con paso por Mérida. Remata sus apreciaciones aceptando la probabilidad de haber sido asiento de población antigua.

Siguiendo la traza de un hoy camino carreteril nos presentamos en los aledaños de la alquería Casa del Terreno y, acto continuo, topamos con la hitación interprovincial, testigo que —en una etapa inmediatamente anterior— se ha venido sorteando alternativamente. En este límite, tierra de Cabezasada ya, arranca una vereda pastoril, que aprovechamos en algo más de un kilómetro, abandonándola cuando ésta marca un acusado giro hacia la derecha, en dirección a la Venta de Juan Cano, punto nodal de varias cañadas mestefías.

La sencillez y naturalidad con que, geográficamente considerado,

llegamos a enlazar los restos viales ganaderos nos llevan a la presunción —diríamos que bastante responsable— de estar replanteando un único vial, utilizado como calzada o camino pecuario, según la época en que nos situemos. Es de lamentar la falta de clasificación correspondiente al municipio de Fuente de Pedro Naharro, por parte de ICONA, privándonos con ello de un elemento de contraste primordial.

Seguimos el curso de nuestro propósito emparejándonos —entre los puntos kilométricos 25 al 27 (¿acaso otra moderna reutilización más?)— con la carretera local, enlace entre Santa Cruz de la Zarza y Cabezamesada, entrando en un terreno donde dejamos acotados, por un lado, la cueva de Mariano, con F) y, por otro, una serie de pozos: 21, 22 y 23 sin nomenclatura cartográfica y 24, llamado de las Viñas, circunstancias complementarias que nos refrendan el deber llevar por allí la derrota en análisis.

Pasado el poste que señala la última de las distancias aludidas nos desviamos por la derecha, superponiendo nuestro jalonamiento con punto y raya al marcado por un camino vecinal que nos entra en la hoja 660 del MTN, después de haber rebasado —300 metros antes— el chozo de Melitón.

El hecho de contar la edición utilizada (1.ª, 1945) con leyendas denominando los caminos nos ofrece eficaz orientación por donde habremos de seguir, puesto que al mentado se le llama concretamente «de Belinchón y de Tarancón», interpretándolo como pervivencia de otra más primitiva comunicación que pondría en contacto a antiguas agrupaciones; en este caso, dada la proximidad de su paso por Cabezamesada, a éste con Tarancón, puesto que ambos contaban con poblamientos en aquella época; el segundo plenamente confirmado por mi trabajo referenciado con (1) y, en cuanto al primero, en razón a las conclusiones expuestas por Corchado (10) que «demuestran haber sido habitado sin interrupción desde la prehistoria hasta nuestros días».

Apuntando medianía entre los cuarteles Yesca y Colorado, nos

adentramos ya en el término de Corral de Almaguer, acercándonos hasta el curso del río Riánsares, que dejamos —más o menos parejo— a la izquierda, buscando faldear la cuenca del mismo, estrategia de construcción aplicada como normativa por los proyectistas romanos y que el actual camino mantiene.

Topamos, más adelante, con el arrabal de San Sebastián, nombre que bien pudiera ser el resultante de una recristianización sobre un establecimiento humano anterior, y cuya antigüedad puede concordar adecuadamente con el tiempo que estamos barajando, dado que estas medidas de rebautizado urbano comenzaron a practicarse siglos después y el nombre del asaetado lo hallamos disponible en el martirologio católico antecedendo a tales acciones, puesto que fue muerto por el año 288.

Prescindimos de saltar a la otra margen del río porque Corchado (11) repara que posiblemente el sitio del pueblo actual no sea de los característicos para poblamiento antiguo, aun cuando sí apunta como tales a los cercanos santuarios de la Muela y la Sierra.

Por el barrio mentado transita la carretera comarcal número 302, cuyo tendido aprovechamos como pauta para calcar nuestro viaje hasta los límites del término municipal y —a su vez— del Priorato.

Concluye en este punto la proposición establecida en el enunciado pero, para apurar la finalización de una intencionalidad sugerida, más amplia y definitiva, continuaremos la reseñada rodadura hasta presentarnos —en primer lugar—, frente a las tapias de Lillo, produciéndose en este último intervalo una coincidencia añadida, puesto que en él ICONA hace convenir también a un camino pecuario; consecuencia de ello es el encontrar sobrepuestas calzadas (de aceptarse las premisas aquí manifestadas), colada y carretera.

Atravesado el pueblo, la «colada» se desdobra, llevando el ramal de la derecha —por El Romeral y Tembleque— hasta las estribaciones de la sierra de Algodor. Nosotros elegimos el de la izquierda que, con marcada y persistente orientación

NE/SO, continúa por el mismo término, atravesando después, sucesivamente, los municipios de Villacañas y Madridejos, en éste con una variante, al registrarse la condición de «cordel» (12), y haciendo la advertencia de que —en las proximidades de la cruz de términos a la cual concurren los de los tres últimamente citados (pero en su territorio de Villacañas)—, se produce un cruce con otra calzada, la que Corchado (13) puntualiza como de «Toledo a Santa María de Guadiana y Alhambra, por Tembleque».

Su final nos aboca ante la divisoria con Consuegra, en donde la ausencia de una clasificación adecuada para estos viales nos impide un seguimiento solvente, falta que hemos suplido con una prolongación de la línea establecida hasta el casco urbano, medida que no entendemos arbitraria puesto que nos decidimos por ella al comprobar, en el extremo opuesto de los confines municipales (límite con Urda, por Sierra Bermeja), la muestra de otra «vereda» que, cartográficamente, quedaba enfrentada con la anterior, pidiendo ambas una natural extensión y consecuentemente encuentro.

Damos por ultimado aquí nuestro trabajo y, con ello el empeño de determinar —con apoyaturas que interpretamos como adecuadas al caso— el establecimiento de una comunicación directa entre dos grupos humanos de notable importancia pues, no en vano, les fue concedido a sus establecimientos respectivos (Segóbriga y Consabrum), en el siglo I de Cristo, el distintivo de «ius Latii», deferencia que —en cuanto se refiere a la parte peninsular de la extensa provincia Tarracense— solamente llegaron a ostentar 43 ciudades.

Y, dado el tránsito de calzadas por el solar de la segunda, con destinos a: Toledo/Santa María de Guadiana, fusionándose aquí con la ya mentada por Tembleque (Corchado); Toledo/Daimiel, con bifurcaciones para Linares (Almagro Basch) y Albacete/Elche (Mélida), vincular la primera a ésta era beneficiarla de las favorables expectativas en sus conexiones con el resto de las áreas, que así quedaban in-

crementadas y satisfechas, en relación con los destinos más diversos.

Como punto añadido —comentario marginal, si se quiere— diremos que es de resaltar la coincidencia geográfica, por cuanto respecta al alcance de la instalación santiaguista a lo ancho de la hoy provincia de

Toledo, con el discurrir por idénticas tierras de varias calzadas romanas —reparemos en IB.2, IB.6 y la presunta por este estudio—; ellas tres constituyen una nervadura de comunicaciones con concurrencia común en Uclés, circunstancia básica previa que bien pudo aprove-

charse para montar toda una estrategia de expansión territorial, con la apoyatura de tan útiles y primordiales elemento en lo que se refiere a posibilidades efectivas para los desplazamientos, tanto de actuaciones militares como de carácter político-administrativo.

NOTAS

(1) Martínez Fronce, F.M.: *Introducción al Tarancón primero*. Tarancón, 1988.

(2) Palomero Plaza, S.: *Las vías romanas en la provincia de Cuenca*. Cuenca, 1987.

(3) Palomero Plaza, S.: ob. cit.

(4) Almagro Basch, M.: *Segóbriga*, (ciudad celtibérica y romana), mapa figura 5, página 20. Madrid, 1978.

(5) Almagro B., M.: ob. cit., página 24.

(6) Palomero, P., S.: ob. cit., páginas 124-154 y 110-11, respectivamente.

(7) Ramón Mélida, J.: «El arte en España durante la época romana», en *Historia de España*, de Espasa-Calpe, tomo II, III parte, capítulo III, página 570. Madrid, 1935.

(8) Corchado Soriano, M.: *Iniciación al estudio geográfico-histórico del Priorato de Uclés en La Mancha*, página 68, 1965.

(9) Zarco Cuevas, J.: *Relaciones de pueblos del Obispado de Cuenca*, nueva edición por Dimas Pérez R. página 485. Cuenca, 1983.

(10) Corchado S., M.: ob. cit., página 32.

(11) Corchado S., M.: ob. cit., página 36.

(12) Recordaremos que la *Novísima Recopilación*, legisla —en el siglo XVIII— por su libro VII, título 27, ley II, unas anchuras determinadas, según se trate de: cañadas, cordeles, veredas o coladas, los cuatro tipos catalogados.

(13) Corchado S., M.: *Avance de un estudio geográfico-histórico del Campo de Montiel*, página 186, Madrid, 1971.

RECOPIACION EPIGRAFICA: FONDO DOCUMENTAL

El Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid desde 1986 custodia un gran fondo documental epigráfico: el recopilado desde 1982 a 1986, para la actualización y nueva edición del *Corpus Inscriptionum Latinarum II* por la Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik del Deutschen Archäologischen Instituts bajo la dirección de Armin U. Stylow en el Deutschen Archäologischen Instituts de Madrid. Además, contiene otra documentación que se ha incorporado después de 1986.

El Ministerio de Cultura realizó una copia de dicho fondo en 1986 antes de que fuera trasladado a la sede de la Kommission in Munich con objeto de ponerlo a disposición del público investigador y actualizarlo de manera continuada. A este fin, fue depositado en el Departamento de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia, donde bajo la dirección del doctor don Julio Mangas, un equipo de licenciados especializados en epigrafía continúa incrementado ese fondo documental.

El fichero recoge todas las publicaciones sobre inscripciones de *Hispania*. La unidad documental la constituye la inscripción y cada unidad contiene todas aquellas publicaciones que se refieren a ella a partir de la edición de *CIL II* (1869). Estas unidades se agrupan siguiendo un criterio geográfico actual, de forma que el fichero está clasificado por provincias, municipios y localidades. En los grandes conjuntos (v.g. Mérida, Córdoba, Barcelona, etcétera) se establece asimismo una subdivisión temática con objeto de un acceso más rápido. En la actualidad contiene más de 80.000 fichas.

El Centro dispone además de otros instrumentos que permiten que la búsqueda no se reduzca exclusivamente a criterios geográficos. Al mismo tiempo se intenta crear un fondo bibliográfico especializado en epigrafía que contenga los principales *Corpora* epigráficos de *Hispania*, repertorios, obras específicas, así como artículos especializados de publicaciones periódicas españolas y extranjeras.

La edición de un volumen periódico donde se registren las inscripciones inéditas o nuevas aportaciones sobre las ya publicadas es otra de las actividades del Centro. La publicación corre a cargo del Ministerio de Cultura y el primero, que contendrá lo publicado de 1984 a 1986, ya está en prensa y se espera su pronta aparición con el título *Hispania Epigraphica (HEp)*. El segundo que comprenderá los años 1987 y 1988 se concluye en junio de 1990.

El Centro, situado en el edificio de la Escuela Universitaria de Estadística (antigua Facultad de Ciencias Políticas), está a la disposición de los investigadores los lunes y los martes, de las 10 a las 18 horas, con un intervalo de las 14 a las 15, en que está cerrado.

J. MANGAS

ACTIVIDADES DE LA ASOCIACION

M.^a Angeles Alonso, miembro de la Junta Directiva, ha cumplido su etapa como docente de la Universidad Autónoma de Madrid. Con este motivo la Asociación le ha rendido un justo homenaje, prueba de amistad y de reconocimiento a la labor que, desde hace años, está desempeñando.

VIAJES DE ESTUDIOS

Siguiendo su costumbre, la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, dirigida en su vocalía de viajes por don Antonio Higuera y por don Gonzalo Muñoz realizó una serie de salidas a lo largo de nuestra geografía.

La primera de ellas fue a la ciudad de Alcalá de Henares, el día 24 de marzo de 1990.

Se visitó el taller escuela de Arqueología y rehabilitación, acompañados por Sebastián Roscón, arqueólogo y profesor de la escuela, donde pudimos comprobar la gran labor que realiza en la difusión de las investigaciones científicas. Recorrimos los talleres de cerámica, fotografía, mosaico, etcétera. Más tarde, nos dirigimos a conocer sobre el terreno el foro de la antigua Complutum.

Tras una comida de hermandad en la Hostería del Estudiante, por la tarde, visitamos los monumentos más importantes de la ciudad.

Durante los días 26 y 27 de marzo realizamos una excursión por tierras castellanas. Nuestra primera visita fue a Frómista, en el corazón del Camino de Santiago, en el que visitamos la iglesia de San Martín.

Pasando por Carrión de los Condes, llegamos a Saldaña, donde pudimos admirar su museo.

El final perfecto de la excursión lo puso la visita a la villa romana de la Olmeda en Pedrosa de la Vega.

Esta villa de singular belleza y riqueza mosaísta fue hallada por don Javier Cortés, propietario de las tierras, el 5 de julio de 1968, y durante doce años se dedicó plenamente a su descubrimiento y conservación, pasando más tarde a ser propiedad de la Diputación de Palencia.

Javier Cortés, viejo amigo de la asociación, nos acompañó en todo momento deleitándonos con sus explicaciones y contagiándonos con su entusiasmo.

Pasando por Palencia regresamos a Madrid.

La última salida la realizamos los días 9 y 10 de mayo a tierras de Extremadura.

Tras nuestra salida de Madrid, la primera parada la realizamos para contemplar el templo romano de Agustobriga, que se levanta majestuoso a orillas del pantano.

Más tarde visitamos el castillo de Medellín, en cuya población almorzamos. Por la tarde, visitamos Zalamea para contemplar el distylo sepulcral romano situado en la plaza de la población a los pies de la Iglesia Mayor.

El yacimiento de Cancho Roano acaparó nuestra atención durante el resto de la tarde.

Después de pernoctar en Zafra, visitamos el «Dolmen de Toriñuelo», monumento megalítico de falsa cúpula y la ciudad de Jerez de los Caballeros.

El museo arqueológico de Badajoz nos sorprendió gratamente por su conjunto arquitectónico y por el material que alberga.

CONFERENCIAS PROGRAMADAS PARA EL PRIMER TRIMESTRE DEL CURSO 1990-1991 (*)

Octubre

Día 16: Inauguración del curso. El origen del ser humano. Modelos evolutivos actuales. Doctora M.^a Angeles Querol (UCM).

Día 23: ¿Qué ocurre con los materiales después de la excavación? La conservación en el Museo. Doña María Sanz Nájera (MAN).

Día 30: Excavaciones en el castro extremeño de capote. Profesor Luis Barrocal (UAM).

Noviembre

Día 6: El arte rupestre en la provincia de Madrid. Doctora M.^a Rosario Lucas (UAM).

Día 13: Roma en sus poetas. Doctora Esperanza Ducay.

Día 20: Presente y futuro de la Arqueología en la Comunidad de Madrid. Doctor Víctor Antona (JCM).

Día 27: Orígenes y función del Denario Ibérico. Doña M.^a Paz García Bellido (CSIC).

Diciembre

Día 4: «Etruscos en España». Doctor Juan Blázquez (UAM).

Día 11: Aplicaciones a la Arqueología de la termoluminiscencia. Doctor Tomás Calderón (UAM).

Día 18: Novedades de Arqueología Sarda. Doctora Ana María Muñoz (UNED).

PROYECTOS

A propuesta de varios miembros de la Asociación y con el fin de incrementar las actividades de la misma, se está trabajando en la preparación de un curso de «Arqueología de los alrededores de Madrid», consistente en una serie de excursiones sabatinas o dominicales a los yacimientos arqueológicos próximos a la capital. Las visitas serán dirigidas por especialistas en el tema que se trate. En principio, se espera poder ofrecer una excursión todos los meses durante el curso académico 1990-91.

Para participar en el mismo es imprescindible acreditar la condición de socio. Al final se entregarán diplomas de asistencia.

(*) Las conferencias tendrán lugar en el Salón de Actos de la Escuela oficial de Restauración de Obras de Arte, sito en la calle Guillermo Rolland, 2, Madrid, a las 7 de la tarde.

